

BIBLIOTECA
LITERARIA
DEL
ESTUDIANTE

VII

TEATRO
MODERNO



DUP
17509



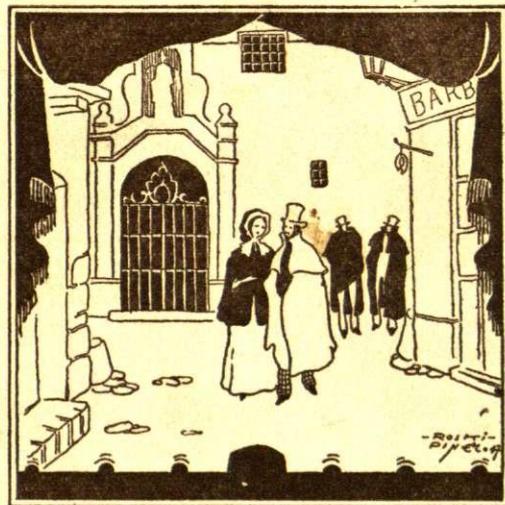
C. S. I. C.

CONSEJO SUPERIOR
DE
INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

BIBLIOTECA LITERARIA DEL
ESTUDIANTE VII

E
1479

TEATRO MODERNO



BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

LA presente BIBLIOTECA ha reunido en treinta tomos las obras cuyo conocimiento nos parece más esencial o más conveniente en los primeros años de la enseñanza. Los treinta volúmenes están formados obedeciendo a un canon literario, a un catálogo previamente establecido de aquellas obras mejores que el estudiante debe frecuentar en el comienzo de sus estudios para adquirir los fundamentos de su cultura tradicional hispánica.

Estos volúmenes tienen de 150 a 350 páginas, están pulcramente impresos y llevan bellas ilustraciones. Los precios de los tomos que van siendo objeto de reimpresión, han de someterse, por fuerza, a las condiciones actuales del arte de imprimir. No obstante, el CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS ha procurado conservar esta colección al alcance de la juventud escolar, a la que está dedicado.

TEATRO MODERNO

313789000001

DUP/17509

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

TOMO VII

TEATRO MODERNO

SELECCIÓN, OBSERVACIONES
PRELIMINARES Y NOTAS

POR

EDUARDO JULIÁ MARTÍNEZ

ILUSTRACIONES DE
ROSKI-PINEL



MADRID, MCMXLVII

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

EDITORIAL ESCALICER, S. L.—CANARIAS, 24.—TELÉFONO 27 20 34.—MADRID

TEATRO MODERNO

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Se intenta centrar en este volumen la serie de reacciones dramáticas que sucedieron al movimiento romántico en el Teatro español. Era preciso que se produjesen, porque, por su propia índole de rebeldía contra las normas, tenía que ser impropio el romanticismo para formar escuela; y quienes lo convirtieron en escuela, contra lo íntimo de su índole, dieron tal grado de convencionalismo y artificio a sus composiciones, que las condenaron a una muerte necesaria. Sin embargo, el romanticismo cumplió una misión; sin él hubiera resultado pálida la formación de una corriente que rectificase lo vacío del academismo afrancesado.

Por otra parte, el romanticismo español ofreció tan variadas facetas, que permitió fácilmente el derrumbamiento de las más frágiles por escapar a la idiosincrasia nacional. Frente a las lucubraciones sobre una historia fantaseada resultaba lógica una tendencia que restableciese el realismo nacional; y ya encauzado el arte por

los caminos de la observación, no era menos natural que se enriqueciera con matices propios del ambiente especial en que cada escritor se desenvolviese.

Los recuerdos de nuestro teatro del siglo de oro podrían intentar modalidades nuevas de puro viejas. El siglo XIX se inició con una lucha armada contra la invasión extranjera; espiritualmente no se consiguió la victoria que exigía el triunfo heroico, y fué preciso que envejeciera el siglo para que se ofrecieran ejemplos de independencia artística. Los arqueólogos han podido descubrir y desenterrar varias ciudades de Troya superpuestas; la irradiación napoleónica logró formar una zona estructural que, ocultando a la España anquilosada del siglo XVIII, dejaba en el fondo la genuina España que había salvado mares y nivelado montañas para que no se pusiera el sol en sus dominios. No consiguió romper el siglo XIX aquellas trabas extranjerizantes; pocos fueron los que vislumbraron lo nacional, y menos los que pensaron poner a luz de sol cuanto había quedado enterrado, con amenaza de que lo fuera para siempre.

El teatro que recogemos en este volumen queda en los límites del siglo XIX; prolongarlo nos llevaría a problemas contemporáneos que, afortunadamente, reflejan preocupaciones más hondas, y por eso mismo reclaman la extensión y la personalidad apropiadas; no pueden quedar ahogados en una sección, ni en una vecindad con la que tienen pocos puntos de contacto. Y aquellos residuos que del pasado siglo pueden encontrarse en el presente, tampoco interesa realzarlos por su arcaísmo y por su falta de solera nacional.

MUÉRETE ¡Y VERÁS!



M. Breton de los Herreros
1796 - 1873

M. BRETÓN DE LOS HERREROS

Al decir de quien conoció personalmente al poeta, “don Manuel Bretón de los Herreros tenía gran estatura, carnes a proporción, gallarda presencia, cráneo voluminoso y expresiva fisonomía. Era de carácter ingenuo y sencillo, de amenísimo trato, modesto sin afectación, íntegro, laborioso, exacto en el cumplimiento de sus deberes, amante de su familia, modelo de cónyuges y muy consecuente con sus amigos”.

El signo familiar predomina en su vida: la preocupación por el bienestar de su madre siempre fué constante; la paz del hogar fué comentada por él mismo en el soneto

Los hombres dudarán, bella Tomasa,
aunque mi firma dé por testimonio
que un lustro va a cumplir mi matrimonio
¡y el mismo amor que te juré me abraza!
“¿Es —dirán—, por ventura, de otra masa
que los hijos de Adán ese bolonio?
La mujer más divina es el demonio
cuatro años y otro más dentro de casa.
¿No es Himeneo del Amor verdugo?”

¿Qué secreto especial o qué buleto
así aligera su pesado yugo?"

Mas sólo esta respuesta les prometo:
Mi mujer no ha leído a Víctor Hugo...
ni voy yo a los cafés: he aquí el secreto.

Y este signo marca lo más positivo del teatro y de la obra literaria, en general, de Bretón de los Herreros. Así pudo escribir Hartzenschusch: "Elegidos por el señor Bretón para sus comedias hechos propios de personas particulares, el lenguaje que debía prestarles había de ser necesariamente el que ellas emplearan entre sí." Ahora bien, no debe olvidarse que el propio Hartzenschusch afirmaba: "El teatro de don Manuel Bretón de los Herreros comprende piezas de los tres géneros en que se divide la poesía dramática; el trágico, el cómico y el mixto; pero la mayor parte, casi la totalidad de sus composiciones, pertenece al género cómico. Ha escrito el señor Bretón alguna comedia novelesca a la antigua, ha escrito algún drama de invención o histórico a la moderna; pero lo más y mejor de su teatro, lo que verdaderamente le da fisonomía propia, consta de comedias de costumbres y caracteres, cuyos personajes son de la clase media... desde 1824 a 1833 ofrece un aspecto de homogeneidad y reposo, en los diez años siguientes resaltan la agitación y trastorno de un pueblo en lucha; desde 1843 la agitación va sosegándose."

La fecundidad extraordinaria de este autor, tan en consonancia con el genio hispano, le permitió reflejar los matices más variados. Imitador de la comedia moratiniana, consiguió personalidad propia desde que concibió la comedia *Marcela o ¿a cuál de los tres?* A partir de este momento destacó entre los comediógrafos del siglo XIX. Se ha dicho que sus cuadros no llegaron nunca a recoger lo permanente y esencial, quedando en lo accidental y puro detalle; pero también se ha señalado

que la misión del poeta cómico se basa en esos "hechos circunstanciales y pasajeros y esos caprichos de la moda", pues "son la que reflejan la particular fisonomía de una época".

Censuras y aplausos siguieron a Bretón de los Herberos, pues contó con muchos enemigos a pesar de la bondad de su carácter, y con muchos admiradores conquistados por su arte y por su bondad. Los aplausos le proporcionaron satisfacciones y honores, como el de haberse colocado una lápida conmemorativa de su nacimiento en la casa en que vino al mundo; a las censuras replicó en algunas ocasiones con epigramas de intención burlesca más que satírica. Hicieron mella en su ánimo, con todo, y el humor del poeta se impregnó de melancolía, como en el comentario a su desgracia de haber perdido un ojo:

Dejóme el Sumo Poder
por gracia particular
lo que había menester:
dos ojos para llorar...
y uno sólo para ver.

Nacido en Quel (Logroño) el 18 de diciembre de 1796, venció las numerosas dificultades que se le ofrecieron en la vida motivadas por la orfandad; el trato poco afectuoso de sus parientes, los trances por que cruzaba la patria con motivo de la guerra de la Independencia; las envidias suscitadas por algún nombramiento de que pudo disfrutar breve plazo, y otras circunstancias penosas. Como contrapartida preséntase su biografía llena de consideraciones y hechos plausibles: su presentación como voluntario en el Ejército, sus cargos de cronista y crítico teatral en periódicos, sus trabajos en la compañía organizada por don Juan de Grimaldi, en la que figuraban los principales actores de aquel tiempo. Su ingreso en la Academia Española, la Administración de la Im-

prenta Nacional y Dirección de la *Gaceta de Madrid*, el nombramiento de director y bibliotecario mayor de la Nacional y otras mercedas distinciones forman como el haber en las actividades de nuestro escritor.

La comedia *Muérete ¡y verás!* se estrenó en el teatro del Príncipe, el día 27 de abril de 1837, con éxito en el que coincidieron público y Prensa. Narciso Alonso Cortés recuerda las palabras de *El Eco del Comercio*:

“Si el autor de la producción que vamos a analizar se propuso al escribirla desmentir ciertas opiniones que sobre la uniformidad y poco movimiento de sus anteriores composiciones se había formado, debemos confesar que lo ha conseguido del modo más completo. Y este ventajoso resultado es más digno de atención si se considera que, los elementos que lo han producido, parecían los menos a propósito para conseguirlo. No es fácil, en efecto, concebir, cómo un argumento tan pobre y de tan poca novedad, ha proporcionado materia al señor Bretón, no sólo para llenar cuatro actos, sino también para darles interés, originalidad y contraste”... “En una palabra, *Muérete ¡y verás!* es lo que nos atreveríamos a llamar, con permiso de quien haya lugar, la *comedia romántica*, feliz innovación cuyo buen resultado probó la experiencia, y por la que felicitamos sinceramente al señor Bretón de los Herreros. El éxito fué brillantísimo y el público pidió entre aplausos que se le nombrase el autor”. Entre los plácemes incluía observaciones a lo que consideraba defectuoso: “algún carácter excepcional y algo exagerado, y la solemnidad con que en el cuarto acto resucita el muerto entre truenos y relámpagos y envuelto en una sábana blanca, cosa que nos parece pertenecer demasíadamente al bajo cómico” (1).

(1) Bretón de los Herreros, teatro. (Clásicos Castellanos, 92, páginas xxvi y xxvii.)

TEATRO MODERNO

A su vez, en *El Español* se decía que no se acordaban “de haber oído versos tan bellos en el teatro moderno, como no sean los del precioso drama *Los amantes de Teruel*”.

MUÉRETE ¡Y VERÁS!

(El acto primero lleva el subtítulo de "La despedida", y se desarrolla en una calle de Zaragoza. Va a salir la tropa, y la gente se dispone para despedirla. Entre los que marchan se encuentra Don Pablo, teniente de nacionales movilizados, el cual está en relaciones con Jacinta. El subteniente Matías corteja a ésta, la cual le desprecia por estar comprometida. Don Pablo recurre al usurero Don Elías para proveerse de dinero, y por su carácter atolondrado, se despide; abraza a todo el mundo: a Jacinta, a los hermanos de ésta Froilán e Isabel, a Don Elías...; pero no firma recibo alguno. Isabel comenta su emoción al sentir el abrazo de aquel a quien ella adora en silencio.

El acto segundo lleva el subtítulo "La muerte". En una acción ha habido pocas, pero muy sentidas bajas. Matías, que actúa de enlace, llega con la noticia concreta, ya publicada vagamente por los periódicos: entre los pocos muertos se encuentra Pablo. Cada cual comenta la pérdida según sus propios intereses: el usu-

rero, por la quiebra de su negocio; Matías, insistiendo en sus amores; Jacinta, accediendo a las nuevas relaciones; Froilán, renegando de todo, e Isabel, llorando a su amado.)

ACTO TERCERO

EL ENTIERRO

Plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. Enfrente de dicha casa hay una barbería.

ESCENA I

DON FROILÁN, DON ELÍAS, JACINTÁ, DON MATÍAS.

(DON MATÍAS viene delante con JACINTÁ de bracero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con abrigos.)

MATÍAS. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.

JACINTÁ. ¿Por qué lo dices?

MATÍAS. Porque estás bella en extremo,

- y vendrán de quince en quince
a colmarte de lisonjas
los que conmigo compiten.
- JACINTA. ¿Qué importa, si sólo a ti
el alma mía se rinde?
- MATÍAS. ¡Oh dicha! Sólo te ruego
que no bailes con el títere
de Ferminito.
- JACINTA. Contigo
sólo, mi bien.
- MATÍAS. ¡Qué felices
seremos cuando el enlace
suspirado...!

*(Sigue hablando en voz baja con
JACINTA. Los cuatro se han pa-
rado junto a la puerta.)*

- FROILÁN. *(A DON ELÍAS.)* ¿Usted no asiste
al baile?
- ELÍAS. Tengo un asunto...
- FROILÁN. Pues yo también pienso irme
a la ópera y volver,
porque los bailes me embisten,
aun siendo de confianza
como éste.
- ELÍAS. A tales convites
soy yo poco aficionado.
Si además de los violines
hubiese cena... Lo digo
por la broma y por los brindis.

JACINTA. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?

FROILÁN. Vamos.

ELÍAS. Ea, divertirse.

(*Entran en la casa.*)

ESCENA II

DON ELÍAS.

Hora es de entrar en la iglesia,
y aunque un funeral es triste
función, Isabel la paga,
y basta que ella me fie
sus secretos y yo sea
su amigo y correvedile,
para acompañarla pío
hasta el postrer *parce mihi*.

(*Las campanas tocan a muerto.*)

Esa fúnebre campana
me recuerda, ¡ay infelice!,
mis diez medallas difuntas;
y a fe que no se redimen
las ánimas de esa especie
con responsos ni con kyries.
¿Y habré de rezar al muerto
después que fué tan caribe,
que se llevó al otro mundo
mis pobres maravedises?

Si al menos, en justo premio
de un esfuerzo tan sublime,
ya que Isabel no me dé
su mano y su dote pingüe,
me confiriese el empleo
de su curador *ad litem*...
Pero en el templo me espera.
Vamos... ¡Ah, qué bella efigie!
¡Lástima de criatura!
¡Por un muerto se desvive
cuando suspira por ella
un vivo de mi calibre!

(Al entrar DON ELÍAS en la iglesia llegan hablando DON ANTONIO y sus amigos. Oyese otra vez la campana.)

ESCENA III

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL BARBERO.

ANTONIO. La noche no está muy fría.
No entremos, que aun es temprano.

LUPERC. ¿Dónde encenderé este habano?

MARIANO. Ahí está la barbería.

LUPERC. Dices bien.

(A la puerta, y sale el BARBERO.)

¡Ave María!

¿Podré encender este puro?

BARBERO. ¡Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...

(Entra, y vuelve a salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro DON LUPERCIO, y se lo vuelve.)

—Dame esa luz, Nicolasa.
¿Va usted de baile? Seguro.

LUPERC. Sí; subiremos después.

BARBERO. Cuidadito, que el demonio...
¡Hola! Ahí está don Antonio...
y don Mariano... (¡Qué tres!)
Ofrezco a ustedes cortés
la justa hospitalidad,
la cena, la facultad,
conversación, la guitarra...

ANTONIO. *(En voz baja a sus amigos.)*
No, que el oído desgarras.
—Gracias, maestro. Escuchad.

(Saludan al BARBERO, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.)

BARBERO. Yo celebro que en la plaza
prefieran pasar el rato,
porque entre ese triunvirato
no podría meter baza.
Tienen lenguas de mostaza;
sobre todo, el cocodrilo
de don Antonio. ¿Hay asilo

que de su pico defienda
la honra? No hay en mi tienda
navaja de tanto filo.

Que hable y murmure un barbero,
eso es moneda corriente,
pero ¡ser tan maldiciente
un ilustre caballero!
Ya se ve, el ocio, el dinero...

(Se oye la música del baile.)

¡Hola! El violín se hace rajás,
y entre tanto las barajas...
¡Qué inmoralidad! ¡Qué vicio!...
Mas cada cual a su oficio.
Afilemos las navajas.

*(Al entrarse el BARBERO en su
tienda aparece embozado DON
PABLO.)*

ESCENA IV

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL BARBERO,
DON PABLO.

PABLO. Por aquí atajo camino.
Tiro después a la izquierda...
¡Oh, Jacinta! ¡Cuál va a ser
tu alegría, tu sorpresa!...
Quizá no haya recibido
mis cartas; quizá me tenga

por muerto. De todas suertes
es imposible que sepa
mi llegada. Entrar de incógnito
ha sido feliz idea,
y apearme en un mesón.
—Antes que llegue a su puerta
quiero besar otra vez
su adorada imagen bella.

(Saca el retrato y lo besa.)

¡Bien mío! ¿Serán iguales
tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos...

*(La música no ha cesado. Las
campanas vuelven a sonar.)*

Mas ¿qué campanas son éstas?
¡Tocan a muerto! Con malos
auspicios vuelvo a mi tierra.
No he temido en la campaña
a balas ni bayonetas,
y sin poder remediarlo
esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
la humana naturaleza!—
¡A muerto, sí! En ese templo
están celebrando exequias...
¿Si entraré?... Mejor será
preguntar en esta tienda.
¡Deo gracias!

BARBERO. *(Saliendo.)* Adelante. -

- La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
con primor y ligereza.
- PABLO. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
hay entierro. ¿Sabe usted
quién es?... Digo mal: ¿Quién era
el muerto?
- BARBERO. Don Pablo Yagüe.
- PABLO. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?
- BARBERO. Lo que oye usted; sí, don Pablo,
natural de Cariñena,
vecino de Zaragoza,
hacendado, hombre de letras,
de estado soltero, edad
como de veintiocho a treinta,
oficial movilizadado,
buen mozo, *et caetera, et caetera.*
- PABLO. (Peregrina es la aventura;
y el hombre de tales señas...
Lo más singular del caso
es el ser yo a quien lo cuenta.)
- BARBERO. Ya nadie ignora su muerte,
ni aun los niños de la escuela.
- PABLO. (¡Bravo! Puede ser que yo
me haya muerto y no lo sepa.)
- BARBERO. Parece que usted se aflige
al oír tan triste nueva.
- PABLO. Todas las malas noticias
que oigo yo sean como esa.

BARBERO. ¿Qué dice usted? ¿Conque un muerto...?

PABLO. Dios le dé la gloria eterna;
pero yo llorara más
la muerte de otro cualquiera.

BARBERO. ¡Hombre! ¿Por qué?

PABLO. Yo me entiendo.
¿Ha muerto aquí?

BARBERO. No. En la guerra.

En la gloriosa jornada
de los campos de Gadesa.
Murió como un Alejandro
después de hacer mil proezas.
Cargó él solo a un batallón
y le quitó la bandera.

PABLO. ¡Cáspita!

BARBERO. Treinta facciosos
le atacan; y él, ¿qué hace? Cierra
con todos, y a veinticuatro
deja tendidos.

PABLO. ¡Aprieta!

BARBERO. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
¡Un mozo de tantas prendas!

PABLO. ¡Ah! ¿Le conocía usted?

BARBERO. No, señor; y es que, a la cuenta,
se afeitaba solo. Pero
todo el mundo le celebra...

PABLO. ¡Después de muerto! ¿Verdad?

(Incluye a oírse el son de las campanas sin cesar el de la música.)

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

BARBERO. Yo le diré a usted...

(Los tres paseantes se paran en
corrillo cerca de la barbería.)

LUPERC. Aun suenan
las campanas. ¡Pobre Pablo!

Su muerte me causa pena.

BARBERO. Justamente esos señores
hablan del muerto.

PABLO. Quisiera
escuchar...

BARBERO. Pues entre usted
en el corro; con franqueza.
Son parroquianos y amigos.

PABLO. No quiero yo que me vean.

BARBERO. ¿Por qué?

PABLO. Tengo mis razones.

BARBERO. Si no mienten mis sospechas,
usted es pariente del muerto.

PABLO. Algo hay de eso; sí.

BARBERO. Por fuerza.
(Cuando vi que se alegraba
de oír el *requiem aeternam*,
dije para mí al momento:
éste es de la parentela.)

PABLO. Y allí hay música.

BARBERO. Es un baile.

PABLO. ¡Este es el mundo!

MARIANO. Mi lengua
siempre elogiará a don Pablo.

MUÉRETE ¡Y VERAS!

(DON PABLO aplica el oído sin des-
embozarse.)

- ANTONIO. ¡Qué talento aquél!
- LUPERC. ¡Qué amena
conversación!
- MARIANO. ¡Qué donaire!
- BARBERO. ¿Lo oye usted?
- PABLO. Sí.
- ANTONIO. ¡Qué nobleza
de sentimientos!
- LUPERC. Su bolsa
para todo el mundo abierta...
- PABLO. Esos que ahora le alaban
le quitaban la pelleja
cuando vivo: yo lo sé.
¡Maestro, al que está en la huesa
nadie le envidia!
- (Cesa la música.)
- BARBERO. En efecto,
siempre oigo decir lindezas
de todos los que se mueren.
- ANTONIO. Dices bien. No lo creyera
de don Matias. ¡Qué acción
tan indigna! ¡Qué bajeza!
Solicitar a Jacinta...
- PABLO. (¡Qué oigo!)
- ANTONIO. ¡Habiendo sido prenda
de su amigo y camarada!

PABLO. (¡ Ah, traidor amigo! —Y ella...
 ¡ Oh! No, no es posible... Oigamos...
 ¡ Ahora, que más me interesa
 oírlos, bajan la voz!)

(DON FROILÁN sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce DON ANTONIO.)

LUPERC. No vi ingratitud más negra.

ESCENA V

DON PABLO, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO,
EL BARBERO, DON FROILÁN.

ANTONIO. ¡ Don Froilán! ¿ Adónde bueno?
 ¿ Ya deja usted el baile?

FROILÁN. Es fiesta

 que me fastidia y me apesta...

 Prefiero estarme al sereno.

 Diversión es el bailar
 expuesta a mil contingencias.

 Sus fatales consecuencias
 he visto a muchos llorar.

 Ya pincha como lanceta
 el alfiler de un justillo;
 ya se disloca un tobillo
 al hacer una pirueta;
 ya, por estar ajustado,

se revienta el pantalón;
ya encaja mal el balcón,
y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraúnda
le vuelven a un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
que se abra el piso y nos hunda.

LUPERC. (*Bajo a DON MARIANO.*)

Todo es triste para él.

ANTONIO. ¿Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.

FROILÁN. Sí, una de ellas.

PABLO. (*¡Cielos!... ¡Oh! Será Isabel.*)

ANTONIO. Una... ¿Cuál? ¿Jacinta?

FROILÁN. Sí.

PABLO. (*¡Ah!...*)

MARIANO. ¿Cómo no están las dos?

PABLO. (*¡Ella baila, justo Dios,
y están doblando por mí!*)

FROILÁN. ¿Baile la otra? Ni el nombre
sufriría. Es tan adusta...

(*En voz baja a DON PABLO. Ambos se mantienen a la puerta de la tienda algo distantes de los demás.*)

BARBERO. Pues mire usted: a mí me gusta...

PABLO. ¡Silencio!

BARBERO. (*¡Quién será este hombre?*)

ANTONIO. ¿Y es siempre a Jacinta fiel
el insigne don Matías?

❧

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

- FROILÁN. Tierno está como un Macías.
- ANTONIO. ¿Y ella?
- FROILÁN. Se muere por él.
- PABLO. (¡Eso más! ¡Pérfida!... ¡Ingratos!...)
- LUPERC. Boda habrá.
- FROILÁN. ¿No la ha de haber?
Mañana al anochecer.
se celebran los contratos.
- PABLO. (Muérete ¡y verás...! ¡Ah, perra!)
- ANTONIO. Pero, amigo, usted confiese
que es infamia... ¡Si lo viese
el que está pudriendo tierra!
- FROILÁN. Sin razón se quejaría,
porque ¿qué mal hay en esto?
Nada. A rey muerto, rey puesto.
Lo demás es bobería.
- (Suena otra vez la campana.)
- PABLO. (¡Habrà pícaro!)
- FROILÁN. ¡Qué diablo!...
Me aturde ese campaneó.
¿Es sermón, o jubileo?
- MARIANO. No. Las honras de don Pablo.
- ANTONIO. Pues, ¡qué!, ¿usted no lo sabía?
- FROILÁN. ¿Qué he de saber? No por cierto.
- LUPERC. Pues ya. Sabiendo que el muerto
es don Pablo, asistiría...
- FROILÁN. No tal. Tengo mil asuntos...
Es muy triste un ataúd...

No poseo la virtud
de resucitar difuntos.

PABLO. (¡Bribón! Aunque tú no quieras,
resucitaré, y tres más;
y mañana sentirás
que no haya muerto de veras.)

FROILÁN. Ya al solemne funeral
el domingo asistí yo
que por su alma celebró
la Milicia Nacional.

¡Dos entierros! ¡Qué boato!
¿Tanto valía su nombre?
¡Dos entierros para un hombre
que falleció *ab intestato!*

BARBERO. ¡Qué tío!

(*Haciéndole callar.*)

PABLO. ¡Por Dios, maestro!...

FROILÁN. Y es todo en vano. Yo sé
que al otro mundo se fué
sin rezar un *Padrenuestro*.

Él buscó su muerte, sí,
y por eso no me aflige.
Yo su horóscopo le dije
y no hizo caso de mí.

ANTONIO. Pero, hombre...

FROILÁN. Las ocho... Aún llego
al acto segundo. Estoy
convidado... Ea, me voy
a la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI

DON PABLO, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO,
EL BARBERO.

MARIANO. ¡Qué entrañas tiene!

ANTONIO. Es nefando.

LUPERC. ¡Y predica como un fraile!

ANTONIO. Basta. ¿Vámonos al baile?

LUPERC. Sí, sí. Ya estarán tallando.

(*Se entran en la casa del baile.
DON PABLO se queda pensativo.*)

ESCENA VII

DON PABLO, EL BARBERO.

BARBERO. ¿Sabe usted que el don Froilán
es hombre de mala estofa?
El egoísta agorero
le llaman en Zaragoza.
¡Miren qué disculpas da
para faltar a las horas
del que iba a ser su cuñado!
Y eso que, según me informan,
le hizo el muerto mil favores.
Pues, ¡digo, también la otra,
que al son del *luceat ei*

bailando está la gavota,
y con el pérfido amigo
concierta alegre la boda!
Y luego si uno murmura
dirán... (Pero no se toma
la molestia de escucharme.
Extravagante persona
es este *quídam.*)

PABLO.

(Estoy
por subir, y a esa traidora...
Pero más que ella me irrita
su hermano. ¡Pues no hace mofa
de mi muerte! A bien que pronto
se convertirá en congojas
y lamentos el sarcasmo
con que a los muertos baldona.
—Aquí le traigo yo un *récipe*
que no ha de tomarlo a broma.
Pero el castigo, aunque duro,
no satisface mi cólera.
Yo quisiera otra venganza
más directa; mía sola...
¡Ah! ¡Qué idea tan feliz!
Mi escribano Ambrosio Mora
vive al volver esa esquina;
don Froilán está en la ópera...
Voy volando...) Abur, maestro.

BARBERO.

Felices noches. (Ahora
se va y me deja en ayunas...)

PABLO.

¿Oyó usted a aquella boca

- excomulgada insultar
al que está bajo la losa?
- BARBERO. Sí; ; el tal don Froilán...!
- PABLO. Pues luego
cantará la palinodia.
- BARBERO. ¿De veras? Diga usted. ¿Cómo...?
- PABLO. Es un secreto.
- BARBERO. No importa.
Vamos..., yo no lo diré...
- PABLO. Sino a toda la parroquia.
- BARBERO. No tal. Yo soy...
- PABLO. Excelente
barbero.
- BARBERO. Usted me sonroja;
mas...
- PABLO. Cuento usted con mi barba
si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII

EL BARBERO.

¡Por el alma de Judas!...
Ahora le prendería, a ser alcalde.
Yo quiero su secreto, no su barba,
y por salir de dudas
consintiera en rapársela de balde.
¡Señor! ¿Qué extraño ente
es éste, que una sola *Avemaria*

no reza por el alma de un pariente,
y luego, si otra lengua
a escarnecer se atreve su ceniza,
cual si oyera a Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante...,
si hablan del muerto, aplica las orejas...,
¡y las cierra a la fúnebre salmodia!
Y ¿qué le importa, en fin, que el otro cante
o deje de cantar la palinodia?
Ello, el asunto es serio.
Un embozado, un muerto, un maldiciente...
Si aclarar no consigo este misterio
¿qué me dirá después el parroquiano?
¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
si no puedo nombrar a ese fulano
ni acierto a definir la palinodia?

ESCENA IX

EL BARBERO, DON ELÍAS.

ELÍAS. ¡Hermosa criatura! con el canto,
que a otras afea tanto,
se aumenta de su rostro peregrino
el seductor encanto.
Por no ofender a Dios, salgo del templo.
¡Oh ciegos pecadores,
de mi austera virtud tomad ejemplo!
Otro en el dulce error se obstinaría,

mas yo ni aun en la senda del pecado
abandono la sabia economía.
Ya que es pecar sin fruto
el adorar las dotes..., ¡y la dote!
de ese hermoso portento,
pongamos al amor veto absoluto,
y demos otro giro al pensamiento.
Diez onzas... ¡ay! cabaes
tres mil doscientos reales.
¡Fatal recuerdo! El corazón le odia,
y siempre ha de venir a atormentarme!

BARBERO. (No puedo echar de mí la palinodia.)

(DON ELÍAS llega paseando a la
puerta de la barbería. Suenan
por última vez las campanas.)

ELÍAS. Maestro, buenas noches.

BARBERO. ¿Sanguiuclás?

¿Un repaso a la barba?

ELÍAS. No, amigo. Mi dolor...

BARBERO. ¿Dolor de muelas?

ELÍAS. ¡Ah!

BARBERO. Si hay caries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo...

ELÍAS. ¡Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ¡diez!—No de la boca.
¡Ojalá!

BARBERO. Pues ¿de dónde?

ELÍAS. ¡Del bolsillo!

Oigame usted: le contaré mis cuitas.
Ese hombre a quien entierran...

- BARBERO. A propósito..
Un embozado aquí que, por lo visto,
es su pariente...
- ELÍAS. ¡ Ah! ¿ Le dejó en depósito
alguna cantidad? ¿ Es su albacea?
- BARBERO. Lo contrario barrunto,
porque habló con desprecio del difunto.
- ELÍAS. ¡ No hay esperanza!
- BARBERO. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elías.
Quizá usted, que era amigo de don Pablo...
- ELÍAS. En hora buena se le lleve el diablo,
mas ¡ también mi dinero!...
- BARBERO. A lo que entiendo,
él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilán es toda su ojeriza.
- ELÍAS. ¡ Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
y bramo de furor.
- BARBERO. Daré las señas.
Es alto, es rubio...
- ELÍAS. No, no le perdono.
Su muerte fué un suicidio.
- BARBERO. Militar parecía...
- ELÍAS. ¡ Se ha matado
por llevarse a la tumba mi subsidio!
- BARBERO. Hombre de buena edad, grueso...
- ELÍAS. ¡ Mentira!
- BARBERO. Perdone usted...
- ELÍAS. ¡ Mentira! No he rezado.

aunque usted me haya visto, ¡mal pecado!,
salir del templo.

BARBERO. ¡Dale!
¡ Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse, dijo...

ELÍAS. Maestro, aquella tumba era mi potro,
y el duelo era un sarcasmo, una parodia...

BARBERO. Dijo que don Froilán...

ELÍAS. ¡Pérfido! ¡Ingrato!

BARBERO. Cantaría...

ELÍAS. ¡Ay de mí!

BARBERO. La palinodia.

ELÍAS. Su muerte...

BARBERO. ¡Oígame usted!

ELÍAS. Es una afrenta.

BARBERO. Pero, ¡hombre!...

ELÍAS. ¡Bancarrota fraudulenta!

BARBERO. ¡Oh!, quedarme prefiero
con mi curiosidad.

ELÍAS. Yo...

BARBERO. ¡Basta, basta!

¡Atajar la palabra de un barbero!

ELÍAS. Es que...

BARBERO. ¡Maldita, amén, sea tu casta!

*(Se entra en la tienda y la cierra
por dentro. Cesan las campanas.)*

E S C E N A X

DON ELÍAS.

¡Cierra la puerta y me planta!
¿Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó también al difunto
y perdió sus patacones?
Mas huele a cera apagada;
las campanas no se oyen...
Vamos, se acabó el entierro;
y pues yo hago los honores
funerales, despedamos
el duelo.

(Se coloca a la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, a quienes saluda entre afectuoso y compungido.)

MUJER. Dios le perdone.
ELÍAS. Amén. Gracias. Caballeros...
Señoras...
HOMBRE. Felices noches.
MUJER. Dios le dé la gloria eterna.
ELÍAS. Así sea.
HOMBRE. ¡Pobre joven!
ELÍAS. Que Dios se lo pague a ustedes...
(mejor que él a mí). Señores...

- MUJER. Beso a usted la mano.
ELÍAS. Amén...
Digo, gracias.
HOMBRE. (*Rezando.*) *Pater noster.*
ELÍAS. Gracias por mí y por el muerto.
(¡Qué tormento! Echo los bofes
de rabia, y tengo que hacer
cumplidos...)
MUJER. *Ora pro nobis*
ELÍAS. Abur.—Isabel no sale.
¿Pensará pasar la noche
en la iglesia? ¡Ah!, ya está aquí.

ESCEÑA XI

ISABEL, DON ELÍAS, RAMÓN.

(ISABEL *estará vestida de luto*;
RAMÓN *trae una linterna encen-*
dida. Sucnan otra vez los vio-
lines.)

- ISABEL. ¡Aun bailan! ¡Qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mío.
Suspende el terrible golpe
de tu justicia, por más
que su maldad lo provoque.
ELÍAS. ¡Oh Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.
ISABEL. ¡Pobre

- don Elías! Usted es fiel
a la amistad. ¡Alma noble,
alma sensible y piadosa!
- ELÍAS. No merezco esos loores.
Crea usted...
- ISABEL. Olvidan otros
sagradas obligaciones,
y usted, que nada debía
a don Pablo...
- ELÍAS. Yo ¿de dónde?
Al contrario...
- ISABEL. Pero Dios
premia las buenas acciones.
- ELÍAS. Yo confío en su infinita
misericordia... (¡Este postre
me faltaba!)
- ISABEL. La que fué
su delicia, sus amores,
su único bien, ni aun escucha
el son del místico bronce
que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
no deposita una sola
sobre la tumba del hombre
que la adoró. Ni un suspiro
lanza aquel pecho de roble,
si no a la grata memoria
del que iba a ser su consorte,
siquiera al sincero amigo,
siquiera al valiente joven

que el alma rindió invocando
de patria y de amor el nombre.
Bien haces. Dios no se paga
de sacrílegos clamores.
No insultes, ¡ay!, a su sombra.
Déjala que en paz repose,
ingrata mujer; no mandes
a tus ojos que le lloren
si en otro semblante luego
se han de fijar seductores.
Más puro será mi llanto,
más veraz, y desde el orbe
celestial quizá benigno
mi Pablo amado lo acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
yo sola. Yo sé que su alma
al alma mía responde,
y pues yo la he merecido
más que tú, ¡no me la robes!

*(El sacristán sale de la iglesia,
cierra la puerta y se retira. Si-
gue la música.)*

ELÍAS. ¡Ah, señora! Yo tendría
un corazón de alcornoque
si no derramase lágrimas...
(por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin... ¡Cómo ha de ser!
Aunque usted gima y solloce,

MUERETE ¡Y VERÁS!

Dios lo hizo: no hay esperanza
de que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta,
y sopla un viento de norte...

(ISABEL se arrodilla en el umbral
de la puerta y cruza las manos
en actitud de orar.)

(No me escucha; se arrodilla
en los yertos escalones,
y orando por el difunto
estatua parece inmóvil.
¡Oh, Virgen Madre, que ruegas
por nosotros... acreedores!,
¿merece un muerto insolvente
tan devotas oraciones?)

ESCENA XII

ISABEL, DON ELÍAS, RAMÓN, DON PABLO.

PABLO. (Ya ha recibido el papel,
ya es otro hombre, ya me llora.
¿Qué apostamos a que ahora
soy un santo para él?)
¿Otra vez en el salón
suena la música impía?
¡Oh vil, infame alegría!
¡Oprobio!... ¡Prostitución!

¿Y no arrojaré del pecho
al ídolo torpe, ingrato...?

*(Saca el retrato, lo despedaza y
lo pisa.)*

¡He aquí su falaz retrato...!
Caiga a mis plantas deshecho.

Si un día fui tu cautivo,
ya no, mujer inconstante.
Quien vende muerto al amante
vendiera al esposo vivo.

¿Qué se diría de mí
si me rindiese al dolor...?

Entierra, Pablo, al amor,
pues te han enterrado a tí.

Engañadora sirena,
te creí sincera y firme...
Pues si acierto a no morirme,
¡como hay Dios que la hago buena!

Olvidemos a la infiel,
que si airado resucito,
¿qué haré con alzar el grito?
Un ridículo papel.

Vuelva a mi pecho la calma,
y pues soy muerto viviente,
voy a ver qué buena gente
pide al cielo por mi alma.

Y a fe que, si al catecismo
doy un repaso, quizás
tampoco estará de más
que yo me rece a mí mismo.

¡Vaya, que es rara aventura!
Para mí es niño de teta
el austero anacoreta
que cava su sepultura.

Más eco hará en los anales
el nombre de un ciudadano
que concurre vivo y sano
a sus propios funerales.

*(Da algunos pasos hacia la iglesia,
siempre embozado, y se para.)*

Por hoy ya no puede ser,
que la iglesia está cerrada.
Mas ¿qué veo? ¡Arrodillada
al umbral una mujer!
¿Quién será el alma bendita
que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
observaré...

ELÍAS.

¡Isabelita!...

PABLO.

(¿Si será la hermana bella
de Jacinta? No. ¿A qué asunto
suspirar por un difunto
que en su vida...?)

*(El criado, que se pasa silencio-
so, con la linterna en la mano,
pasa por junto a ISABEL, y la
reconoce DON PABLO. Cesa la
música.)*

(Pues es ella!

¡La otra tan malas entrañas,
y ésta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
para ver cosas extrañas.)

ISABEL. Sombra que amo y reverencio,
perdóname si llorosa
interrumpo de tu losa
el venerable silencio.

PABLO. (¿Qué oigo?)

ISABEL. Más grata oblación
dírate la amada prenda;
mas no rehuses la ofrenda
de mi tierno corazón.

PABLO. (Me amaba, me ama... ¡Oh portento!)

ISABEL. Si de una triste mortal
desde el trono celestial
oyes benigno el acento,
no a Dios le pidas que yo
deje, sin dejar el mundo,
el dolor veraz, profundo
que tu muerte me infundió.

No turbe, no, mi quebranto
las delicias de tu Edén,
¡que Dios ha puesto también
gloria y delicia en el llanto!

PABLO. (¡Qué alma! ¡Y no la conocí!)

ISABEL. Pídele sólo al Señor
que eterno sea el amor
con que el alma te rendí;

que nunca humana flaqueza
me conduzca a no quererte.
¡Antes un rayo de muerte
caiga sobre mi cabeza!

*(Calla y contemplativa alza los
ojos al cielo.)*

PABLO. ¡No puedo más! ¡Qué pasión!
Yo llego... ¡Oh ventura mía!

(Deteniéndose.)

Mas la súbita alegría
tal vez...)

ISABEL. *(Después de un profundo suspiro.)*
Vámonos, Ramón.

ESCENA XIII

ISABEL, DON PABLO, DON ELÍAS, RAMÓN, DON FROILÁN.

FROILÁN. Entremos. Aun será tiempo...
Pero la iglesia cerraron.

PABLO. (Ya está aquí mi hombre.)

FROILÁN. ¡Isabel!

¡Don Elías! ¿Cómo os hallo
a estas horas por aquí?
¿Salís del entierro acaso?
¡Ah! Sí, no hay duda. Ese luto...
Parece que se ha acabado
el funeral.

- ELÍAS. Sí, señor.
- FROILÁN. ¡Y fué para mí un arcano!
¿Por qué no habérmelo dicho,
y mis ardientes sufragios...?
- ISABEL. ¿A qué, si ya en otra tumba
le habías tú sepultado
más profunda?
- FROILÁN. ¡Yo!, no entiendo...
- ISABEL. ¡En el olvido!
- FROILÁN. ¿A mi Pablo?
¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?
- PABLO. (¡Para el necio que te crea!)
- FROILÁN. Pues ¡si le quería tanto...!
Poco he dicho. Le adoraba.
- PABLO. (No sé cómo no le mato.)
- ELÍAS. (¡Extraña metamorfosis
por cierto!)
- FROILÁN. ¡Tan buen muchacho...!
¡Ah...! Me nombró su heredero.
- ELÍAS. ¿Qué dice usted?
- FROILÁN. Aquí traigo
su postrera voluntad.
- PABLO. (Eso no, que ya he tomado
mis medidas, por si muero
antes de reír el chasco.)
- ELÍAS. ¡Usted su heredero!
- FROILÁN. Sí.
- ELÍAS. ¿No habla de otros legatarios
el testamento? ¿O de deudas...?

FROILÁN. No. Todo me lo ha dejado.
¿Qué mucho si nos unió
desde los primeros años
la dulcísima amistad
cuyos halagüeños lazos...?

PABLO. (¡Hipocritón!)

FROILÁN. ¿Nuestras almas
llenaron siempre de encantos?

ELÍAS. Vea usted; y yo creía...

FROILÁN. ¡Ay, caro amigo! Este rasgo
de cariñosa bondad
hace mayor mi quebranto.
¿Qué son todos los tesoros
del mundo, si los comparo
con la delicia de verte,
de hablarte...? Mi acerbo llanto,
no podrá, ¡triste de mí!
arrancarte al duro mármol
que te esconde...

ISABEL. ¡Calla, impío!
¡Blasfemo, sella los labios!
Guárdate el oro que heredas
y no turbes el descanso
de aquella alma generosa,
que acaso estará penando
porque tan mal empleó
sus dádivas.

FROILÁN. Ese agravio...

ISABEL. ¡Calla por piedad! No me hagas
testigo del vil escarnio

- con que insultas las cenizas
de tu bienhechor. Huyamos...
- PABLO. (¡Ah, qué ángel!)
- FROILÁN. Oye...
- ELÍAS. Si usted
quiere servirse del brazo...
- ISABEL. ¡No! Sola me quiero ir.
Detesto al linaje humano.
¡Perfidia, maldad, bajeza
donde quiera... ¡Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV

DON PABLO, DON FROILÁN, DON ELÍAS.

- PABLO. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?
¡Tanto amor!...)
- FROILÁN. ¡Qué sinrazón!
¡Qué ruin interpretación
de mi profundo martirio!
- ELÍAS. Y, en efecto, el testamento...
- FROILÁN. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
Y ahora volver a esa fiesta...
He aquí mi mayor tormento.
Mas debo forzosamente
acompañar a mi hermana.
- ELÍAS. La herencia es más que mediana,
y usted que era ya pudiente...

FROILÁN. ¡Yo baile, oh Dios, yo concierto,
cuando mi pena es tan grave...!

ELÍAS. Yo tenía, usted lo sabe,
relaciones con el muerto...

FROILÁN. No toque usted ese punto,
que mi aflicción...

ELÍAS. Sin embargo...

Usted debe hacerse cargo
de las deudas del difunto.

FROILÁN. ¡Ya no hay placer para mí
en el mundo!

ELÍAS. El me debía
unos cuartos...

FROILÁN. Noche y día
rezaré por su alma, sí.

PABLO. (El diálogo me divierte.)

ELÍAS. Si me olvidó, no es portento,
que sin duda el testamento
lo hizo...

FROILÁN. ¡Antes de su muerte!

ELÍAS. Ya, sí...

FROILÁN. ¡Mi alma se destroza!

ELÍAS. (¡Diablo de hombre!) Yo decía...

FROILÁN. Lo dejó en la escribanía
al salir de Zaragoza.

ELÍAS. Bien, y luego...

FROILÁN. ¡Amigo fiel!

Aunque venda mis camisas,
mañana doscientas misas
mandaré rezar por él.

- PABLO. (Eso me encuentro. Por Dios
que de él no esperaba tanto.)
- ELÍAS. Mas yo le hice un adelanto...
- FROILÁN. ¡Ah! Sí; lloremos los dos.
- ELÍAS. Pero...
- FROILÁN. Con ojos serenos
¿quién ve a su amigo morir?
- ELÍAS. Pero puede usted decir:
los duelos con pan son menos.
¿Y quién vuelve a mi escritorio
el dinero...?
- FROILÁN. ¡Acerba llaga,
cruel!
- ELÍAS. Alma que no paga
no sale del purgatorio.
Diez onzas...
- FROILÁN. No cuestan tanto
las doscientas misas.
- ELÍAS. ¡Oh!...
- FROILÁN. A peseta...
- ELÍAS. No hablo yo
de misas...
- FROILÁN. Me ahoga el llanto.
*(Hablando han llegado a la casa
del baile.)*
- ELÍAS. Oiga usted...
(Ya dentro del portal.)
- FROILÁN. Ni a hablar acierto.
¡Adiós!

como en éste peno yo,
al heredero le toca
procurar tu redención;
no a mí, difunto don Pablo,
a mí que soy tu acreedor,
a mí...

PABLO. Basta. Sabe usted
que soy hombre de razón,
y si yo me hubiera muerto,
no lo negaría, no.
Caí herido de un balazo
en medio de la facción.
Sin duda, al verme tendido,
sin aliento y sin color,
todos me dieron por muerto
sin más averiguación;
y como nadie después
de mí ha sabido hasta hoy,
no extraño que en mis exequias
haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
con el frío y el dolor,
medio vivo, medio muerto,
me levanté del montón.
En vano pedía auxilio:
nadie escuchaba mi voz.
Por fin llegué como pude
a la choza de un pastor.
Por buena suerte, la herida
no era mortal, aunque atroz.

Aquella familia honrada
tuvo de mí compasión,
y curándome en sigilo,
sin botica ni doctor,
me libertó de las uñas
de *Tristán* o *Caragol*.
Recobradas ya mis fuerzas,
mi marcha emprendo veloz
de regreso a Zaragoza,
y hoy llego a puestas de sol
para reír desengaños
de este mundo pecador.

- ELÍAS. ; Es posible! ; Ah! mi alegría...
- PABLO. Usté es un hombre de pro.
Usté ha rezado en mi entierro...
- ELÍAS. ; Oh! Sí, con mucho fervor.
- PABLO. Y gracias por su cristiana
misericordia le doy.
Sólo a usted me he descubierto...
- ELÍAS. ; Usted me hace sumo honor!...
- PABLO. Mas nadie sepa que vivo
hasta mejor ocasión.
Usted sabrá mis proyectos,
y cuento con su favor
para llevarlos a cabo.
- ELÍAS. Sabe usted que siempre estoy
a su obediencia.—A propósito,
el papel que se quedó
sin firmar... Aquí lo traigo.

MUÉRETE ¡Y VERAS!

ELÍAS. Es que usté estará
delicado, y el pulmón...

PABLO. *(Riéndose.)*
Cálmese usted, don Elías,
que mi palabra le doy
de no morirme otra vez
sin pagarle.

ELÍAS. *(¡Oigate Dios!)*

ACTO CUARTO

(Don Elías, por no quedar sin su dinero, actúa de confidente y cómplice de Don Pablo, preparando la entrevista de éste con Isabel. Y se reúnen todos para asistir a la ceremonia de la firma del acta notarial del matrimonio de Jacinta y Don Matías.)

ESCENA VIII

ISABEL, JACINTA, DON ELÍAS, DON FROILÁN, DON MATÍAS,
DON ANTONIO, DON LUPERCIO, EL NOTARIO, DAMAS, CABA-
LLEROS.

NOTARIO. Buenas noches, caballeros.

DAMAS. (*Aparte a un convidado.*)

Ese curial incivil
no saluda al bello sexo.

MATÍAS. Vamos; ¿vienen ya extendidos
los contratos?

NOTARIO. (*Sentándose a una mesa, donde habrá recado de escribir.*)

Sí, por cierto.

No falta más que firmar ;
los contrayentes primero
y los testigos después,
en sus respectivos huecos.

FROILÁN. (*A DON ANTONIO, en voz baja.*)

Ese hombre, que para mí
es una especie de cuervo,
despierta en mi corazón
atroces remordimientos.

NOTARIO. Si ustedes me lo permiten,
calo las gafas y leo...

MATÍAS. ¡No, por Dios! ¿A qué cansarnos
con ese eterno proceso?

NOTARIO. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos...

MATÍAS. ¡Misericordia!... ¡Una pluma!

(*Llega a la mesa y la toma.*)

¿Da usted fe de que, en efecto,
me caso con la que adora
mi corazón?

NOTARIO. Por supuesto.
Con doña Jacinta...

MATÍAS. Basta.
Firmo como en un barbecho.

(*Firma.*)

FROILÁN. (*Tapándose los ojos.*)
¡Ah! ¡Qué horror! ¿Y sufro yo
tan bárbaro sacrilegio?

ELÍAS. (*A ISABEL.*)
¿Qué le ha dado a don Froilán?
Suspira, se pone trémulo...

NOTARIO. Ahora la novia.

JACINTA. (*Se acerca a la mesa.*)
Volando,
que mi gloria cifro en esto.

FROILÁN. ¡No puedo más!

(*Se levanta, y se acerca también
a la mesa.*)

JACINTA. ¿Dónde?

NOTARIO. Aquí.

FROILÁN. Detén, en nombre del cielo,
esa mano temeraria!
¿Olvidas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinión?
¿No sabes que hay un infierno
para los perjuros? ¡Ah!...

MATÍAS. ¿Qué dice ese majadero?

FROILÁN. ¿Vas a casarte con otro
cuando la sangre del muerto
está humeando? Aun escucho
las campanas de su entierro...

JACINTA. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?

CABALL. Ese hombre ha perdido el seso.

- DAMAS. (A DON ANTONIO.)
¡Qué hipocresía!
- ANTONIO. ¡La herencia!
- ELIAS. (A ISABEL.)
Como soy que me divierto.
- MATÍAS. Ea, firma, y no hagas caso
de un fastidioso agorero.
- JACINTA. Sí; el corazón me lo manda.—
¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!)

(Firma.)

Ya está.

- FROILÁN. ¡Gran Dios!...
¡Ella ha firmado! ¡Esto es hecho!
¡Ah! ¿Qué sería de ti,
falsa mujer, si del centro
de la tumba aquí se alzase
don Pablo y con voz de trueno...?
- MATÍAS. ¡Oiga!...

(Todos los interlocutores, a excep-
ción de ISABEL, rien estrepiti-
tosamente.)

- LUPERC. ¡Donosa ocurrencia!
- DAMAS. ¡Qué visionario!
- CABALL. ¡Qué necio!
- ANTONIO. Se nos viene con sandeces
del siglo décimotercio.
- MATÍAS. No hablaba usted de ese modo
dos días ha.

- FROILÁN. Me arrepiento.
- ELÍAS. (A ISABEL.)
Oportuno es el sermón.
Parece que está de acuerdo
con don Pablo. Mas ¿qué aguarda,
que no sale del encierro?
- FROILÁN. Don Matías, no es la herencia
la que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina
inspiración. Yo preveo...
- MATÍAS. ¡Eh! Basta ya de simplezas,
que estamos perdiendo el tiempo.
Concluyamos.—Los testigos.
- NOTARIO. Don Antonio Mollinedo...
- ANTONIO. Servidor.

(Va a la mesa y firma.)

Sea mil veces
en buen hora.

- NOTARIO. Don Lupercio...
- LUPERC. Allá voy.

(Firmando.)

Y con el alma
y la vida lo celebro.

- NOTARIO. Don Elías Ruíz...

(Va y firma.)

- ELÍAS. Presente.—
Sea enhorabuena, y *laus Deo*.
- NOTARIO. Hemos concluído.

- NOTARIO. ¡Oh!
MATÍAS. ¡Don Pablo!
FROILÁN. ¡Es él!
ELÍAS. ¡Lindas figuras!
DAMA 1.^a ¡Qué espanto!
FROILÁN. ¡Yo no lo dije por tanto!
JACINTA. ¡Aparta, sombra cruel!
GALÁN 3.^o ¡Señora!...

*(Haciendo aire a una que está
desmayada y en breve recobra
el sentido.)*

- DAMA 2.^a ¡Qué horrible vista!
GALÁN 2.^o (Yo tengo más miedo que ella.)
ELÍAS. *(Aparte a ISABEL.)*
La tramoya ha estado bella.
¡Se ha portado el polvorista!
JACINTA. (La imagen de mi conciencia
veo en su rostro fatal.)
FROILÁN. (Si es aparición, tal cual;
si está vivo, ¡adiós la herencia!)
JACINTA. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdón.
MATÍAS. ¿Locura?
JACINTA. Ten compasión
de una frágil criatura...
A tus plantas...

*(Va a arrodillarse, y DON MATÍAS
la detiene.)*

- MATÍAS. ¡Eso no,
por vida de San Matías!

¿Tú a sus plantas? ; No en mis días!
El ha muerto, y vivo yo.

Y nos veremos las caras,
pues ya se firmó el concierto,
si quiere meterse el muerto
en camisa de once varas.

Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
que si difunto estuviera
no alzara así como quiera
la yerta y pesada losa.

Yo no le disputo a Dios
el poder de hacer milagros;
mas los muertos están magros,
y éste abulta como dos.

Le quisiste vivo, es cierto,
y ahora a mí; sea enhorabuena.
Eso no vale la pena
de resucitar a un muerto.

Si él ha muerto ¿qué hace aquí?
Vuelva al panteón profundo;
y si vive para el mundo,
muerto sea para ti.

En fin, que viva o que muera,
tuyo no ha de ser jamás.
Veremos quién puede más;
él muerto y yo... calavera.

PABLO. *(Soltando el manto y dando algunos pasos.)*

No he muerto, gracias al cielo,
ni por una infiel y un loco

quiero exponerme tampoco
a dar la vida en un duelo.

Que perdone este mal rato
pido a la tertulia toda,
pues mal sienta en una boda
el funeral aparato;

pero hombre de calidad,
cuya muerte es tan sentida,
justo es que vuelva a la vida
con cierta solemnidad.

Conozco que algún menguado
en esta cómica escena
más me quisiera alma en pena
que muerto resucitado;

pero si alguno desea
ser pasto a la muerte avara,
yo no; yo he visto su cara,
y me parece muy fea;

y puesto que debo tanto
al Sumo Hacedor, no es justo
que por dar a nadie gusto
me vuelva yo al camposanto.—

Mis quejas no escucharán
los amigos fementidos,
no, porque a muertos y a idos...
Conocido es el refrán.

Que matan los desengaños
dice la gente.—No a mí,
que, como muerto los vi,
no han de abreviarme los años.—

Nada de rencor, Matías.

Querer a una dama hermosa
más que a un fiel amigo, es cosa
que se ve todos los días.

Siempre amor en tal pelea
ha de triunfar; esto es cierto;
y más si el amigo ha muerto
y la dama pestañea.

Yo la quise; tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
pues yo he muerto para ella,
y tú por ella te mueres.—

Ni tu cambio llevo a mal,
Jacinta. ¿Con qué derecho
pidiera yo a tu despecho
una palma virginal?

Se olvida al galán más pulcro,
vivo, lozano, fornido,
¿y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?

El amor en nuestros días
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas a prueba
de balas y pulmonías.

Yo te creía más firme,
mas si otro me reemplazó,
la culpa me tengo yo.
¿Quién me mandaba morirme?

MATÍAS. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
si no hay rival a mi amor?

- Mucho aplaudo el buen humor
con que vuelves a este mundo.
- JACINTA. Pablo, la sorpresa..., el gozo...,
Pero... ya ves... he jurado...
(Después que ha resucitado
me parece mejor mozo).
- PABLO. Señoras, cese ya el susto,
que si lo causo viviente,
me moriré de repente
estando sano y robusto.—
Y el Notario fugitivo
¿adónde fué?
- NOTARIO. (*Sacando la cabeza.*)
Me escondí...
- PABLO. Ea, salga usted de ahí
a dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
que, a fe del nombre que tengo,
del purgatorio no vengo
a tomarle residencia.—
¡Don Lupercio! ¡Don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
no me ha llevado el demonio.
- ANTONIO. Yo lloraba...
- PABLO. Sí por cierto.
- LUPERC. Yo...
- PABLO. Como hablan las paredes,
ya sé que me han hecho ustedes
justicia... después de muerto.

¡No era tan feliz mi suerte
cuando vivo!... ¿Conque soy
un ángel ahora? Doy
muchas gracias a la muerte.

Ruego a ustedes, pues advierto
que me va mejor así,
que siempre que hablen de mí
se figuren que estoy muerto.

ANTONIO. (*Aparte a DON LUPERCIO.*)

¡Pullas, después que en mil puntos
su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tener
caridad... ni con difuntos.

PABLO. Don Froilán, siento en verdad
decir a un amigo fiel
que el consabido papel
no es mi postrer voluntad.

FROILÁN. Es acción muy baladí
que perdonarse no puede
el resucitar adrede
para burlarse de mí.

(*Risa general.*)

Señores, nada de risas,
que es sobrada impertinencia
despojarme de la herencia
y quedarse con las misas.

ELÍAS. Agorero cejijunto,
justo es que a Dios satisfagan

herederos que no pagan
lo que debía el difunto.

Era insigne mala fe,
riendo de mi abstinencia,
comerse, amén de la herencia,
lo que yo economicé.

No era usted quien merecía
tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo más...

MATÍAS. ¿Por qué?

ELÍAS. Por economía.

FROILÁN. ¡Por vida!...

PABLO. Tenga usted calma.

Yo las misas pagaré...,
a no ser que quiera usted
que se endosen a su alma.

Lea usted ahora en desquite
esta carta que Melchor
me dió...

FROILÁN. (*Toma la carta, la abre y la lee para sí.*)

Sí, mi arrendador
de la hacienda de Belchite.

ISABEL. ¿Qué será?

MATÍAS. Le tiembla el pulso...

ANTONIO. Gime...

ELÍAS. Un color se le va
y otro se le viene...

FROILÁN. ¡Ah!

JACINTA. Mira al cielo...

LUPERC. Está convulso...

FROILÁN. ¡Cruel, funesta noticia!
¡Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ajeno,
¡y pierdo el mío! ¡Infeliz!
Me han subastado el aceite,
me han secuestrado el redil,
me han destruído el molino,
y ¡adiós, trigo! ¡adiós, maíz!
A mí, que no me metía
con liberal ni servil,
y ni he sido diputado,
ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
su hacienda y vida en un tris,
ya es crimen la indiferencia.
¡Guerra! ¡Un fusil! ¡Un fusil!
¡Canónigo atroz!, la sangre
siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
o me vengaré de ti.

ESCENA ULTIMA

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON ELÍAS, DON MATÍAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, EL NOTARIO, LOS CONVIDADOS.

JACINTA. ¡Dios mío!

ISABEL. ¡Pobre Froilán!...

¡Funesta guerra civil!

- PABLO. Le está muy bien empleado.
ELÍAS. Lo merece el malandrín.
PABLO. Volviendo a lo de la boda,
en buen hora sea mil
y mil veces.—Yo también
me caso.
- ISABEL. (¡Ay!)
- JACINTA. ¿De veras?
- PABLO. Sí.
Si ustedes quieren mañana
a mi contrato asistir...
- ISABEL. (¡Mañana!...)
- DAMAS. ¿Quién...
(*Muestran todas mucha curiosidad.*)
- ANTONIO. ¿Quién será...
(*Los caballeros forman otra vez corrillo.*)
- MATÍAS. ¿Quién es la novia feliz?
Dime...
- PABLO. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
de este mundo.
- MATÍAS. Alguna momia...
- PABLO. No. Fresca como el abril.
¡Flor de mi tumba! ¿Por qué
tan tarde te conocí?
- ISABEL. (Me mira... ¡Ah! ¡Cómo palpita
mi corazón!)

ANTONIO. Pero en fin...

JACINTA. (¿Será Isabel?...)

DAMA I.^a ¿No sabremos...?

PABLO. Aunque a su gracia gentil
sabe hermanar la modestia,
su nombre puedo decir,
que pues le ofrezco mi mano,
no la alejará de sí
quien ya me dió el corazón.

(ISABEL *no puede reprimir su agi-*
tación.)

DAMA I.^a (*Aparte a las otras.*)

Hacia aquí mira. ¿Advertís?

PABLO. ¡Ah, sí! Ya anuncia mi dicha
en su labio de carmín
la sonrisa del amor.

DAMA I.^a (¡Yo soy! Me ve sonreír...)

PABLO. Y esa mirada...

(*Acercándose a ISABEL y presen-*
tándole la mano.)

¡Isabel!

ISABEL. ¡Pablo mío!

(*Toma la mano de DON PABLO, y*
reclina la cabeza en el pecho
del mismo como para ocultar el
exceso de su gozo.)

DAMA I.^a (*Con un suspiro y abanicándose.*)

(¡No era a mí!)

MUÉRETE ¡Y VERAS!

ANTONIO.

LUPERC.

DAMAS.

GALANES.

} ¡Isabel!

MATÍAS. (A JACINTA) ¡Era tu hermana!

ELÍAS. ¡Ya llegó mi San Martín!

MATÍAS. ¿No dijiste que tu esposa
no era de este mundo?

PABLO.

Sí.

Mujer de un alma tan pura,
cuya virtud sin igual
compite con su hermosura,
es un ser angelical;
no es humana criatura.

Mujer de tanta virtud,
mujer de amor tan profundo
que en su tierna juventud
se inmolaba... ¡a un ataúd!...
no pertenece a este mundo.

Yo, que su ventura anhelo,
ya no me juzgo habitante
de este miserable suelo;
que Isabel me mira amante
y sus brazos son... ¡el cielo!

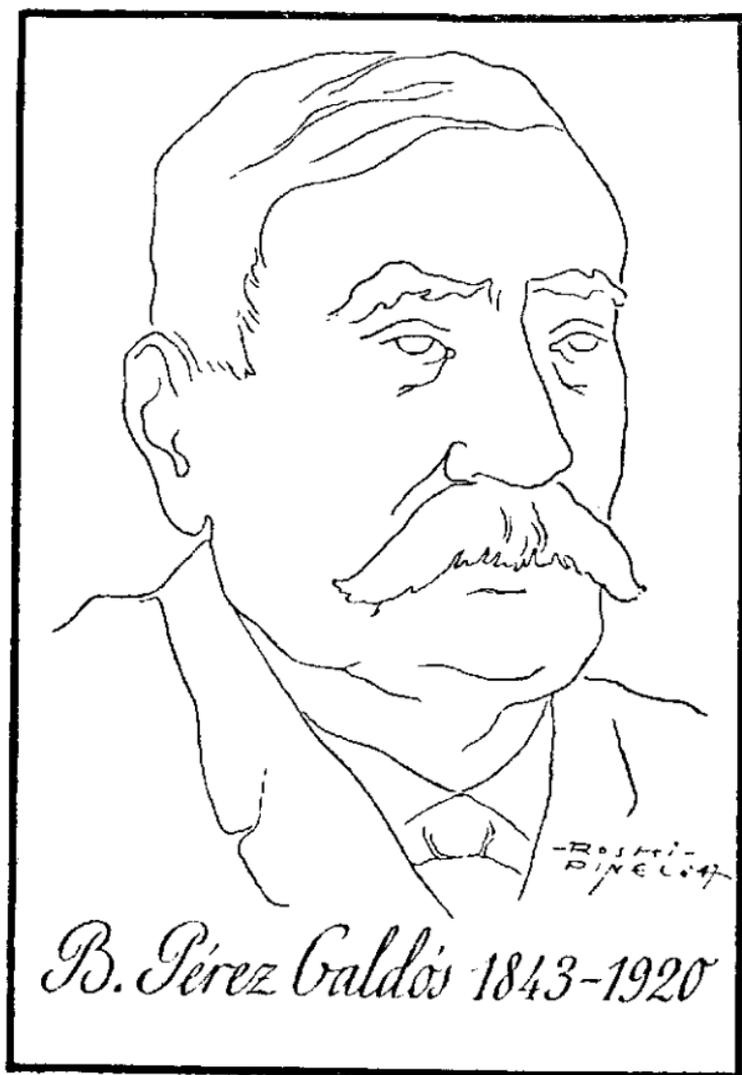
ISABEL.

Yo que te lloré en la losa;
yo, que con verte, no más,
me tenía por dichosa,
¿qué haré ahora que me das
el dulce nombre de esposa?

- PABLO. ¡Cuán de veras lo mereces!
 Dichosa muerte mil veces!—
 Muérete, y verás, Matías!...
- MATÍAS. ¡Lindo regalo me ofreces!
- PABLO. ¿Qué dice usted, don Elías?
- ELÍAS. Que el mundo es un entremés,
 don Pablo.
- MATÍAS. Es cierto.
- LUPERC. Así es.
- ANTONIO. Para aprender a vivir...
- ELÍAS. No hay cosa como morir...
- PABLO. Y resucitar después.

[TELÓN]

MARIANELA



BENITO PÉREZ GALDÓS

Dedicado el volumen V de la *Biblioteca del Estudiante* a este autor, nos remitimos a las noticias allí insertas, recordando que, si bien se reconocía que no es *Marianela* de las más típicas novelas galdosianas, se insertó gran parte de ella, declarando que no se incluía completa "debido a exigencias editoriales". La facilidad de poder hacerse el estudio comparativo entre la novela y el drama, nos ha inducido a dar cabida en este tomo a una selección de la misma obra. La adaptación teatral de esta novela se debe a los hermanos Álvarez Quintero, quienes pusieron su habilidad técnica al servicio de este idilio.

El teatro de Pérez Galdós es, casi totalmente, adaptación de novelas: *Realidad*, *La loca de la casa*, *El Abuelo*, *La de San Quintín*, y la concepción narrativa dejó un sello especial en estas obras. El ser representadas resulta en ellas accidental. Cuando Pérez Galdós escribió algún drama directamente para la representación, no dejó de concebirlo con carácter novelesco, pero prefirió la escena para conseguir mayor popularidad.

Eran obras de combate y deseaba la rapidez de la propaganda.

Con este dramaturgo se desprende el teatro español de todo resabio romántico, entrando en el cauce realista, con tendencia a los dramas de tesis. Influencias norteamericanas le incitan a diluir la tesis para perseguir un teatro de ideas. La reflexión, y lo minucioso del detalle, arrastran la acción con frecuencia. En cambio, consigue no pocas veces forjar caracteres que han alcanzado general fama: v. gr. Pepet, en *La loca de la casa*. Tiende, pues, Galdós a hacer dramas intensos; pero su textura literaria no era la más adecuada para conseguir la plenitud dramática.

MARIANELA

ACTO PRIMERO

Queda la huerta sola. Cae sobre ella la tarde, llenándola de misterio y de paz. A poco vuelven cogidos de la mano MARIANELA y PABLO. Vienen del campo, por la izquierda.

MARIANELA

Hoy no nos reñirá tu padre: hemos dado la vuelta bien pronto.

PABLO

Y eso que hemos salido más tarde que nunca. No te vayas tú todavía.

MARIANELA

No me voy, no.

PABLO

Siéntate aquí conmigo.

MARIANELA

Sí. Allí está Choto. El muy gandul, que no ha querido acompañarnos hoy.

PABLO

(Jovialmente.)

Tendría que hacer en casa. O querría enterarse de algo. ¿Es ya de noche, Nela?

MARIANELA

Aún no, niño mío. Pero ya se ve en el cielo la primera estrellita. Parece que nos está mirando. Esa me gusta a mí más que todas.

PABLO

(Elevando sus ojos al alto con tristeza profunda.)

¿Es verdad que existís, estrellas?

(Silencio.)

Antes me formaba yo idea del día y de la noche, ¿cómo dirás tú, Nela?

MARIANELA

¿Cómo? Dímelo, Pablo, que ello ha de ser cosa bonita.

MARIANELA

PABLO

Pues era de día cuando hablaba la gente, y era de noche cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Pero ahora comparo de otro modo. Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando me dejas, cuando nos separamos.

MARIANELA

¡Ay, divina madre de Dios! A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

PABLO

Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que nunca te sepaes de mí.

MARIANELA

(Batiendo palmas.)

¡Eso, sí, eso! ¡Pideselo esta noche!

(Contentísima, se recoge sus faldas y rompe a bailar.)

PABLO

¿Qué haces, Nela?

MARIANELA

¡Bailar de alegría!

PABLO

¿Estás bailando?

MARIANELA

¡De contento, Pablo, de contento! ¿No he de bailar, con esa ocurrencia que has tenido? ¡Que yo viva contigo siempre!... ¡que no nos separemos nunca!...

PABLO

Eso quiero yo.

MARIANELA

Y ¿ves tú lo que te he dicho tantas veces? Ahora me he puesto aquí a bailar porque estoy solita contigo. Junto a ti soy otra distinta. Se conoce que tú me das esa luz que llevas por dentro, y que es más brillante que la del sol. Y canto, y bailo, y me río, y a todo me atrevo, y de nada me asusto, y hablo de todo, y te lo explico todo, y todo lo comprendo, y no me cambio por ninguna princesa. ¿Quién me conoce luego?

(Abrazándole con candor.)

¡Ay, señorito mío! ¡Lo que te quiere Marianela!

PABLO

Pues ¿y el ciego, lo que quiere a su lazarillo?

(Le toma las manos y se las acaricia.)

Oye, Nela, ¿qué has hecho de las flores que cogiste antes?

MARIANELA

MARIANELA

¡Madre de Dios! ¡Las he perdido!

PABLO

¡Qué pícara!

MARIANELA

Pero no te apures, que aquí, en tu huerta, están las más bonitas de todo el mundo, y ahora mismo te voy a hacer un ramo.

(De acá y de allá corta rápidamente flores diversas y luego se las ofrece a PABLO agrupadas.)

PABLO

Anda, sí: me gusta tenerlas en mis manos. Aunque no las veo, creo como que las oigo, Nela.

MARIANELA

Tonto, si las flores no cantan ni hablan...

PABLO

Eso será para vosotros, los que podéis gozar mirándolas. A los que no las vemos nos guardan ellas esta compensación.

MARIANELA

(Poniéndole entre las manos las que ha cogido.)

Toma : ahí tienes un ramo precioso.

PABLO

¿ Ves tú ? Parece que ellas me lo dicen... Dentro de mí hay una cosa... yo no puedo expresarte qué... una cosa que responde a ellas. ¡ Ay, Nelilla mía !, se me figura que por dentro yo veo algo.

MARIANELA

Como yo cuando cierro los ojos. Si todo el mundo lo llevamos por dentro. Vamos a ver, Pablo : ¿ sabes tú lo que son las flores ?

PABLO

(Acercándose al rostro las que le ha dado NELA.)

Pues... las flores... son unas sonrisillas que echa la tierra. Eso decía mi madre, que era andaluza.

MARIANELA

No, simple. Las flores son las estrellas de la tierra misma.

PABLO

¡ Vaya un disparate ! Y ¿ qué son las estrellas ?

MARIANELA

MARIANELA

Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

PABLO

Entonces las flores...

MARIANELA

Son las miradas de los que se han muerto y no han ido al cielo todavía.

PABLO

No, no; no creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba.

MARIANELA

¿Qué sabes tú, doctorcillo de tres al cuarto? Como el otro día, que me quisiste hacer creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas y vueltas a la redonda. ¡Bien se conoce que no lo ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no se está más quieta que un peñón, y si el sol no va corre que corre detrás de la luna, de la que está prendado.

PABLO

¡Qué tonta!

MARIANELA

Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé cómo está gobernada toda esa máquina. La tierra está abajo; el cielo está arriba; el sol está en el cielo, llenándolo todo. El sol es el palacio de Dios; que por eso se mueve, para que esté Dios en todas partes, como dicen que está. Y en el cielo está siempre la Virgen María, nuestra madre amorosa, que nos mira a todos de día y de noche por medio de todas las cosas bonitas que hay en el mundo. ¿Más claro? Todo lo demás son mentiras que dicen los libros.

PABLO

¡Ay, Nela! Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu imaginación. ¡Qué lástima que vivas así! He de pedirle a mi padre otra cosa: que te enseñe a leer. Yo no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo... ¡Hace ya año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros coloquios, nuestras caminatas... Y ni fué ayer, ni hace año y medio, Nela: hace miles de años que te conozco. ¡Qué gran relación hay entre lo que los dos sentimos! Ahora has dicho mil disparates y, sin embargo, yo, que conozco algo de la verdad acer-

MARIANELA

ca del mundo y de la religión, me conmuevo y me entusiasmo oyéndote. Se me antoja que hablas dentro de mí.

MARIANELA

¡Madre de Dios! ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

PABLO

¿Qué?

MARIANELA

Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo tan sólo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las cosas de la tierra.

PABLO

(Irguiéndose vicisivamente y buscando con afán a su compañera.)

Dime, Nela...

(La chiquilla aguarda la pregunta.)

Y ¿cómo eres tú?

(MARIANELA siente una puñalada y calla.)

¿No respondes? ¿Cómo eres tú, Nela? Porque yo creo que eres la mujer más bonita que existe. Pero ¿me oyes? ¿Estás ahí?

MARIANELA

Sí, tonto; aquí estoy. Háblame cuanto quieras.

(Instintivamente le coge de las manos las flores que le dió y se entretiene en combinar sus colores.)

PABLO

Anoche me leía mi padre un libro que trata de la belleza y de la forma. Mi padre me lee siempre que puede libros de mil materias. Dice que no quiere que yo sea dos veces ciego. El autor del de anoche afirma que la belleza es el resplandor de la bondad y de la verdad. Por eso eres tú bonita como nadie. ¿Verdad, Nela, que eres tú muy bonita? No quieres responderme. Eres también modesta. Si no lo fueras, no serías tan preciosa como eres.

MARIANELA

(Adornándose con las flores los cabellos.)

Cuando niña, dicen que no era fea... Ahora...

PABLO

Ahora tu belleza ha crecido. No me engañas. ¿Cómo es posible que tu bondad, tu gracia, tu inocencia, que han sido capaces de alegrar mis tristes

MARIANELA

días, no estén representadas en la misma hermosura? Dice mi padre que los que no vemos no podemos comprender la forma.

(Exaltándose.)

Idea extraviada; falsa idea, Nelilla... La forma no puede ser nunca la máscara de Satanás encubriendo el rostro de Dios. Nela, Nela mía, ven acá: quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza. ¿Te has ido? ¿Dónde estás?

(MARIANELA, que se ha sentido presumida por primera vez, ha ido a la fuente y se ha mirado en ella con anhelo. El desencanto ha entristecido su alma. Desde allí le responde a PABLO.)

MARIANELA

Aquí, niño; aquí estoy... En la fuente... mirándome en el agua...

PABLO

Pues ven a mi lado.

MARIANELA

(Arrojando al agua las flores.)

¡Madre mía! ¿Por qué no soy como Pablo dice?

PABLO

¿Qué hablas, Nela?

MARIANELA

Nada, señorito. Decía que el agua se ha puesto a temblar, porque se han caído en ella las flores, y ya no me veo.

(Acercándose a él.)

¿Y ese libro que te leía tu padre dice que soy bonita?

PABLO

Lo digo yo, que te conozco; que te veo brillar dentro de mí, como un astro celeste en estas sombras en que vivo; Mariquilla, compañera mía, ven acá.

(Estrechándola de un modo delirante contra su pecho.)

Chiquilla bonita, ¡te quiero con toda mi alma!
¡Quiéreme tú, o me muero!

(MARÍA se suelta de los brazos de PABLO y éste cae en profunda meditación. Silencio. Ella, atraída como a un abismo, vuelve a mirarse en las claras aguas de la fuente, de la que se aparta otra vez, con dolorosa angustia y desilusión infinita. Torna entonces al lado de su compañero, buscando su amparo y su calor.)

MARIANELA

Pablo, niño de mi corazón, yo te quiero a ti más

MARIANELA

que a nadie. Porque tú vives, vivo yo contenta. Mi vida es tuya toda, porque eres tú quien me la da.

(*Con desvarío.*)

¡Y ese libro que tu padre te lee es el único libro que no miente! ¡Yo soy hermosa, muy hermosa!...

PABLO

(*Con vehemencia.*)

¡Sí!...

MARIANELA

¡Quién te diga lo contrario, te engaña! ¡Yo soy muy hermosa!

(*Nuevo silencio, DON FRANCISCO llama desde dentro a su hijo.*)

DON FRANCISCO

¡Pablo!

MARIANELA

Tu padre.

DON FRANCISCO

¡Pablo! ¿Estás ahí?

PABLO

Aquí estoy, padre: con la Nela.

(*Salte por la derecha DON FRANCISCO y se llega a PABLO, conmovido y gozoso.*)

DON FRANCISCO

Te esperaba impaciente, hijo.

PABLO

¿Es tarde?

DON FRANCISCO

No, no... Es que te guardo una buena nueva.

PABLO

¿A mí, padre? ¿De qué?

DON FRANCISCO

(Esforzándose en aparecer sereno.)

De tu desgracia, de tus ojos... Quiero yo ser quien te la diga primero que nadie.

PABLO

¿Don Teodoro, acaso...?

DON FRANCISCO

Sí... ¡Cómo lo adivinas!

(PABLO escucha a su padre con ansiedad. MARIANELA, con indecible sentimiento, en que se confunden la alegría y el temor.)

MARIANELA

PABLO

¿Qué?

DON FRANCISCO

Ha venido a verme... hemos hablado largo rato... quiere reconocerte mañana... Me ha citado un caso análogo al tuyo, resuelto felizmente... Me ha dado esperanza por ti...

PABLO

¡Padre!

DON FRANCISCO

Sí, sí; me ha dado esperanza, hijo mío...

PABLO

Nela, ¿tú oyes esto?

(*La NELA calla.*)

¿Dice usted que mañana, padre...?

DON FRANCISCO

Mañana, sí... mañana te reconocerá despacio... Vamos adentro ahora... La noche está fresca... hay relente...

PABLO

Nela, Nela; ven con nosotros. ¡Qué alegría!

MARIANELA

No, señorito... Yo me marchó ya... Me riñen luego allá si tardo.

PABLO

Pero ¿te vas contenta, como yo?

MARIANELA

Sí, sí... como tú... lo mismo que tú...

DON FRANCISCO

Anda, Pablo, vamos adentro.

PABLO

Hasta mañana entonces, Mariquilla. Ven temprano. ¡Gran día mañana para nosotros!... ¡Ay, Nela! ¿Te veré algún día?

MARIANELA

La Virgen hará ese milagro. Hasta mañana, señorito.

PABLO

Hasta mañana, Nela.

MARIANELA

DON FRANCISCO

Ven, hijo, ven.

(Se aleja con él por la derecha. MARIANELA, a solas con su con- turbado espíritu, llora súbita- mente; solloza. Luego, como si se acusara, preguntándose, ex- clama:)

MARIANELA

¿Por qué lloro yo de esto?

(Maquinalmente la arrastran sus pasos hacia la puerta de la huerta, pero sus ojos no dejan de mirar con melancolía hacia el sitio donde PABLO se marchó.)

ACTO SEGUNDO

Sale por la derecha la NELA.

MARIANELA

¿Qué quieres, Celipín?

CELIPÍN

Ven acá. Prepárate a oír lo más grande del mundo. Acabo de encontrarme a don Carlos, el hermano de don Teodoro, que va para su casa llorando y riendo de pura alegría. Le decía a don Ulises, el inglés: "Después de Dios, mi hermano; después de Dios, mi hermano."

MARIANELA

(Con gran ansiedad.)

Pero ¿qué?...

CELIPÍN

¿Que qué? ¡Que don Teodoro le ha quitado las vendas de los ojos a tu señorito, y cuenta don Carlos que tu señorito dió un grito muy grande, y que ve como tú y como yo!

MARIANELA

(Con inefable sentimiento.)

¡Madre mía!

CELIPÍN

Un milagro parece, ¿no es verdad?

MARIANELA

¡La Virgen Santísima lo ha hecho!

CELIPÍN

¡La Virgen y don Teodoro, córcholis! Y lo mismo fué enterarme yo, Nelilla, que eché a correr para acá en tu busca, a contarte a ti la novedad primero que a nadie. ¿Quién se ha de alegrar más que tú, que tanto quieres a tu señorito?

MARIANELA

(Entre lágrimas.)

Nadie... más que yo, nadie.

MARIANELA

CELIPÍN

Y como tengo este talento que Dios me ha dado, se me ocurrió de pronto una idea que te voy a decir.

MARIANELA

(*Balbuente.*)

Dímela, Celipillo.

CELIPÍN

¡Que me acompañes tú a los Madriles!

MARIANELA

¿Eh?

CELIPÍN

¡Que te vengas conmigo allá! Yo no soy ciego, ni necesito lazarillos; pero tu amito el ciego ya no los necesita tampoco. ¿De qué sirves tú ya en Socartes?

MARIANELA

De nada... es cierto.

CELIPÍN

Mientras que allí, en Madrid, te pones a servir en una casa grande, al paso que yo estudio las ciencias, y uno con otro nos animamos, y nos ayudamos en las fatigas que puedan venir.

MARIANELA

(Con resolución.)

Sí, Celipillo; estoy conforme. Has pensado bien. Vámonos ahora mismo.

CELIPÍN

¡Córcholis! ¡No tan pronto! ¿Tú no ves que ahora nos cogerían? A la noche, como te dije antes.

MARIANELA

(Repentinamente desolentada.)

Y ¿a qué he de marcharme yo, Celipín?

CELIPÍN

¿Vas a arrepentirte?

MARIANELA

Es que pienso que no te serviría sino de estorbo.

CELIPÍN

¡Es que se te ha ablandado el corazón! ¡Aprende del mío, que es más duro que una de las peñas de la Terrible!

MARIANELA

No, Celipillo, no... Yo me quedo. Para ti es tiempo todavía; para mí ya es tarde.

MARIANELA

CELIPÍN

Pero, ¡córcholis!

(*Reflexiona.*)

¿Qué vas a hacer aquí, si tu amo tiene ya su vista?
¿Vas a seguir en casa con mis padres, para hacerte
un guijarro?

MARIANELA

No sé...

CELIPÍN

¿Vas a vivir con tu señorito?

MARIANELA

¡No!

CELIPÍN

¿Vas a irte al pueblo con la señorita Florentina?

MARIANELA

¡No!

CELIPÍN

Pues entonces, ¡córcholis!, ¡recórcholis!, ¿a dónde vas?

MARIANELA

(Con nuevo arranque, después de pasarse la mano por la frente, como si quisiera quitarse de ella todo pensamiento de duda.)

Contigo.

CELIPÍN

¿Conmigo, Nelilla? ¿Por fin te decides?

MARIANELA

Sí. Y ha de ser esta misma noche.

CELIPÍN

Sin falta.

MARIANELA

Lejos, lejos de Aldeacorba y de Socartes... Tú tienes razón, Celipillo. ¿Para qué sirvo aquí, si ya ven los ojos de mi dueño?

CELIPÍN

Pues ahora, mucho disimulo. Voy a entrar ahí dentro con el agua, como si tal cosa. Hasta la noche.

MARIANELA

Hasta la noche.

MARIANELA

CELIPÍN

¡Vivan las mujeres valientes y vivan los hombres de coraje!

(Coge el cantarillo y entra en su casa con aire de conquistador.)

MARIANELA

Lejos, muy lejos... O con Celipín... o a la Trascava, con mi madre, que aún está más lejos...

(Clavándose en el pecho las manos como garras.)

¡A Aldeacorba no vuelvo más! ¡Aquellos ojos no me verán nunca! ¡Ampárame tú, Virgen santa! ¡Madre de Dios, madre mía, señálame tú mi camino!

(De improviso, por la izquierda, llega FLORENTINA, gozosa, anhelante, iluminada, irradiando alegría, como una luz que la circunda y la corona. La NELA, alucinada al verla, cae de rodillas a sus plantas.)

FLORENTINA

¡Nela!

MARIANELA

¡Señora de los cielos!

FLORENTINA

*(Acudiendo a ella, desconcertada
un punto.)*

¿Qué dices? Levántate, muchacha...

MARIANELA

Dame tu mano, Virgen mía... guía mis pasos tú...

(Se levanta.)

FLORENTINA

¡Pero Nela! ¡Nela!

(La abraza, conmovida.)

¿Qué tienes? No me asustes... no desvaríes, por Dios... ¡Nela!

MARIANELA

(Como despertando de un sueño.)

La señorita Florentina...

FLORENTINA

Sí; yo soy. ¿Es la alegría la que te ha trastornado?

MARIANELA

Sí, la alegría, sí...

MARIANELA

FLORENTINA

¿Sabes ya lo que pasa?

MARIANELA

Sí... Celipín se lo ha oído a don Carlos.

FLORENTINA

¡Y yo vengo corriendo desde Aldeacorba a decírtelo a ti! ¿Por qué no fuiste con el doctor, a sufrir y a gozar todos juntos? ¡Qué momento, Nela, cuando le descubrieron los ojos a mi primo! Su grito, su gesto, nos sobrecogió a todos. Retrocedía espantado, cerrándolos como si le asustara ver...

MARIANELA

¡Pobrecito!

FLORENTINA

¡Qué cosa! ¡Qué milagro de Dios! En seguida, el doctor volvió a venderlo, y él, excitadísimo, trastornado, febril, pidió con ansia que lo dejara ver de nuevo. Don Teodoro tuvo que complacerlo, para que se calmase... Y entonces, Nela, la primera cara que vió fué la mía. Y ¿qué dirás tú que se le ocurrió preguntar? “¿Es la Nela?” ¡Claro! creía que estabas allí con nosotros. Y cuando se enteró de que era yo su prima, comenzó a gritar: “¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina!” Y luego me

dijo: "¿Qué tienes en tu cara, primita mía, que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? De tu cara salen como unos rayos... Estás en medio, en medio de una cosa que debe de ser el sol..." Y el doctor, oyéndolo, secreteaba con mi padre: "Principia a hacerse cargo de los colores." Ven allí, ven conmigo; que Pablo quiere verte.

MARIANELA

¡Quiere verme!...

FLORENTINA

Es natural, muchacha. Mira si preguntó por ti antes que por nadie. Ahora está descansando. En la alcoba no entra más que mi tío. ¡Qué alegría la del buen señor! ¡Qué llanto de alegría! Temimos que perdiera el juicio. Yo me puse a rezar, y no pude: no sabía estar quieta. Y entonces pensé que mi mejor oración era venir en busca tuya. Y aquí me tienes. Me miras de un modo particular, chiquilla... ¿Por qué no dices nada? ¿No estás tú también contenta, como yo?

MARIANELA

¿No he de estar contenta? Eso, sí...

FLORENTINA

¡Corriendo y saltando he venido!

MARIANELA

MARIANELA

¿Por mí?

FLORENTINA

Por ti, Nela; por ti, hermanita mía. Yo quisiera que en estos días nadie estuviese triste en el mundo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados, como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables, y decir: "Ya se acabaron vuestras penas: aquí traigo yo remedio para todos." Pero como esto sólo puede hacerlo Dios, yo me conformo con hacer lo que alcanzan mis fuerzas. Nela, despídete de esta gente y de esta casa; di adiós a cuantas cosas han acompañado tu miseria y tu soledad, y vente conmigo.

MARIANELA

¿Yo? ¿Con usted?

FLORENTINA

Conmigo, sí. Yo he hecho a la Virgen una promesa, si le daba la vista a Pablo: la de recoger al pobre más pobre que encontrase, para hacerlo completamente igual a mí; para ofrecerle, no sólo mi bienestar material, sino eso que vale más que todas las limosnas: la consideración, la dignidad, el nombre... Tú has sido hasta aquí la cariñosa compañera de mi primo, su lazarillo, su guía en las tinieblas. El repite que ha

visto con tus ojos y ha andado con tus pasos... Tú me perteneces, Marianela: mi pobre eres tú. Dejarás de serlo, y a mi lado serás mi hermana. Dame la mano.

(La NELA obedece maquinalmente.)

Ven conmigo.

(La NELA se desprende de ella.)

MARIANELA

No...

FLORENTINA

¿Que no?

MARIANELA

No, señorita, no...

FLORENTINA

No me llames señorita. Te he dicho que vas a ser mi hermana.

MARIANELA

Eso no es posible.

FLORENTINA

¿No ha de serlo? ¿Quién lo puede estorbar? ¿Por

X

MARIANELA

qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblos, Nela? Estás convulsa, das diente con diente... tienes frío... Ven conmigo, que yo te curaré.

MARIANELA

*(Clavando sus ojos en el rostro de
FLORENTINA, con expresión de
una congoja suplicante.)*

No puedo, señorita, no puedo...

FLORENTINA

Pues haré que venga quien te lleve...

MARIANELA

Si es que no puedo ir, señorita... pero no porque me falten los pasos... Yo la quiero a usted, yo la quiero con todo mi corazón; yo la adoro como a la Santísima Virgen... Déjeme que le bese el vestido.

FLORENTINA

¿Qué haces, Nela? ¿Otra vez deliras?... Me das miedo.

MARIANELA

Pero allá no iré... allá no iré.

FLORENTINA

¿Por qué no has de ir allí, criatura? ¿Qué terquedad es ésa? Anda, dame la mano.

MARIANELA

(Rehusándola.)

¡No, no! No puedo, no puedo ir allá...

FLORENTINA

Me asustas, Nela... no sé comprenderte.

MARIANELA

¡Pues no soy mala, señorita, no soy mala!

(Abrazándose a ella con ciego arrebato.)

¡Yo quiero para ti y para él todo lo bueno de la tierra!

FLORENTINA

¡Pues ven tú, y lo compartirás con nosotros!

MARIANELA

(Apartándose rápida y bruscamente de ella, casi de un salto y huyendo hacia el fondo.)

¡No! ¡Eso, no! ¡Ir allá, no! ¡Adiós, niña mía!

MARIANELA

FLORENTINA

(Atribulada.)

¡Pero, Nela! ¿Estás loca? ¿Huyes de mí? ¡Nela!
¡Hermana!

MARIANELA

¡Adiós, niña mía, adiós!

(Desaparece.)

FLORENTINA

¡Nela! ¡Nela!

(Llorando.)

Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¡Nela!

MARIANELA

(Dentro, lejos.)

¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA

¡Nela! ¡Nela! ¿Por qué se va? ¿Por qué me deja
así? ¿Por qué no quiere mi cariño?

*(Sale de la casa SEÑANA, inquieta
y curiosa.)*

SEÑANA

¿Quién grita? ¡Señorita Florentina! ¿Usted?
Pues ¿qué sucede?

FLORENTINA

La Nela que se escapa... que huye...

SEÑANA

(Colérica.)

¿Que huye? ¿Que se escapa?

FLORENTINA

(Afligidísima.)

¡Que rechaza lo que le ofrezco! ¡Que no quiere
cosa ninguna al lado mío! ¿Qué le he hecho yo, sino
quererla?

(Se sienta en el banco, llorando.)

SEÑANA

(Hecha un basilisco increpa a gritos a la NELA.)

¡Ah, perra ladrona! ¡Este pago tenías tú que dar-
nos a todos! ¡La hija de la Canela habías de ser!

MARIANELA

¡Hipócrita! ¡Malina! ¡Viva o muerta daré yo contigo!

MARIANELA

(Aún más lejos.)

¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA

¡Qué ingrata!

SEÑANA

¡La Carela!... ¡La hija de la Canela!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

TEODORO *desaparece unos momentos. Queda la escena sola.*
Luego vuelve, trayendo a MARIANELA de la mano.
Viene la muchacha como prisionera, avergonzada, recelosa,
protestando en lo íntimo de su ser.

TEODORO

¿Ves como no hay nadie? Llegamos a puerto seguro. Entra sin cuidado, chiquilla.

MARIANELA

(Temblorosa, asustada.)

¿Y Pablo?

TEODORO

Pablo no sale de su habitación sin permiso mío.

No tienes nada que temer. Pero ¡qué bueno es esto!
¡La Nela escondiéndose del pobre Pablo, y el pobre
Pablo sin otro pensamiento que el de ver a la Nela!

MARIANELA

Pablo no quiere verme ya.

TEODORO

¡Pues no habla de otra cosa!

MARIANELA

Pues no quiere verme.

TEODORO

¿En qué te fundas para creerlo?

(La NELA calla.)

Ven acá. Quiero que hables conmigo con la confianza de otras veces. Haz cuenta de que soy tu padre.

MARIANEJA

Yo no tengo padre.

TEODORO

Por eso. Pero, en fin, si lo prefieres, haz cuenta

MARIANELA

de que soy el cura de Villamojada que viene a confesar a la Nela.

(La chiquilla sonríe con tristeza.)

Acércate a mí.

(Obedece y cae delante de él de rodillas, como si de veras se fuese a confesar.)

No, tonta; así, no; con menos ceremonia. Me falta la sotana para permitir que te arrodilles. Siéntate a mi lado. Así, así. Sospecho yo que deseabas encontrar una persona con quien desahogarte; a quien contarle tus penillas. ; Pobre Marianela! Estás demasiado sola en el mundo.

MARIANELA

Por eso quería quitarme de él.

TEODORO

¿Qué disparate! ¿Y a eso ibas cuando te sorprendí en la boca de la Trascava?

MARIANELA

Sí, señor.

TEODORO

¿Ibas a arrojarte a aquel agujero espantoso?

MARIANELA

Sí, señor. Primero pensé escaparme con Celipín; pero luego me resolví a irme con mi madre. Allí está mi madre.

TEODORO

¿De dónde has sacado tal idea? ¿A unos cuantos huesos sin vida llamas tu madre? ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y queriéndote en aquella caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Nadie te ha dicho tampoco que tu madre cometió un gran crimen al darse la muerte? El mismo que ibas tú a cometer. ¿Qué bien pensabas alcanzar arrojándote allí?

MARIANELA

¡Ay! Un bien que quizá usted no comprenda: el de no sentir nada de lo que ahora siento.

TEODORO

¿Tan doloroso es, Nelilla?

MARIANELA

Para no pensar sino en la muerte, señor. Yo sé que los que se mueren y son buenos logran allá toda la ventura que aquí les falta.

MARIANELA

TEODORO

Pero si yo te he conocido hace unos días gozosa y satisfecha, ¿cómo puede ser este cambio? ¿Cómo ahora no quieres vivir?

MARIANELA

¡Vivir sí que quisiera!

TEODORO

¿Quisieras vivir e intentas matarte?

MARIANELA

¡Pues quisiera vivir!

TEODORO

Pues vive, criatura. En esta casa te quieren todos. ¿Por qué rechazas la mano fraternal que te tiende la señorita Florentina?

MARIANELA

(Con energía.)

¡Porque esa mano es la que me mata!

TEODORO

¿Qué dices?

MARIANELA

¡Eso, eso digo!... ¡Lo que me ofrece la señorita Florentina es la muerte!

TEODORO

¿La muerte llamas a una protección tan generosa? La muerte es la que tú ibas buscando en la Trascava.

MARIANELA

Por huir de esa otra. ¡Entre las dos, aquélla; mil veces aquélla!

TEODORO

Marianela, nunca te he visto de este modo... No sabía yo de tu rebeldía...

(Tomándole una mano.)

Estás febril, trastornada por el cansancio y el delirio... Los días que llevas de atormentado vagar te han traído a este estado de excitación y de locura. Serénate, muchacha... Todo se puede remediar. Respóndeme a esto: ¿eras tú dichosa antes de que yo llegara a Socartes?

MARIANELA

Sí, señor.

MARIANELA

TEODORO

¿Y cuándo has dejado de serlo?

MARIANELA

Cuando usted vino.

TEODORO

Pues, ¿qué males he traído yo, criatura?

MARIANELA

Ninguno; no ha traído usted sino grandes bienes.

TEODORO

Yo he dado la vista a tu amo; ¿no me agradeces esto?

MARIANELA

(Entre lágrimas.)

Mucho, sí, señor; mucho.

TEODORO

Y Pablo te quiere. Día y noche no deja de llamarte. No parece sino que la luz de sus ojos no la quería sino para ver a la Nela.

MARIANELA

(*Con despecho y brío.*)

¡Para ver a la Nela! ¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela! ¡La Nela no se dejará ver!

TEODORO

Y ¿por qué no?

MARIANELA

¡Porque no! ¡Porque la Nela no quiere que la vean nunca aquellos ojos que han visto ya a la señorita Florentina! ¡Las cosas feas se deben morir!

TEODORO

¡No, hija mía, no! Esa es una idea equivocada, absurda. Tú, por haber vivido en salvaje contacto con la naturaleza, es natural que discurras así. Pero hay belleza superior a la de la hermosura: dones del alma, Nela, que ni son ajados por el tiempo, ni están sujetos al capricho de los ojos. Que las cosas feas se deben morir!

(*Bromeando.*)

¡Ave María Purísima! ¿Tú me has mirado bien a la cara? ¿En dónde debería yo estar entonces?

(*MARIANELA sonríe.*)

Pero si eso es absurdo, ese grito de tu corazón me

MARIANELA

ha hecho ver en él tan claro como en los ojos de tu amito. Sí, Nelilla, sí; yo sé bien lo que a ti te ocurre.

MARIANELA

¿Lo sabe usted?

TEODORO

(Mirándola a los ojos.)

Como si lo estuviera leyendo.

(La NELA, avergonzada, se cubre el rostro con las manos.)

¡Y es tan lógico que hayas dado ahí!... Eres sentimental, eres soñadora... Ni entre las cestas en que duermes está quieta tu fantasía. Has llevado con Pablo la vida libre y poética de la naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad... El es discreto, apasionado, noble; su corazón y su inteligencia cautivan. No es extraño que te haya enamorado a ti, que eres una niña casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Lo quieres mucho, lo quieres más que a todas las cosas?

MARIANELA

(Sollozando.)

Sí, señor... lo quiero más que a todas las cosas

que ha hecho Dios y que pueda hacer... Si mi amigo se hubiera muerto, yo no viviría, porque también me hubiera muerto.

TEODORO

Y es claro: no puedes soportar la idea de que él te deje de querer.

MARIANELA

¡No, no, señor!

TEODORO

Te ha dicho palabras amorosas, te ha hecho juramentos...

MARIANELA

¡Aunque así no hubiera sido, no lo soportaría! Pero sí me los ha hecho, sí. Me ha dicho cien veces que yo sería su compañera por toda la vida. Y yo lo creí.

TEODORO

¿Y por qué no ha de ser verdad?

MARIANELA

¡Porque no puede ser! Fué verdad mientras él, allá en sus tinieblas, me tenía por bonita. Pero ahora...

MARIANELA

TEODORO

(Traspasado de compasión.)

Ahora... ya veo que yo tengo la culpa de todo.

MARIANELA

La culpa, no... porque usted ha hecho una buena obra... Es un bien que él haya sanado de sus ojos... pero, después de esto, yo debo desaparecer... No me verá, no... No me comparará con la señorita Florentina, porque eso sería comparar el sol con un pedazo de espejo roto. ¿Por qué nací? ¿Por qué me hizo Dios fea, si había de darme este corazón? ¿De qué me sirve más que de tormento? Me empuja a aborrecer, y no quiero aborrecer... Por eso huyo... Ya ven los ojos de mi amo... ¿verdad?... Pues yo en la sombra ahora, en las tinieblas, debajo de la tierra misma... donde su luz no llegue.

(Silencio. La NELA llora, accongojada.)

TEODORO

Dime: la protección de la señorita Florentina, ¿qué sentimientos ha despertado en ti?

MARIANELA

¡Miedo!... ¡Vergüenza!... ¡Vivir con ellos, vién-

dolos juntos a todas horas!... ; Porque se casarán, se casarán!

TEODORO

Pero Florentina es muy buena; te querrá mucho...

MARIANELA

Yo la quiero también a ella; pero aquí, no; en Aldeacorba, no.

(Con exaltación y desvarío.)

Ha venido a quitarme lo que es mío... porque era mío, sí, señor... era mio. Florentina es como la Virgen... Yo le rezaría... pero ha venido a quitarme lo que es mío... ; Me lo ha quitado ya! ; A dónde voy yo ahora? ; Qué soy ni qué valgo? ; Lo perdí todo! ; Me voy con mi madre!

TEODORO

(Deteniéndola fuertemente por la muñeca.)

Ven acá. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Te cazo con trampa en medio de los campos, fiercecita silvestre. No has de hacer sino lo que te mande yo. Allá veremos si sé tallar este diamante. Yo descubriré otro nuevo mundo en tu alma. Yo te enseñaré que hay una preciosa virtud, la ma-

MARIANELA

dre de todas, la humildad, cuyo germen vive dentro de ti, por la cual gozamos al vernos inferiores a nuestro prójimo... Yo te enseñaré que la abnegación y el sacrificio dan horas felices... ¡Pobre Nela! Has nacido en una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana... Pero todo lo sabrás; tú serás otra; tú dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo. Adelante, adelante.

MARIANELA

(Como sugestionada por las palabras de GOLFÍN.)

Bueno... sí, señor... yo no me separaré de usted, seré su esclava, como usted ha dicho...

TEODORO

Así me gusta.

MARIANELA

(Con súbito miedo.)

Pero ¡llévenme usted de aquí... vámonos de esta casa!

TEODORO

¿Por qué, inocente?

MARIANELA

¡Porque no quiero estar aquí!

(Estremeciéndose de pronto y ahogando un grito.)

¡Oh!

TEODORO

¿Qué? ¿Qué tienes, Nela?

(Tocando su frente y sus manos.)

Chiquilla, estás helada... ¿Qué te pasa, mujer?

MARIANELA

(Con espanto y angustia.)

¡Viene!

TEODORO

¡No!

MARIANELA

(Queriendo esconderse entre los brazos de GOLFÍN.)

¡Sí, sí viene! ¡Es Pablo! ¡Es Pablo! ¡Es Pablo!

TEODORO

No, tontuela... no es Pablo... Cálmate... ¿No ves?

(Señalando a la puerta de la terraza.)

Es la señorita Florentina.

MARIANELA

MARIANELA

(Separándose de él, amedrentada, inquieta, turbadísima, la mirada baja.)

¡La señorita Florentina!

(Llega FLORENTINA, en efecto. Viene tocada de un sutil y negro velito, que realza su hermosura.)

TEODORO

¿Eh, qué tal?... ¿Soy buen cazador de mariposas?

FLORENTINA

(Sorprendida y alegre.)

¡Marianela!

MARIANELA

(Mirándola con inefable expresión.)

Señorita...

FLORENTINA

(Acercándosele, cariñosa.)

¿Por fin has querido venir a vernos?

TEODORO

No, no; por fin he conseguido yo que venga.

(MARIANELA *baja los ojos.*)

Esta picarona se había vuelto loca y andaba errante por esos campos de Dios, comunicándose con el sol, con la luna, con los árboles y con las peñas, sus amigos y consejeros de toda la vida. ¿Verdad, Nela?

MARIANELA

(Timidamente.)

Sí, señor, sí.

TEODORO

Pero ahora lo vamos a ser nosotros, que por lo menos hablamos más claro.

FLORENTINA

Y la queremos más, aunque la hayamos conocido más tarde. Y aunque ella no nos quiera.

MARIANELA

Yo sí los quiero a ustedes mucho.

FLORENTINA

¿En dónde la ha encontrado usted?

MARIANELA

TEODORO

Por ahí. Me dieron el soplo del sitio en que estaba...

FLORENTINA

¿Quién?

TEODORO

El perro.

FLORENTINA

¿Choto?

TEODORO

Choto. ¡Pregúnteselo usted!

FLORENTINA

¡Y me contestará! Porque no le falta más que hablar a ese animalito.

TEODORO

Ni aun eso: habla también. Venía yo para acá distraído, cuando de repente veo que Choto se llega a mí, jadeando y dando brincos, y vueltas y más vueltas. Yo, aunque sé algunas lenguas, en la canina estoy poco fuerte, y no le hice caso. Pero Choto entonces empezó a insultar a ladridos, repitió con mayor anhelo sus vueltas a mi alrededor, y me vino a decir,

con todas sus letras, que echara pie atrás y que lo siguiese. Y lo seguí en buena hora... y dimos con esta pajarita. Hay que recompensar a Choto.

(*MARIANELA está pálida, descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. FLORENTINA lo advierte y se le acerca de nuevo con gran cariño.*)

FLORENTINA

Pero ¿qué te pasa a ti, Marianela? Tiembblas, tienes frío... ¿No la ve usted, doctor?

TEODORO

Sí, sí... Está agotada de cansancio y de fiebre... Necesita reposar primero que nada.

FLORENTINA

Pues aquí... en mi alcoba...

(*Cogiéndola de la mano.*)

Ven.

(*La NELA dirige una mirada a TEODORO.*)

MARIANELA

TEODORO

¿Qué quieres?, ¿irte mejor conmigo?

(La NELA calla.)

Con franqueza: ¿me quieres a mí más que a Florentina?

FLORENTINA

Dilo: yo no me enojo.

(Sonríen GOLFÍN Y FLORENTINA. MARIANELA mira a una y otra sin contestar nada. Por último, fija sus ojos en GOLFÍN.)

TEODORO

(Bromeando.)

Se me figura que soy el preferido. Sobre gustos no hay nada escrito, Florentina; pero si ha de escribirse algo, que no sea esto.

MARIANELA

(Esforzándose en sonreírle a FLORENTINA y tendiéndole débilmente una mano.)

No se enoje usted.

FLORENTINA

No, tonta. Anda, ven a mi habitación. Ahí descansarás.

TEODORO

Sí, Nela: te hace falta dormir un poco... Déjate llevar por la señorita Florentina. Luego volveré yo a seguir charlando contigo, y a llevarte en mi compañía, y a contarte un cuento precioso.

FLORENTINA

Anda, ven.

(Amorosamente conduce a su dormitorio a MARIANELA, que va profundamente abatida y marchita.)

TEODORO

(Viéndolas traspasar las blancas cortinas de la alcoba.)

Si yo fuera pintor, pintaría ese cuadro.

(Se asoma luego a la terraza.)

Como pintaría ese arco iris, que ahora mismo nace ahí en el bosque de Saldeoro, y se apoya por el otro extremo tras de los cerros de Ficóbriga, junto al mar.

(Lo contempla un punto. Después va a la puerta del dormitorio de FLORENTINA y mira curiosamente hacia dentro.)

La arropa con todo cuidado y la acaricia. Y ahora la besa.

MARIANELA

(Separándose de la puerta.)

Exactamente igual que mi cuñada Sofía hace con su perrito.

(Pausa. Medita paseando.)

Es la misma bondad esta Florentina... Es más que la bondad: es la caridad misma, aposentada en una linda figura de mujer.

(Espera un instante.)

Inopinadamente llega TEODORO por donde se marchó. De una rápida ojeada se hace cargo del cuadro y experimenta viva contrariedad.

PABLO

¿Qué?

(Viendo a GOLFÍN, con gran desconcierto.)

¡Ah!... Señor doctor...

(FLORENTINA, que al mismo tiempo que al doctor ve a la NELA, baja los ojos, ruborosa.)

TEODORO

(A PABLO, enérgicamente.)

¿Qué significa, Pablo?... ¿Por qué está usted así? Váyase a su cuarto ahora mismo y cúbrase inmediatamente los ojos.

PABLO

Perdóneme usted.

TEODORO

Son ya muchas imprudencias, Pablo. A su cuarto en seguida.

(PABLO se vuelve para obedecer y ve a la NELA, que instintivamente ha salido del dormitorio de FLORENTINA y que parece una estatua de la tristeza.)

PABLO

¿Eh? ¿Quién...?

(Absorto.)

¿Es ésta la pobre que has recogido, Florentina?
¿Es ésta quizá?

(MARIANELA da un paso hacia PABLO, tendiéndole su mano áspera y morena, PABLO la coge sólo un momento y a su contacto lanza un grito desgarrador, en que grita toda su alma.)

¡Oh!

(La NELA, como si se sintiese atravesado el corazón por agudo puñal, vacila y va a caer. FLORENTINA la auxilia, la sostiene.)

MARIANELA

FLORENTINA

¡Nela!

(TEODORO observa mudo e inmóvil, pero íntimamente alterado, con ansiedad predecesora de las grandes catástrofes de la vida. Hay un silencio trágico.)

MARIANELA

(Respondiendo, al fin, con voz apenas perceptible, al grito de PABLO y a su mirada atónita.)

Sí... señorito mío... yo soy la Nela.

PABLO

Eres tú... eres tú...

TEODORO

Retírese, Pablo; se lo ruego. Se lo ordenaré si es preciso.

(PABLO echa a andar de nuevo, sin poder desviar sus ojos de la NELA. Esta entonces lo detiene llamándolo, más bien que con la voz con el gesto y con la mirada, que siente PABLO como si lo mirasen desde el fondo de una sepultura.)

MARIANELA

Pablo...

(Llégase PABLO a ella, MARIANELA le coge una mano, y tomándole otra a FLORENTINA, las une, las besa con supremo amor y las aprieta juntas contra su pecho. Y como si el esfuerzo realizado agotara las últimas energías de su grande espíritu y de su cuerpecillo mezquino y enfermo, cae desplomada en tierra. Acuden a ella TEODORO y FLORENTINA, PABLO retrocede con espanto.)

FLORENTINA

¡Nela! ¡Hermana mía!

TEODORO

¡Marianela! ¡Tenía que suceder!

FLORENTINA

¡Nela! ¡Nela! Pero ¿qué es esto?

TEODORO

¡Esto es la muerte, Florentina!

PABLO

(Balbuceando.)

¡La muerte!...

MARIANELA

FLORENTINA

¿La muerte? Pero ¿qué la mata?

TEODORO

(Con desesperación.)

¡Los ojos que la vieron!

PABLO

(Transido de dolor, anonadado.)

¡Los ojos que la vieron!

FLORENTINA

¡Hermana mía! ¡Nela!

TEODORO

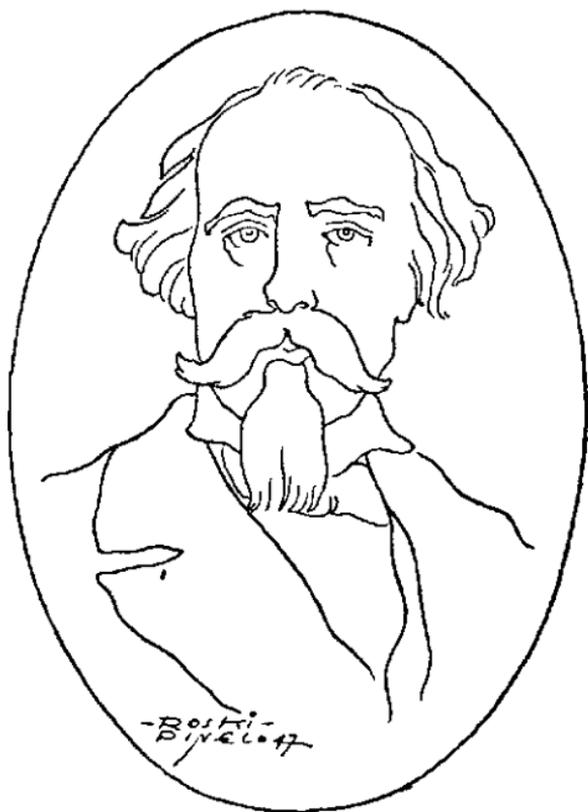
¡Nela! ¡No hay remedio!, ¡es la muerte! La realidad, que ha sido para él nueva vida, ha sido para esta infeliz dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, los celos... ¡la muerte!

PABLO

(Expresando con infinita pena y amargura la tremenda conmoción de su alma.)

¡La muerte! ¡La mataron mis ojos!

EL TANTO POR CIENTO



A. López de Ayala
1828-1879

A. LÓPEZ DE AYALA

Nació en Guadalcanal (Sevilla) el 1.º de mayo de 1828, pasando los años de su niñez en Villagarcía (Badajoz). Cursó los estudios de Derecho en la Universidad de Sevilla, donde ya demostró sus dotes de poeta, pasando pronto a Madrid, impulsado por sus aficiones dramáticas. La protección del conde de San Luis le facilitó el logro de sus afanes; don Manuel Cañete acogió con grandes elogios el drama *Un hombre de Estado*, que se estrenó en el teatro Español el día 25 de enero de 1851. Fué empleado en el Ministerio de la Gobernación, y aunque no asiduamente, colaboró en *El Padre Cobos*. Después de pertenecer al partido moderado, y afiliado a la Unión liberal, ostentó el cargo de diputado por Badajoz en 1857, escribiendo al año siguiente el manifiesto de Cádiz. Ministro de la Restauración bajo la presidencia de Cánovas, murió siendo presidente del Congreso el 30 de enero de 1879.

Sus composiciones líricas responden al tono general de la obra literaria de López de Ayala: corrección, fijeza

en las ideas, sentido moral. Contrasta la veleidad política de este escritor con la constancia de su credo literario.

Desde su juventud cultivó el teatro, y antes del período madrileño ya se habían representado *Salga por donde saliere*, *Me voy a Sevilla*, *La corona y el puñal*, *Los dos Guzmanes*, etc. Fijó la atención en su primer éxito en Madrid, en la trágica historia de don Rodrigo Calderón, a quien no sólo presenta en su aspecto de hombre de Estado, sino en el de amante. El cultivo de la zarzuela llenó varios años de la vida del poeta, cuya gloria estriba muy especialmente sobre los dramas *El tejado de vidrio*, *Consuelo* y *El tanto por ciento*.

Más intensos los dos primeros tienen en esa misma intensidad el germen de las vacilaciones. Saturado López de Ayala de la dramaturgia calderoniana y muy afín a las condiciones de Ruiz de Alarcón, buscó acciones en las que el conflicto pasional encontraba contrastes violentos, lo cual permitía trazar caracteres vigorosos y de relieve marcado. Esta preocupación le inspira escenas en las que la acción cobra alientos por la situación espiritual de los personajes, y, falto de recursos técnicos modernos, necesita recurrir a los apartes con profusión excesiva a fin de que el público pueda conocer los problemas anteriores de los que intervienen en el conflicto.

Pero siempre hay en las obras de López de Ayala un predominio de la acción sobre los caracteres, lo cual explica que falte el protagonista que encarne por sí solo la virtud o el vicio objeto de exaltación o de vituperio en la comedia. En vano se buscará el avaro: en *El tanto por ciento* lo que se encarna es la avaricia, como en *El tejado de vidrio* y en *Consuelo* se reflejan la maledicencia y el positivismo, sin que se alcen con personalidad inconfundibles ni el maldiciente ni el positivista.

López de Ayala combina los resortes de que dispone para escribir con eficiencia teatral: logra un equilibrio ponderado; el desarrollo es metódico; las situaciones hábilmente preparadas. Y el sentido moral vive constantemente sin necesidad de acumular circunstancias que conviertan al vicioso en ser despreciablemente antipático. Esta conmiseración que le incita a no recargar las tintas, comunica amabilidad al teatro de López de Ayala. Le basta la nota sobria para llevar hasta el espectador la satisfacción ante un desenlace natural y triunfante. La *espantosa soledad* de Consuelo resuelve el conflicto con justicia y sin odios. Los interesados en *El tanto por ciento* quedan en un límite humano que hace otorgar el perdón que solicitan. López de Ayala maneja a los hombres, pero no a malvados. Por este afán de justeza y medida exacta, resulta este teatro demasiado frío por excesivamente calculado.

EL TANTO POR CIENTO

ACTO PRIMERO

Se desarrolla la acción en un balneario de las Provincias Vascongadas. ROBERTO expone al matrimonio PETRA y GASPAR los planos para convertir en regadío tierras de la provincia de Zamora. ANDRÉS, hombre desaprensivo y arruinado, asiste a la conversación e insinúa sus propósitos a PETRA en relación con la CONDESA. Los criados RAMONA y SABINO, que aparecen en la escena IV, revelan también su carácter interesado y usurero.

ESCENA V

DICHOS, la CONDESA, después PABLO.

SABINO. Ahí tienes a la Condesa (1).

RAMONA. Y tu amo, allí.

(1) Dejamos sin marcar las estrofas, a fin de que puedan hacerse los ejercicios correspondientes. Con objeto de orientar la preparación, ya han quedado señaladas en los fragmentos de la obra de Bretón de los Herreros.

SABINO. Nuestras gangas.

(*Aparte.*)

CONDESA. Ve y lávame aquellas mangas
que dejo sobre la mesa.

SABINO. ¿Lavas mangas, Ramoncilla?

RAMONA. Aquí lavan mal lo fino.

PABLO. Entra en la cuadra, Sabino,
y pon al potro la silla.

RAMONA. ¿Ensillas?

SABINO. Aquí no hay otro
que entienda aquel vestuario.

RAMONA. ¿De quién eres secretario,
de don Pablo o de su potro?

ESCENA VI

La CONDESA y PABLO.

PABLO. (*Después de mirar alrededor y respirando con
satisfacción.*)

¡Ah!

CONDESA. ¡Calla!

(*Observando.*)

PABLO. Ninguno observa.

CONDESA. Pensaba oír...

PABLO. Pero, dime:
¿No te cansa? ¿No te oprime
tan cuidadosa reserva?

CONDESA. ¿Te pesa?

PABLO. Ya ves: me ciño
tan fielmente a tus antojos,
que ni aun consiento a mis ojos
deletrear tu cariño;
pero no hay amor profundo
que en tanto silencio quepa.

CONDESA. ¡Pablo!

PABLO. Rabio por que sepa
mi cariño todo el mundo,
y a veces en la reunión
tengo intenciones atroces.

CONDESA. ¿De qué?

PABLO. De decir a voces
mi pasión y tu pasión.

CONDESA. ¡Muchacho! ¿Estás loco?

PABLO. Vamos;
hablemos...

CONDESA. Dime...

PABLO. Ante todo:
¿Me quieres del mismo modo
que la última vez que hablamos?

CONDESA. ¡Vanidoso! Pues ¿lo ignoras?

PABLO. Al verte, no desconfío;
mas cuando pasan, bien mío,
sin hablarnos ¡tantas horas!,
enturbiando mi alegría,
dice la duda cruel:

- ¿Si no me querrá Isabel
lo mismo que me quería?
- CONDESA. Ausente, el amor se acendra.
- PABLO. Sí, pero turban la calma...
- CONDESA. Nubecillas que en el alma
el sol de la dicha engendra.
Inquietud del idealismo
que a veces duda se nombra,
y es melancólica sombra
que se hace el bien a sí mismo.
Es afán que me atormenta
también, y la calma pierdo.
- PABLO. ¡Isabel!...
- (*Quiriendo tomarle la mano.*)
- CONDESA. (*Retirándola.*)
¡Y ahora me acuerdo!...
- ¡Sí, pues me tienes contenta!
- PABLO. ¿Temes que yo haga saber
mi amor?
- CONDESA. Es causa distinta.
¿Por qué has comprado la quinta
que visitamos ayer?
- PABLO. ¿Sabes?...
- CONDESA. Di.
- PABLO. ¿Y eso te ofende?
- CONDESA. Me ha disgustado: ¡Ahí es nada!
- PABLO. La compro porque te agrada
y porque el dueño la vende.

CONDESA. Ya comprendi la torpeza
de mi elogio, y me arrepiento.

PABLO. ¡Pues si es el mayor contento
que le debo a mi riqueza!
La flor que en tu pecho luce
cogiste allí.

CONDESA. ¿Y es razón...?

PABLO. Pues ya es tuya, y tuyas son
cuantas su jardín produce.
¿Quién te ha dicho...?

CONDESA. ¿Te incomoda
que yo indague?...

PABLO. ¡Qué locura!
Pensé poner la escritura
con los regalos de boda.

CONDESA. ¡Si eres bueno!

(Cogiéndole una mano, PABLO intenta besar la suya. ISABEL la retira mirando alrededor.)

No seas loco.

PABLO. ¿Cuándo me sacas de penas?

CONDESA. ¡Si hace dos años apenas
que estoy viuda!

PABLO. ¿Y es poco?

CONDESA. Corto tributo, en verdad,
al anciano que aún bendigo,
ilustre sombra y abrigo
de mi temprana orfandad.

Cuando juzgo descubierto
 nuestro amor, aunque inocente,
 temo, Pablo, que la gente
 se mofe del pobre muerto;
 ¡y me causa tan acerba
 pesadumbre!...

PABLO. ¡Extraña fe!

CONDESA. Pues ésta al principio fué
 la causa de mi reserva.

PABLO. ¿Puede más un desvarío
 que la dicha de los dos?

CONDESA. ¡Pablo!

PABLO. (*Impaciente.*)

¿No es tiempo?

CONDESA. ¡Por Dios!...

Ten paciencia, Pablo mío.

PABLO. Yo aguardara con reposo
 a no vivir tan sujeto
 nuestro amor.

CONDESA. (*Con candorosa malicia.*)

Es que el secreto
 me puede ser provechoso.
 Tú eres bueno al parecer.

PABLO. ¿Duda?

CONDESA. Aunque no me desvela,
 un poquito de cautela
 sienta bien en la mujer.
 Y... comienzan a inquietarme
 unos celos tan extraños,

- cuando repaso los años
que has vivido sin amarme.
Yo quiero saber tu historia.
- PABLO. Si fuera mi corazón
un libro...
- CONDESA. (*Interrumpiéndole.*)
¡Con qué afición
lo aprendiera de memoria!
Ya que nuestras relaciones
están ocultas y puedo
hacer preguntas, sin miedo
de envidias y adulaciones,
yo sabré...
- PABLO. Contra esa idea
ya he sabido prepararme.
- CONDESA. Pues ¿qué has hecho?
- PABLO. Congraciarme
con todo el que te rodea.
Pregúntales: no hay un hombre
mejor; indaga...
- CONDESA. Eso quiero,
y ya lo he intentado; pero...
siempre que escucho tu nombre
temo que la turbación
descubra mi sentimiento,
y callo, o hago al momento
cambiar de conversación.
- PABLO. Pues si no rompes la valla...
- CONDESA. Sí haré, que amor me estimula...

PABLO. Gente viene.
CONDESA. Disimula.
PABLO. ¿Y cuándo?...
CONDESA. Prontito. Calla.

ESCENA VII

DICHOS, ANDRÉS, PETRA y SABINO.

ANDRÉS. ¡Juntos!...
PETRA. Obsérvalos bien:
ni se miran.
ANDRÉS. Pues es cierto,
CONDESA. Aquí te esperaba.
(A PETRA.)
PETRA. ¿Vamos
a emprender nuestro paseo
hacia Mondragón?
CONDESA. Aún hace
mucho calor.
ANDRÉS. Esperemos.
CONDESA. Gracias.

*(Aceptando una silla que ANDRÉS
le ofrece, y sentándose, ANDRÉS
se sienta a la derecha de ISA-
BEL.)*

PETRA. *(Aparte a ANDRÉS.)*
La ocasión es calva.
ANDRÉS. Entretén a Pablo.

EL TANTO POR CIENTO

PETRA.

Bueno.

(Esto lo dice mientras ISABEL se sienta y ANDRÉS coge su silla. PETRA pasa a la izquierda, coge el libro que ANDRÉS dejó encima de la silla que ocupó al principio del acto y se sienta en ella. En tanto entra SABINO, y PABLO le sale al encuentro.)

SABINO. Ya está el potro...

PABLO. Bien: más tarde...

SABINO. Y además un caballero que busca a usted.

PABLO. Dice que apoderado del dueño de la quinta.

PABLO. ¿Y qué pretende?

SABINO. Saber poco más o menos cuándo se hace la escritura y la entrega del dinero.

PABLO. ¡Ah! Tiene razón. Que aguarde hasta que venga el correo; que estoy esperando letras sobre Bilbao.

(Vase SABINO.)

PETRA. *(Observando de reojo a PABLO.)*

Veremos a quién se acerca.

PABLO.

¿Petrita?

(Coge una silla y se sienta a la izquierda de PETRA, de suerte que ANDRÉS y PABLO están casi de espaldas.)

ANDRÉS. ¡Qué linda flor!

CONDESA. Es muy bello
este jacinto.

ANDRÉS. Dos ramos
de flores por él ofrezco.

CONDESA. ¡Ah! No, que usted perdería.

ANDRÉS. La flor que está en ese pecho
vale un jardín.

CONDESA. Pues, amigo,
si vale tanto, yo pierdo.

ANDRÉS. En perder está la prueba.

CONDESA. ¿La prueba de qué?

ANDRÉS. De afecto...
amistoso.

CONDESA. La amistad
no necesita floreos.

ANDRÉS. ¿Si sentirá que no diga
de amor?... *(Aparte.)*

PETRA. La compra celebro,
que la quinta es deliciosa.

PABLO. ¿Le agrada a usted?

PETRA. En extremo.
A la Condesa y a mí
nos gusta mucho.

- PABLO. Por eso
la compré.
- PETRA. (*Mudando de tono.*)
¿Porque me gusta
la compró usted?
- PABLO. Yo deseo
con ansia que algún verano
pase usted...
- PETRA. ¿Yo?... ¿Cómo?... —Esto

(*Aparte.*)

ya es declararse. Me tiene
tanto amor como respeto;
mas evitar es preciso
las ocasiones.
- PABLO. Espero

(*Aparte.*)

que lo que es Petra dará
buenos informes.
- ANDRÉS. Soy terco,
Condesa.
- CONDESA. ¿Y qué?
- ANDRÉS. Que esa flor
me está quitando el sosiego.
- CONDESA. ¡Vaya un capricho!
- ANDRÉS. Señora,
no es capricho el sentimiento

que inspiran tan fácilmente
esos ojos, y...

CONDESA. (*Interrumpiéndole.*)

Mudemos

de asunto.

ANDRÉS. ¡Malo!

(*Aparte todos.*)

CONDESA. ¡Y se atreve
el mentecato!...

ANDRÉS. Sospecho
que erré el golpe.

CONDESA. Es peligrosa
mi situación.

(*Se queda pensativa.*)

ANDRÉS. (*Con disgusto.*)

Al momento
me voy a fondo. Resabios
de cuando tuve dinero.

CONDESA. (*Observando a PABLO y PETRA.*)

Y Pablito disimula
con tal primor... Vamos, esto
no puede seguir... Hoy mismo
anuncio mi casamiento.

PABLO. Tardan en llegar las cartas,
¿verdad? (*Alto.*)

ANDRÉS. ¡Qué sería se ha puesto!

(*Aparte.*)

¿Si sabrá que estoy tronado?

EL TANTO POR CIENTO

- PETRA. (*Con malicia.*)
 ¿Espera usted algún pliego
 importante? (*Alto.*)
- PABLO. (*Disculpándose.*)
 No, señora;
 no piense usted...
- PETRA. Nada pienso.
- PABLO. Asuntos de casa.
- PETRA. El pobre,
 (*Aparte.*)
 no quiere que tenga celos.

ESCENA VIII

DICHOS, GASPAR.

(*Trac varias cartas y un periódico.*)

- GASPAR. Pablo, para ti me han dado...
- PABLO. ; Ah! ¿Cartas?...
 (*Se levantan.*)
- GASPAR. (*Dándoselas.*) Tres nada menos.
- CONDESA. ¿Hay para mí?
- GASPAR. No, señora.
- PETRA. ¿Y nosotros?
- GASPAR. No tenemos
 ninguna.

- PETRA. Dame el periódico.
(*Busca la gacetilla y lee para sí.*)
- ANDRÉS. A mi sistema me vuelvo.
(*Aparte.*)
La sigo y aguardo...
- CONDESA. (*Acercándose a PETRA.*) ¿Eres política?
- PETRA. (*Sin apartar la vista del periódico.*)
Siempre leo la gacetilla.
- GASPAR. Y los crímenes.
- CONDESA. ¡Qué gusto!
- PETRA. (*Leyendo.*) ¡Crimen horrendo!"
- GASPAR. ¡Qué pronto has cazado!
- PETRA. Y éste es atroz.
- ANDRÉS. Pues lee de recio.
- PABLO. (*Aparte.*) No es ésta.
(*Mirando la firma de una carta; abre otra, y lee para sí con muestras de agitación creciente. Todos atienden a PETRA.*)
- PETRA. (*Leyendo.*) "Un labriego ha sido
"envenenado en un pueblo
"de la Mancha. Son notables
"las circunstancias del hecho.
"Para salir de un apuro,
"parece que vendió un huerto

- "a un vecino suyo, a carta
"de gracia." Pues no comprendo...
- GASPAR. Vender a carta de gracia
es poder, en cierto tiempo
prefijado, recobrar
lo vendido, devolviendo
la cantidad recibida.
¿Estás?
- PETRA. ¡ Ah! Sí.
(Lee.) "El usurero,
"que así en el pueblo llamaban
"al comprador, tenía empeño
"en quedarse con la finca
"codiciada, y el labriego,
"al par que avanzaba el plazo,
"iba juntando el dinero.
"Antes que el plazo expirara,
"dos o tres días, comieron
"juntos. A las pocas horas
"era ya cadáver..."
- PABLO. (Acabando de leer su carta.)
(Aparte.) ¡ Cielos!
- CONDESA. ¡ Ah! ¡ Qué infamia!
- PETRA. "El asesino
"está en la cárcel."
- CONDESA. Me alegro.
¡ Vaya una lectura amena!
Suelta ese papel.

- PETRA. Daremos
una vuelta.
- CONDESA. ¡ Oh! Necesito
espaciarme. Ven.
- PABLO. (Mirando la carta.)
(Aparte.) ¡ Si creo
que estoy soñando! — ¡ Gaspar!
- (Alto.)
- GASPAR. ¿ Qué tienes, chico? Estás trémulo.

En la escena IX se manifiesta la ruina de PABLO por la quiebra del amigo a quien había otorgado fianza. GASPAR promete interesar a un amigo para que preste a PABLO el dinero que necesite a fin de no perder la quinta que éste ha comprado porque gustaba de ella la CONDESA. El amigo es ROBERTO, quien compra a pacto de retro, después de resistencias usurarias, una finca del propio PABLO, en Zamora; finca que está afectada por la mejora proyectada. Todos los ambiciosos se aprestan a tomar parte en el negocio que estiman ha de dar frutos ópimos. LA CONDESA, engañada por las palabras de quienes suscitan dudas con objeto de que no pueda auxiliarle para recobrar lo vendido, siente celos. La equivocada situación de los amantes se revela en la

ESCENA XVIII

*La CONDESA, PABLO, SABINO, RAMONA, después ANDRÉS
y luego ROBERTO.*

- PABLO. Es mi deber: al momento
(Aparte.)
debe saber mi desgracia...

EL TANTO POR CIENTO

(Alto.)

¡Isabel!

CONDESA. ¡Oh! (Con ira.)

RAMONA. ¡Qué süave!

SABINO. ¡Toma! Y quizás la convenza.

PABLO. ¡Ah! ¿Qué es esto?

CONDESA. La vergüenza

me abrasa. (Aparte.)

PABLO. Todo lo sabe.

(Aparte.)

¿Qué nuevo mal me amenaza

(Alto.)

en ese ceño cruel?

CONDESA. ¿Y usted lo duda?

PABLO. ¡Isabel!...

¿También usted me rechaza?

CONDESA. ¿Y no hay motivo?...

PABLO. ¡Gran Dios!

¿Piensa usted de esa manera?

CONDESA. Ni una palabra siquiera.

Todo acabó entre los dos.

PABLO. ¿Es causa de un rompimiento?...

CONDESA. ¡Basta! ¡Y lo duda el traidor!

(Aparte todos.)

PABLO. (Abismado.)

Fortuna, amistad, amor...

Todo... todo... en un momento.

CONDESA. Las lágrimas que devoro,
de cobarde me motejan.

PABLO. ¡Ay de mí! ¿Por qué me dejan
el alma con que lo lloro?...

RAMONA. Pero, dime: ¿es largo el plazo?

(Alto.)

ANDRÉS. Señora, ¿qué detención
es ésta? Ya la reunión
nos aguarda.

CONDESA. Andrés... el brazo.
(Se lo da con prontitud.)

ANDRÉS. Perdone usted: el jacinto
he tocado con el codo.

CONDESA. Tómelo usted... de este modo...
(Arrancándose la flor.)

ANDRÉS. ¡Oh fortuna! —Esto es distinto.

(Aparte todos.)

PABLO. ¡El es rico!...

ANDRÉS. Pues señor...

SABINO. Protéjale. *(Señalando a ANDRÉS.)*

RAMONA. Ya lo sé.

PABLO. Y yo la quinta compré
porque produjo esa flor.

CONDESA. ¡Oh! No puedo andar.

RAMONA. ¿Doblamos
treinta veces?... *(A SABINO.)*

SABINO. En efecto.

EL TANTO POR CIENTO

(A RAMONA.)

ROBERTO. Ven, firmarás el proyecto
de escritura. *(Alto.)*

*(Saliendo y tocando a PABLO en el
hombro.)*

PABLO. ¡Oh!

(Estremecido.)

ROBERTO. ¿Tiembas?

(Casi con desprecio.)

PABLO. ¡Vamos!

ROBERTO y PABLO *por la izquierda*, la CONDESA y ANDRÉS
por la derecha. Cada uno de los criados sigue a su amo,
echando cuentas por los dedos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Continúa la acción en el balneario. El bastardo interés que mueve a los distintos personajes les hace enmudecer o preferir palabras vagas, según los casos, con lo cual se va tejiendo una verdadera calumnia, que tanto atañe a la conducta de PABLO, para apartar de su afición a la CONDESA, como insinúa veleidad en ésta, a fin de que su amante la desprecie. De esta forma persiguen, cuantos han participado en el negocio planteado, que llegue la caducidad del contrato, sin que PABLO pueda recuperar la finca. Sin embargo, el autor hace titubear a los dos amantes, para aceptar de pleno las insidias.

ESCENA XV

La CONDESA.

CONDESA. ¡Sí, hoy le quiere el alma mía
más que nunca le ha querido!
Y es natural: ¡he vivido
sin amarle todo un día!

Quiera Dios que pronto acuda,
que ya la inquietud me abrasa.
Yo le diré cuanto pasa,
y lo creerá, ¿quién lo duda?
A pesar de sus enojos,
no habrá podido perder
la costumbre de leer
mi corazón en mis ojos.
Y leerá mi pesadumbre,
la verdad del alma mía,
que no se pierde en un día
tan agradable costumbre.

(Pausa.)

¡Esta tardanza es cruel!...
¿Si habrá emprendido el viaje?
¡Si mi suerte!...

(Escucha.)

¡Ah, un carruaje!
¡Y parte!... ¡Pablo va en él!
¡Y no me escucha!... ¡Y qué ideas
irán turbando su calma!...
Y creerá... ¡Pablo del alma!...
¡No te vayas!... ¡No lo creas!...
La que tu amor ha alcanzado,
¿qué bien puede codiciar?
¿Ni cuál te puede negar
quien toda el alma te ha dado?

ESCENA XVI

La CONDESA, RAMONA; después PABLO y PETRA y después
SABINO,

SABINO. ¿Se marchó?

RAMONA. ;Qué! No, señora;
viene al punto.

CONDESA. ;Ah! Ya descansa
(*Aparte.*)

mi corazón.

RAMONA. Mas Sabino
no parece.

CONDESA. Hoy es la marcha.
Vete a tu cuarto y arregla...
Y no vuelvas a esta sala
sin que te avise.

(*Aparte.*)

RAMONA. El negocio
peligra.

(*Entra en su cuarto.*)

PABLO. Que usted me llama
me han dicho, y...

CONDESA. Pablo.

(*Va a abrazarle.*)

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

PETRA.

Isabel.

(Saliendo.)

CONDESA. ¡Maldita!

(Deteniéndose.)

(Aparte.)

PETRA. Ya está la carta...

CONDESA. Bien... después...

PETRA. Es que Gaspar
te espera; ven a firmarla.

CONDESA. Di que voy...

PETRA. ¿Pablo?

(Pasa a su lado.)

(Aparte.)

CONDESA. No sé
cómo me contengo... ¡Eh! Calma.
¿Ya está seguro?

PETRA. ¿Y el viaje
se suspende?

PABLO. No. ¿Qué pasa

(Aparte.)

aquí?

CONDESA. ¿Pero has arreglado...?

PETRA. Todo; no me falta nada.

CONDESA. ¿Y no me deja...?

(Aparte.)

PETRA. Sentémonos.

EL TANTO POR CIENTO

CONDESA. ¡Esto más! Ven, que aún nos faltan muchas cosas. (*Alto.*)

(*Entra SABINO.*)

PETRA. No...

CONDESA. Si tengo
que hablarte.

PETRA. Vamos.

(*Aparte a PABLO.*)

CONDESA. Aguarda.

SABINO. ¿Señor?

CONDESA. Pues vino tan pronto,
no hay miedo de que se vaya.

(*Entran en la habitación de PETRA.*)

ESCENA XVII

PABLO y SABINO.

(*Aparte.*)

PABLO. ¿Qué es esto? ¿Que aquí la aguarde me dice, y en sus miradas, llenas de ternura ha vuelto a resplandecer el alma.

SABINO. No hay duda: cuando habla solo, sigue tronado.

PABLO. No.

SABINO. Pues si en toda la casa...

PABLO. ¿Qué sabe?

SABINO. Que don Andrés
ha pasado en esta estancia
la noche.

PABLO. ¿Eso dicen?

SABINO. Eso
hemos visto.

PABLO. ¿Tú?... ¿Qué?... Habla.

SABINO. Cuando usted y don Gaspar
subieron aquí, yo estaba
ahí abajo; cierto ruido
me hizo fijar la mirada
en este balcón y veo
que asoma un lienzo y se alarga,
y se alarga, y luego salen
dos manos de hombre y lo atan.
Sale don Andrés entero,
y sin vacilar, cabalga,
en la barandilla, y mira
alrededor y se agarra
a los hierros, luego al lienzo,
y midiendo medias varas
comenzó a bajar. No había
medido bien la distancia;
se quedó en el aire; yo
puse debajo la escala
que está en el nogal, y el hombre,

más sano que una manzana,
tomó tierra. Pide avíos
de escribir; pone una carta
para don Roberto; busca
el coche que le esperaba,
y subiéndose al pescante
y diciendo "No me atrapa
ninguna", restalla el látigo
y los caballos se lanzan
al escape. Todavía
está la bandera blanca
en el balcón; más de veinte
la miran y a cada ráfaga
de viento que la sacude
y la despliega, ¡qué gracias
suenan en el corro! Dicen
todos que ya sospechaban
el amor de la viudita
y don Andrés; que esta hazaña
no es la primera. Lo mismo
hizo con otra muchacha
hace tres años. Y usted
sin saber nada...

*(PABLO ha escuchado esta re-
lación con ira, que crece hasta
convertirse en calma feroz.)*

PABLO.

Yo... nada...

SABINO.

Verdad que a quien más importan
estas cosas se las callan.

EL TANTO POR CIENTO

PABLO. ¿A mí?... Pues ¿me importa a mí
 esa mujer?

(Volviendo a la ira.)

SABINO. Yo pensaba...

PABLO. Si dices que yo he querido...
 Si dices...

(Espantado.)

SABINO. Ni una palabra.

PABLO. ¡Te arranco la lengua! Vete.

SABINO. Yo no sé...

PABLO. Vete.

SABINO. ¡Caramba!

(Aparte.)

PABLO. Allí el lienzo... Aquí la flor
 que le di, pisoteada...

(Mirándola en el suelo.)

Hecha pedazos y expuesta
a la vergüenza mi alma...
No tengo celos... que celos
no inspiran estas infamias,
se hiela mi sangre... juzgo
que su deshonra me alcanza...
Al fin la quise... Y ahora
¿qué busca esta desdichada?
¿Qué exige de mí? No hay duda:
ha perdido la esperanza

del otro y... Si no merece
ira. ¡Gran Dios, dadme calma!
Por fortuna, nadie sabe
de cierto que yo la amaba.

ESCENA XVIII

PABLO y la CONDESA.

CONDESA. ¡Ah! ¡Ya podemos hablar!...
¡Pablo del alma!

(Va a abrazarlo.)

(Deteniéndola y retirándose.)

PABLO. ¡Señora!

CONDESA. ¡Ay! ¡Por Dios!...

PABLO. ¿Cómo es que ahora
no teme usted publicar
su amor?

CONDESA. Si lo dije ayer.

PABLO. ¡Oh! ¿Saben...?

(Con ira reconcentrada.)

CONDESA. ¿Te es tan sensible?

(Aparte.)

PABLO. ¡Sí, concibo que es posible
dar la muerte a una mujer!...

CONDESA. Ayer mismo, nuestra unión

anuncié. De eso ha nacido...
¡ Si vieras cuánto he sufrido,
me tuvieras compasión!...
Mírame, y haz que recobre
su quietud la que te adora.

(*Aparte.*)

PABLO. El otro se fué, y ahora
se juzga digna de un pobre.

CONDESA. Yo, sin saberlo, te di
razones para quejarte;
pero... ¡ ay!... si no puedo hablarte
mientras me mires así.

PABLO. Prosiga usted.

(*Aparentando calma.*)

CONDESA. Nuestra unión
les dije; de mil maneras
se oponen todos. ¡ Si vieras
qué horrible combinación
de sucesos, qué importuna
coincidencia!... ¿ Quién creería
que para hacer mal tenía
tanto ingenio la fortuna?
¿ Qué más? La Petra creyó,
yo no sé con qué pretexto,
que tú los ojos has puesto
en ella; que la amas.

que el engaño se despierte
y la traición se delate!

CONDESA. ¡Qué engaño!...

PABLO. Yo empobrecí
y usted me olvidó, señora.

CONDESA. ¡Ah!

PABLO. Y ahora vuelve, y ahora
usted no es digna de mí.

CONDESA. ¡Pablo!... ¡Ay, qué duro castigo!
¡Yo olvidar! ¡No! ¡Yo...!

(*Mirando alrededor.*)

PABLO. Más quedo.

CONDESA. No abuses de que hoy no puedo
incomodarme contigo.
Por Dios, Pablo, no consientas
en la ruindad de esos seres
fiscales de las mujeres,
rebuscadores de afrentas,
que piensan en su maldad
cuando nuestra vida exprimen,
que hasta encontrar algún crimen
no han hallado la verdad.

PABLO. ¡Eh!... Basta de fingimientos,

(*Cogiéndola por un brazo.*)

que no hay mayor insolencia
que fingir tanta inocencia
con tan torpes sentimientos.
Anoche...

CONDESA. ¡Dios soberano!

PABLO. Aquí... tu honra... mi amor,
y hoy rebotando candor...

CONDESA. ¡Oye!

PABLO. ¡Me ofreces tu mano!

y todo se queda en calma
cuando mi esposa te llames...

¡Si piensan estas infames
que ya no hay amor, no hay alma!

CONDESA. ¡Por Dios! ¿Ha de ser la ira
quien me juzgue? ¡Oye sereno;
oye, por Dios!

PABLO. ¿Te condeno
sin motivo?... ¿Es verdad?

*(La coge del brazo, la lleva a su
habitación y abre la puerta.)*

Mira :

Allí está. ¿No te confunde
ese lienzo en tu balcón?

¡Escandaloso pregón
que tu deshonra difunde!

CONDESA. ¡Oye, por la Virgen Santa!

PABLO. No te quieras disculpar,
porque estoy por anudar
ese lienzo a tu garganta.

CONDESA. ¡Por tu madre!

(Arrodillándose.)

PABLO. ¡Calla!

EL TANTO POR CIENTO

(Cogiéndole una mano.)

- CONDESA. ; Advierte!
- PABLO. ; Suelta!
- CONDESA. Mátame si miento.
- PABLO. ; Si la muerte es un momento!
; Si no es venganza la muerte!...
- CONDESA. ; Escucha!
- PABLO. ; Matarte yo!
No tiembles. ; Quién de eso trata?
- CONDESA. ; Pablo!
- PABLO. ; Por celos se mata;
por tanta vileza, no!
No quiero yo que tu muerte
diga a quien no lo ha sabido
que alguna vez he caído
en la infamia de quererte.

(En las escenas XIX a XXI el silencio de los calumniadores llega a desconcertar a la CONDESA cuando ve que PABLO, convencido de cuanta felonía se cierne sobre ella, exclama:)

; Jamás
volvamos a hablar, señora!

(Y cae desmayada, haciendo concebir a los acaros completa confianza en el éxito de sus pretensiones.)

ACTO TERCERO

La acción se desarrolla en Madrid, en el domicilio de la CONDESA. Los avaros comentan sus negocios con sus respectivos egoísmos: quiénes pretenden sembrar la desconfianza para adueñarse de la parte que corresponde a los timoratos; quiénes piensan en vender su parte con ganancias seguras, pensando que a última hora puede haber una quiebra. La salud de la CONDESA es tema que también se cultiva. Cuando ésta aparece en escena revela desde el primer momento la sospecha que le inspiran todos.

ESCENA VI

DICHOS y SABINO, que entra muy quedo y toca a PETRA en el hombro.

SABINO. ¡Christ!

PETRA. ¡Calla! ¿Qué cara es ésa?

SABINO. Nos quedamos sin la dehesa.

 Todo se perdió, señora.

- PETRA. ¡Qué!
- SABINO. Que mañana un amigo
da la suma.
- PETRA. ¡Y tanto anhelo!
- SABINO. No hay más.
- PETRA. Castigo del cielo;
pero, ¡qué horrible castigo!
- SABINO. ¡Prudencia! De cierto modo
podemos sacar bocado,
don Roberto...
- PETRA. Ese malvado
tiene la culpa de todo.
- SABINO. Del caso ignorante está.
- PETRA. ¡Pues calla! ¿Quiere comprarte?...
- SABINO. ¡Eso!... Le vendo mi parte.
- PETRA. Calla y vende.
- SABINO. Venderá.

(*Aparte.*)

E S C E N A V I I

DICTOS *menos* SABINO,

- PETRA. ¡Qué inútil crimen!

(*Aparte.*)

- GASPAR. ¿Y puedes
sufrir tan enorme peso?

PETRA. ¡Isabel!

CONDESA. ¿Qué?

PETRA. Te confieso
la verdad, si nos concedes
tu perdón.

CONDESA. Sí, ¡mi perdón!
Habla; no te quedes muda.

(Aparte.)

RAMONA. ¡Ay, me alegro!

GASPAR. Dios, sin duda,

(Aparte.)

le ha tocado el corazón.

CONDESA. Mostrad la red en que presa
me tenéis. Dadme la vida.

PETRA. Sí; Pablo tiene vendida

*(Con expresión de vergüenza y
arrepentimiento.)*

a retroventa una dehesa.

CONDESA. ¡Ah! Ya...

PETRA. Roberto compró
y a nosotros nos dió parte,
y dijo que, de casarte
con Pablo... perdíamos...

CONDESA. ¡Oh!

¡Mi sospecha!

PETRA. Ya verás
que siento haberte ultrajado.

CONDESA. ¿Y no habéis envenenado
a Pablo? No falta más.
Ni aun eso falta.

GASPAR. ¡Por Dios!...
¡Yo he condenado y condeno
mi crimen!...

*(Cae a sus pies. PETRA se cubre
el rostro con las manos; RA-
MÓN se enjuga los ojos.)*

CONDESA. ¡Qué más veneno
que el que tenemos los dos!

(Pausa.)

Y matan a aquél...

(Señalando el periódico.)

Y en calma,
quien igual delito emprende
vive, que la ley defiende
el cuerpo, pero no el alma.
No hay diferencia en los dos
delitos, y en la sentencia
a uno muerte, a otro opulencia...
pero ¿qué importa? ¡Si hay Dios!
De mundo tan justiciero
nada aguardo. En ti, Dios mío,
en ti nada más confío;
Tú me salvarás: lo espero.
Decid: ¿el plazo ha expirado?

EL TANTO POR CIENTO

- PETRA. No.
- CONDESA. ¿Qué falta?
- PETRA. Una semana.
- CONDESA. ¡Oh! Pues en vano se afana
la codicia del malvado.
¡Yo soy rica, y haré yo
que mi Pablo...! ¡Ay, desdichada!...
De una mujer deshonorada
no admite favores, ¡no!
- PETRA. Roberto de tu inocencia
tiene la prueba cumplida.
- CONDESA. ¿Sí?...
- PETRA. Pedirá...
- CONDESA. Que me pida
mi fortuna, mi existencia.
- PETRA. Está en casa, y quiere hablarte.
- CONDESA. Idos, idos sin demora.
- GASPAR. Y yo al momento, señora,
le voy a vender mi parte.
- PETRA. Si él descubre, dará traza...
- CONDESA. No. Mas, por Dios, que vendáis,
que os tiemblo mientras tengáis
en la boca esa mordaza.

ESCENA XVIII

La CONDESA, después ROBERTO.

- CONDESA. Ya sé el mal que me atormenta.

¡Aun verlos se me figura
negociar mi desventura,
sumar y restar mi afrenta!...
Esa prueba... ¿De qué modo?...

ROBERTO. La ocasión es oportuna:

(*Aparte.*)

hoy me ayuda la fortuna,
y debo intentarlo todo.

(*Alto.*)

Condesa... ¿Qué tal?

CONDESA. Mejor.

ROBERTO. A curar a usted me obligo
por completo.

CONDESA. ¿Sí?

ROBERTO. El amigo
va a convertirse en doctor.
A usted-le quita la vida
la calumnia.

CONDESA. ¿Quién lo ignora?

ROBERTO. Pues respire usted, señora,
¡La calumnia está vencida!

CONDESA. ¡Ah! ¿Cómo?...

ROBERTO. He luchado a muerte,
pero he sabido vencer,
y he callado hasta poder
hablar a usted de esta suerte.
Andrés...

CONDESA.

¡Ah!

(*Con repugnancia.*)

ROBERTO.

Después de aquello,
me escribió la verdad clara:
quiso que yo negociara
en su favor su atropello.

CONDESA.

¿Y escribe la verdad?...

ROBERTO.

Toda:

que el escándalo movió
porque el escándalo y yo
concertáramos su boda
con usted; que estuvo allí
solo.

CONDESA.

¿Eso dice? ¡Y la carta!...
¿Quién la tiene?

ROBERTO.

No se aparta
un solo instante de mí.

CONDESA.

¡Ah! ¡Venga, venga al instante!...
¡Por Dios, que no pase un día!...

ROBERTO.

¡Calma! Si hay más todavía...

CONDESA.

No: si con eso es bastante.

ROBERTO.

He comprado documentos
que comprometen a Andrés,
y el brillante joven es
huésped en estos momentos
de la cárcel. Así muere
su crédito; y así evita
las dudas; así acredita
lo que en la carta refiere,

y quedan ustedes dos
en el puesto merecido.

CONDESA. ¡Ay! Dios de usted se ha valido,
Roberto; gracias a Dios.

ROBERTO. He buscado con afán
a todos nuestros amigos,
a los que fueron testigos
de aquel lance; aquí vendrán,
que los traigo a que proclamen
el triunfo.

(Con entusiasmo.)

CONDESA. ¡Virgen María!
Yo también, de parte mía
haré que a todos los llamen.

ROBERTO. Sabrán la prisión de Andrés,
verán su firma y su letra.

CONDESA. ¡Gracias!

(Estrechándole una mano.)

Si es bueno; si Petra

(Aparte.)

me ha engañado.

ROBERTO. Y yo después,
para que ni al más villano
quede la duda menor;
yo, que soy hombre de honor,
a usted pediré su mano.

CONDESA. ¡Ah! Ya comprendo...

(Pausa.)

ROBERTO. Usted vea
si el hombre que ha obrado así...

CONDESA. ¿Cómo decirle que sí

(Aparte.)

de modo que él me lo crea?

ROBERTO. ¿Qué ha hecho Pablo, que jamás
mereció tanta ternura?

CONDESA. ¡Eh! ¡Valor!...

(Aparte.)

ROBERTO. Con su locura,
perder a usted. ¿Ha hecho más?
Veremos si usted resuelve
tratar con mejor agrado
al que su honor le ha quitado
que al que su honor le devuelve.

CONDESA. El ya no trata de amor;
pues como pobre se mira
y teme al mundo; no aspira
a nada.

ROBERTO. Tanto mejor.

CONDESA. Mas estas cosas conviene
tratarlas... Yo... bien se ve
mi posición: yo no sé
la posición que usted tiene.

(Pausa.)

ROBERTO. Cuando empobreció su amante,

(*Aparte.*)

lo trató con esquivéz:
bien lo recuerdo; y tal vez
no soy rico lo bastante...
Diré sin reserva alguna...

(*Alto.*)

Mas calle usted...

CONDESA. Mientras viva.

ROBERTO. Mi mayor fortuna estriba
en que ignoren mi fortuna.
Yo no he heredado riquezas:
he hecho alguna; ahora comienzo.

CONDESA. ¿Y cuánta?

ROBERTO. ¡Si me avergüenzo
de confesar mis flaquezas!
Se reduce mi caudal
a dos millones.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. Entro en negocios: soy ducho,
y esto es un gran capital.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. (*Resentido.*)

Y mi posición
es menos, si usted me resta

diez mil duros que me cuesta
poner a Andrés en prisión.
No espero que usted deduzca
esta suma.

CONDESA. ¡Ah! No, señor.

ROBERTO. Y aun espero que en amor
algún interés produzca.

CONDESA. Ya basta; usted no comprenda
que soy avara.

ROBERTO. No. Es justo
que tratemos... y yo gusto
de que la gente se entienda.
Y un negocio que ya miro
cercano, que doy por hecho,
puede darnos de provecho
seis millones.

CONDESA. (*Fingiendo alegría.*)

¡Seis!

ROBERTO. (*Observando su alegría.*)

Respiro,

(*Aparte.*)

(*Pausa corta.*)

El escribano al instante

(*Alto.*)

vendrá, si aquí no se encuentra.

CONDESA. ¿Lo ha citado usted?

ROBERTO. Sí. ¿Entra,
o no?

- CONDESA. Que pase adelante.
ROBERTO. ¿Será tan feliz mi estrella?
CONDESA. ¿Pues qué más he de decir?
ROBERTO. ¡Oh! Voy a hacerlo venir,
 si no está en casa.

(Al desaparecer, examinando rápidamente a la CONDESA.)

¡Y es bella!

(Aparte.)

ESCENA IX

- CONDESA. ¡Y piensa que he de acceder!...
 Soy avara: ¿por qué no?
 ¡Prudencia! Que también yo
 algún negocio he de hacer.
 Que escuche Pablo es preciso
 de mi inocencia la prueba,
 ¿Qué causa habrá que le mueva
 a venir? ¿Con quién le aviso?

(Tira de un llamador y suena la campanilla.)

¿Vendrá?... ¡Qué dulce contento
cuando sepa lo que pasa!...
Si estoy por ir a su casa
yo misma... ¡Qué atrevimiento!...

¡Jesús! El duda, y si ve
determinación tan ruda,
acrecentarán su duda
los arranques de mi fe.
¿Quién irá? ¡Dios de los buenos!
¿Ha vendido usted?

(A GASPAR.)

GASPAR. Lo ansío.

CONDESA. ¡No! Pues de ti no me fío.

(Se adelanta y encuentra a RAMONA.)

Ni de ti.

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. (Aparte.) De ésta, menos.
Mi mayordomo... El me adora
y llorará en mi demanda,
y cualquier dureza ablanda
un viejecito que llora.
¿Quién mejor? Ese es mi socio,
que a pesar de su edad fría,
no comprende todavía
lo que es hacer un negocio.

ESCENA X

PETRA, GASPAR, RAMONA y ROBERTO.

PETRA. Después de hablar con Roberto,
se queda contenta... Es raro.

GASPAR. ¿Y por qué?

PETRA. Roberto vuelve.

 Dame acá.

*(Le coge el papel que tiene GAS-
PAR en la mano.)*

Yo haré el contrato.

RAMONA. Yo también quiero...

*(Presentando otro papel que trae
en la mano.)*

PETRA. Pues guarda

 el papel. Si ve que estamos
 resueltas, nos dará menos.

ROBERTO. *(Lleno de gozo.)*

 ¡Esto es hecho!... El escribano

(Aparte.)

 dice que nadie, que nadie
 se presenta a hacer el pago.
 ¡Y faltan trece minutos!
 Y se queda formulando
 mi escritura de esponsales...
 y a más estos desdichados
 hablaron ya con Sabino,
 y venderán. ¡Oh!...

PETRA. Si lanzo

(Aparte.)

 la proposición, me temo
 que sospeche.

- ROBERTO. La salud
es antes que nada.
- PETRA. ¿En cuánto
compra usted?
- ROBERTO. Yo... doy el doble
de lo que han puesto.
- PETRA. ¡Qué parco
es usted!
- ROBERTO. Como el esposo,

(Señalando a GASPAS.)

- señora, es tan delicado,
cuanto más ganen, serán
mayores sus sobresaltos.
- PETRA. Pero los que ya ha sufrido,
justo es que produzcan algo.
- ROBERTO. Usted puso, deducida
la parte de los muchachos,
cuatro mil duros. Doy doce.
- RAMONA. Ya triplica.

(Aparte.)

- PETRA. Hablemos claro.
Si el negocio se deshace,
lo que hemos puesto sacamos:
cuando usted ofrece más...
- ROBERTO. Juego un albur temerario.
- PETRA. Sabe usted que es el negocio
seguro, y en ese caso...

EL TANTO POR CIENTO

ROBERTO. Ese argumento me priva
de ofrecer más.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. ¡Es claro!

Porque tendrá mayor fuerza,
señora, si más me alargó.

PETRA. Si usted a los diez y seis
llega...

ROBERTO. En los doce me planto.

RAMONA. (*Aparte a PETRA.*)

Por Dios, señora, que temo
que se arrepienta.

(*Suena una campanilla.*)

ROBERTO. ¿Han llamado?

PETRA. ¡Si descubre que devuelve
la suma!... (*Aparte.*)

ROBERTO. Si algún acaso

(*Aparte.*)

manifiesta que es seguro
el negocio... ¿Qué haré?

PETRA. Vamos...

Gaspar repugna estas cosas,
y acepto.

ROBERTO. No me retracto.

Traiga usted el documento
que les hice.

PETRA. Aquí lo traigo.

- ROBERTO. Pondré un pagaré.
- RAMONA. (*Mostrando su documento.*)
Señor,
éste es el papel firmado
por usted, al admitir
mis ocho mil en el ajo.
Vendo mi parte, si usted
me triplica.
- ROBERTO. No he tratado
contigo.
- RAMONA. Pero...
- ROBERTO. (*Indeciso.*)
Es la presa
de Sabino. (*Aparte.*)
- PETRA. Pues es raro
que usted...
- ROBERTO. Venga. ¿Quién rechaza
lo que se viene a las manos?
Firmaré dos pagarés.
*(Se va a la mesa, saca dos paga-
rés y los llena.)*
- PETRA. ¿Pagarés?
- ROBERTO. A corto plazo.
- PETRA. Bien.
- ROBERTO. Y en la plaza mi firma
es dinero.
- GASPAR. Si no acabo
(Aparte.)
de comprender cómo puede

callar... ¡Oh! ¡ Cuando aquel cuadro
me represento, se hiela
mi sangre!... ¡ Qué horrible pasmo
sufrió mi conciencia!... Halléme
convertido en un malvado.

ROBERTO. Tome usted: doce mil duros.

(A PETRA.)

El tuyo de veinticuatro
mil reales.

(A RAMONA.)

RAMONA. (*Guardándolo en el pecho.*)
Si ahora me cae
algún negocito manso...

ESCENA XI

DICHOS y SABINO.

SABINO. Señores, está el salón
lleno de gente.

RAMONA. Es extraño...

SABINO. (*Después de observar a PETRA y ROBERTO.*)
Esto me huele a... ¿ Si el parte

(*Aparte.*)

habrá ya fructificado?
¿ Ha vendido doña Petra?

(Alto.)

RAMONA. Sí tal, y a precio bien alto.

SABINO. Hay un tonto que pretende
comprar tu venta: volando,
véndela.

RAMONA. Si la he vendido.

SABINO. ¿La has vendido? ¿A quién?

RAMONA. Al amo
del negocio. A don Roberto.

SABINO. Dime: ¿y él te la ha comprado?

RAMONA. ¿A que el tonto que decías
eres tú?

SABINO. Voy sospechando

(Aparte.)

que es verdad.

RAMONA. Veré qué gente
es ésa.

(Sale.)

SABINO. (Aparte a ROBERTO.)

Doy por sentado
que usted me traspasará
la parte...

ROBERTO. Yo no traspaso
nada: yo siempre negocio
a todo riesgo.

SABINO. (Conteniendo la ira.)

¡Y el pacto!

ROBERTO. Estas son las contingencias...
Ya sabes que al fin y al cabo
estos negocios, Sabino,
se quedan en pocas manos.

SABINO. Conque yo tracé...

PETRA. ¿No vendes,
Sabino?

SABINO. (*Furioso.*)
Si estoy rabiando
por comprar; si están ustedes
en habia; si para el plazo
faltan sólo ocho minutos.
¡Ocho!

PETRA. ¡Cómo!

(*Se levanta GASPAR.*)

SABINO. ¡Si don Pablo
no pretende recobrar
la finca, ni lo ha soñado!

PETRA. (*Llena de ira.*)
¿Conque usted?...

ROBERTO. ¿Y usted, señora,
por qué vendió?...

GASPAR. (*Poniéndose en medio.*)
Basta: vamos.

ROBERTO. Esto tienen los negocios.

GASPAR. (*A PETRA, que quiere hablar.*)
Vamos fuera.

- PETRA. Yo aplaudo
tu resolución.
- CONDESA. ¡Qué!...
- PETRA. Ya
que sé la boda, no extraño
que cuides los intereses
de tu futuro, y que tanto
empeño, tanta destreza
pusieras en obligarnos
a vender...
- ROBERTO. ¡Oh! ¡Me ayudaba

(*Aparte.*)

- CONDESA. sin yo saberlo! ¡Qué hallazgo!
Ya tú ves si es natural...
- PETRA. No sé si es lícito, estando
hecho el negocio; pues sabes
que para cumplir el plazo
faltan sólo ocho minutos...
- CONDESA. ¡Ocho!
- PETRA. Menos.
- CONDESA. ¡Cielos santo!
- ROBERTO. (*Observando su turbación.*)
¡Isabel!
- CONDESA. (*Conteniéndose.*)
Usted me dijo
que era asunto terminado;
y aun puede...

(En tono de reconvencción.)

ROBERTO. (Procurando tranquilizarla.)

Si aun falta menos
de lo que dice...

PETRA. (A GASPAS.)

¡ Insensato !

¿ Ves?... Todos hacen negocio.

GASPAS. ¡ Es imposible !...

PETRA. ¡ Oh ! Salgamos
de su presencia.

(Salen PETRA y GASPAS.)

ROBERTO. Si aquí
me ha traído el escribano
que ha de recibir la suma,
y nadie se ha presentado
a entregarla.

CONDESA. (Fingiendo calma.)

Pues entonces...

ROBERTO. Ni el mismo Pablo hace caso
de tal cosa.

CONDESA. ¿ No ?

ROBERTO. En su casa
está durmiendo.

RAMONA. (Salicndo.)

Don Pablo
pide licencia...

ROBERTO. ¡ Ah !

CONDESA. ¡ Valor !

EL TANTO POR CIENTO

(*Aparte.*)

ROBERTO. ¡ Si traerá!...

CONDESA. No, no hay cuidado...

ROBERTO. ¿ Por qué?...

CONDESA. (*Tranquilizándole.*)

Mandé que avisaran
a todos los que se hallaron
presentes...

ROBERTO. ¿ Sí?

CONDESA. Y él, sin duda,
vendrá como uno de tantos.
Que pase adelante

(A RAMONA.)

Usted
lo recibe.

(*Vase.*)

ROBERTO. Oigo sus pasos...

(*Entra PABLO.*)

Ya está aquí, ¿ Traerá el dinero?

ESCENA XIII

ROBERTO y PABLO.

PABLO. No está. Esperemos. ¡ Gran Dios!
¿Cuál es la prueba? ¿Cuál es?

ROBERTO. *(Mirando con ansia el reloj.)*
Faltan tres... menos de tres...

(Aparte.)

Menos... menos... casi dos.

PABLO. Tengo obligación sagrada
de escuchar su voz propicio,
que el que no escucha, da indicio
de que la maldad le agrada.
Cumpliré mi obligación...
El viejecito exclamaba:
“¡Es imposible!”, y lloraba,
y no daba más razón.
Y por más que me avergüence,
sigue el alma en sus prisiones,
y tampoco da razones,
y tampoco se convence...
¡Oh Dios!... ¡aunque huya de mí,
aunque dichosa la vea
en brazos de otro, que sea
tan pura como creí;
y librame del rubor,
que enrojece mi semblante,
de ser silencioso amante
de una mujer sin honor!...
Ya tarda: ¿por qué motivo
esas pruebas me demora?

(Se acerca a ROBERTO.)

EL TANTO POR CIENTO

ROBERTO. ¡Oh! Si pasada la hora

(Aparte.)

me lo da, no lo recibo.

PABLO. ¡Roberto!...

ROBERTO.

¿Qué es lo que quieres?

¿A qué vienes a esta casa?

¿Me buscas a mí?

PABLO.

¿Qué pasa

para que tanto te alteres?

ROBERTO. No trae nada.

(Pausa; un reloj de timbre da las doce.)

¡¡Ésa es... ésa,
la hora!!... Pablo, ya es mía

(Alto.)

la dehesa.

PABLO. *(Con abatimiento.)*

Cierto: hoy cumplía...

ROBERTO. Respira.

(Con la mano en el corazón.)

PABLO. Tuya es la dehesa.

ROBERTO. Me alegro de mi ganancia,

(Tomando su tono habitual.)

y siento que hayas perdido.

- PABLO. Ya, sí, que por algo he sido
tu amigo desde la infancia.
- ROBERTO. Calma tu rencor profundo,
pues sin razón me aborreces;
ya es necesario que empieces
a saber lo que es el mundo.
Gaspar se llama tu amigo;
la Petra te quiere bien,
y a pesar de eso, también
tomaron parte conmigo
en el negocio.
- PABLO. ; Tomaron
parte!...
- ROBERTO. Y Sabino, ¿y qué más?
Hasta Ramona: y quizás
por eso todos callaron
cuando la pobre Condesa...
- PABLO. ; Qué!...
- ROBERTO. Ya la vieron casada
contigo y desempeñada
con su fortuna tu dehesa.
Todo se da a Belcebú
cuando media el interés.
- PABLO. ; Callaron!...
- ROBERTO. Este que ves
es el mundo.
- PABLO. ; Ese eres tú!
; Si esa maldad tan cruel;
si avaricia tan grosera

fuera el mundo, yo tuviera
vergüenza de estar en él!...
¿Y la Condesa?...

(*Buscándola impaciente.*)

ROBERTO. De aquí
salió; mas si algo la quieres,
a mí me ha dado poderes
para recibirte.

PABLO. ¡A ti!

ROBERTO. ¿Lo dudas, y a enmendar vengo
el daño que tú has causado?...
Yo las pruebas he buscado
de su inocencia, y las tengo.
Tú ya estabas decidido
a renunciar a su amor;
yo, que vuelvo por su honor,
en cambio su mano pido.

PABLO. ¡Y ella!...

ROBERTO. Por muchas razones
que sólo en ti no hacen mella...

PABLO. ¿Ella acepta?

ROBERTO. También ella
atiende a las posiciones.

PABLO. ¿Ella contigo se casa?

ROBERTO. Yo soy rico, manifiesto
su inocencia, y...

PABLO. ¡Para esto
me han sacado de mi casa!

¡Huyamos!... que en su presencia
no seré dueño de mí.

(*Saliendo.*)

CONDESA. ¿Pablo?...

PABLO. ; Su voz!

CONDESA. Hoy aquí
se demuestra mi inocencia.
Perdone usted si un momento
a detenerse le obligo.

PABLO. Si tal, y seré testigo
de todo y del casamiento.

(*La CONDESA se dirige a la puerta
del fondo; ésta se abre y aparece
el salón lleno de gente.*)

ESCENA ULTIMA

La CONDESA, PABLO, ROBERTO, GASPAS, PETRA, SABINO, RAMONA, un ESCRIBANO, SEÑORAS y CABALLEROS.

(*Aparte.*)

ROBERTO. Hoy cuánta envidia provocho
con mi fortuna sin tasa.

(*Alto.*)

Señores...

EL TANTO POR CIENTO

(Aparte.)

- PABLO. Si esto que pasa
no es infame, yo estoy loco.
- ROBERTO. Al mirarnos juntos... creo
que en las Provincias estamos.
Casi, casi nos hallamos
los mismos. Sólo no veo
a Andresito; el pobre mozo
ni ha venido ni vendrá
porque a estas horas está
durmiendo en un calabozo.
- PETRA. ¿Preso Andrés?
- ROBERTO. Y ha de tardar
en salir, según recelo.
- PETRA. ¿Preso! ¿Será por un duelo?
- ROBERTO. Por delito no vulgar.
Cuestión de ochavos
- PETRA. ¡Oh!
- ROBERTO. Sí,
si ya estaba arruinado;
bien lo prueba el atentado
que juntos nos tiene aquí.
Una noche esta señora

(Todos le escuchan con gran interés.)

pasó en el cuarto de Petra;
lo sabe Andrés y penetra
en su aposento a deshora,

y aunque lo urdió de manera
que otra cosa parecía,
sólo su infame osadía
tuvo allí por compañera.
Señores, y es lo peor
que lo hizo con el intento
de obligarla al casamiento
por medio del deshonor.

*(Movimiento de indignación en el
corro.)*

Queriendo que por su cuenta
trabaje yo como amigo,
de la suerte que lo digo
en esta carta lo cuenta.

PABLO. ¡Escribe!

ROBERTO. Mostrarla quiero
a todos, si duda cabe,
tratándose de quien sabe
estafar honra y dinero.
No más que el vil interés

*(Entrega la carta, que corre de
mano en mano.)*

medió en aquella cuestión.

(Aparte.)

PABLO. Y por la misma razón
éstos callaron después.

- ROBERTO. Sepan ustedes ahora
que yo recibo la mano...
- CONDESA. Y usted, señor escribano,
¿nada dice?
- ESCRIB. Si, señora.
Antes que el plazo cumpliera
un minuto...
- ROBERTO. ¿Cómo? ¿Qué?
- ESCRIB. He recibido, y doy fe,
los quince mil; ya está fuera
de trabas y compromisos
la dehesa.
- ROBERTO. ¿Es esto verdad?
¿Pablo dió la cantidad?
- ESCRIB. No, señor; ni era preciso.
Otro en su nombre lo ha hecho,
y es igual para el contrato;
esto es el "cuasi mandato"
de que nos habla el derecho.
Tiene usted desempeñada
su finca, y ante escribano.
- (*Con reserva a la CONDESA.*)
- PABLO. ¿Qué mano ha sido?
- (*Lo mismo.*)
- CONDESA. Esta mano
que ya sabes que es honrada.
Calla.
- ROBERTO. Y usted cautelosa
vendió con seguridad...

PETRA. Una cosa es la amistad,
y el negocio es otra cosa.

ROBERTO. ¡Y vengo a perder!...

(*Aparte.*)

PETRA. ¡Que el vil
nos reprenda y nos acuse!

(*Aparte a GASPAS.*)

SABINO. Saco los doce que puse.

(*Abismado.*)

RAMONA. Pues yo veinticuatro mil.

ROBERTO. En fin, no es motivo éste
para romper el concierto.

CONDESA. Poquito a poco, Roberto;
deje usted que sume y reste.
Cuando usted juzgó el proyecto
seguro, lo hice mi socio;
pero, amigo, este negocio
ya va cambiando de aspecto.
Como Pablo sube en renta
lo que usted baja...

ROBERTO. ¡Oh, qué red!

(*Aparte.*)

CONDESA. ¿Quién puede dudar que usted

(*Con el mayor desprecio.*)

a mí no me tiene cuenta?

Y siendo él rico y yo honrada,
y estando de amores loco,
¿quién puede dudar tampoco...?
¡Pablo mío!

(*Se abrazan.*)

- PABLO. ; Prenda amada!
- SABINO. Chica, serás mi parienta;
ya sabes que te idolatro.
- RAMONA. Tú, doce... yo, veinticuatro...
Chico, no me tienes cuenta.
- CONDESA. Para administrar mis bienes,
¿quién mejor que mi marido?
Y el cuarto que habéis vivido
de balde...
- PETRA. ¿Qué? ¿También tienes
la crueldad...?
- CONDESA. Sí, desde ahora
quiero que rente; lo siento,
pero, hija, el tanto por ciento
es una razón traidora.
Cuando a todo poderoso
llega el interés inmundo,
ya lo ves, nadie en el mundo
puede vivir con reposo.
- RAMONA. Por Dios... Calme usted su encono.
No es malo mi corazón;
pero me cogió la acción
el negocio...

EL TANTO POR CIENTO

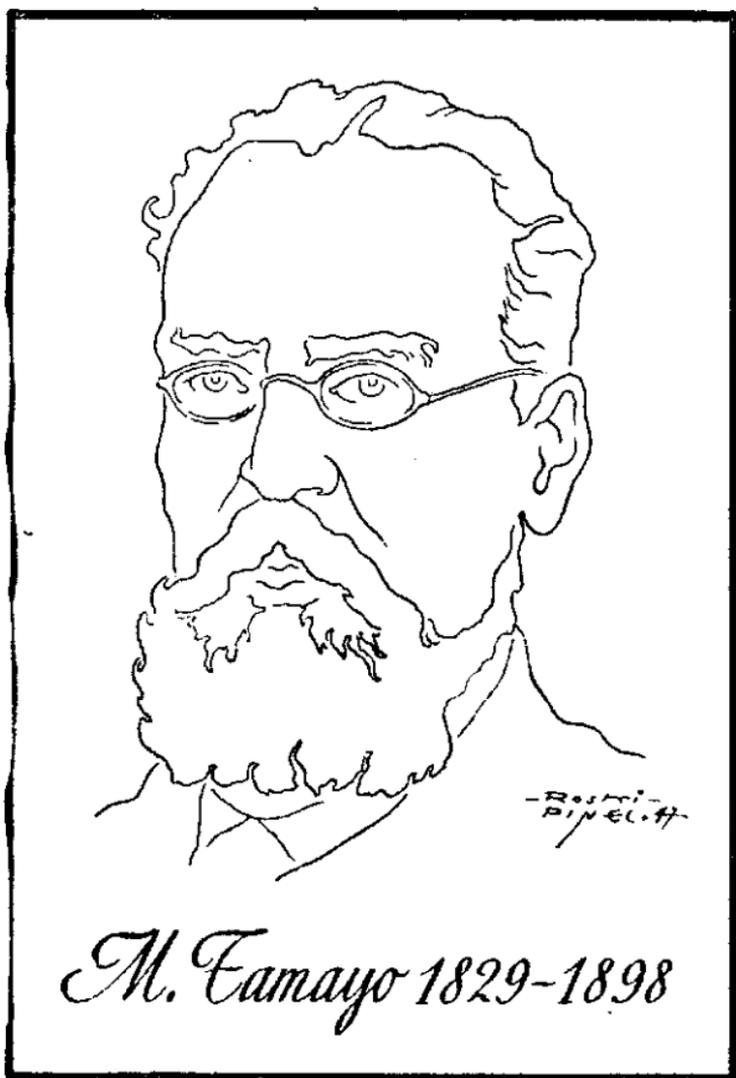
CONDESA. Pues yo me alegro en verdad;
que a quien tiene caridad
jamás le estorba el dinero. .

PABLO. Yo de gastarlo respondo,
mi bien, mirándome en tí.

CONDESA. ¡Ay, Pablo mío! Este sí
que es un negocio redondo.

FIN

UN DRAMA NUEVO .



M. Famayo 1829-1898

MANUEL TAMAYO Y BAUS

“En el estado en que la sociedad se encuentra, es preciso llamarla al camino de la regeneración despertando en ella el germen de los sentimientos generosos; es indispensable luchar con el egoísmo para vencerlo con el eficaz auxilio de la compasión, virtud la más noble y santa de las virtudes”. Tales palabras, que pertenecen al prólogo de una de las obras de Tamayo, sintetizan el nervio de su inspiración.

No es autor moralista; pero siempre hay un fondo moral en sus dramas. No persigue demostrar una tesis, pero nunca falta una idea en sus comedias. Es dramaturgo esencialmente, y ofrece situaciones de una intensidad magna. La crítica le ha reconocido como el primer dramaturgo español del siglo XIX.

Nació en Madrid el día 15 de septiembre de 1829, en la calle del Lobo (actualmente Echegaray), siendo bautizado al día siguiente en la parroquia de San Sebastián. A los diez años estrenó su primera obra, que era un arreglo del francés, siendo sacado en brazos por su madre, la eminente actriz Joaquina Baus, para que recibiera los aplausos del público. Su hermano, don Victo-

rino Tamayo, siguió la tradición familiar, siendo notable actor, que interpretó varias obras de nuestro poeta, entre ellas *Un drama nuevo*.

A los veinte años casó con doña Emilia o Amelia (que así la llamaba Tamayo) Máiquez, sobrina del celebrado actor trágico. El 12 de junio de 1859 ingresó en la Real Academia Española, de la que llegó a ser secretario perpetuo. Las actas, el *Epítome y Compendio de la Gramática* y el *Prontuario de Ortografía* son pruebas de la atención que puso siempre en las tareas académicas, pues parece ser que fueron redactadas casi exclusivamente por él. Más tarde se le nombró jefe de la Biblioteca de San Isidro, y don Alejandro Pidal y Mon le nombró director de la Biblioteca Nacional. Falleció el 20 de junio de 1898.

Toda su vida estuvo dedicado a labor teatral, iniciándose con traducciones y arreglos del francés, siguiendo con dramas románticos que sólo representan una curiosidad histórica, y cultivando la tragedia con *Virginia*, la cual encierra ya motivos estéticos dignos de nota, aunque, en suma, sea un intento no logrado. La restauración de la tragedia en aquellos días se originó por el éxito alcanzado por la actriz francesa Rachel en las representaciones de las obras de Corneille, Racine y Voltaire, por lo cual siguieron las huellas de estos autores Juan Nepomuceno, Le Mercier, Ponsard y Latour de Saint Ibars. Tamayo se incorporó a esta orientación, si bien rectificó en seguida para emprender nuevos proyectos.

Basándose en la historia escribió el drama *Juana de Arco*, teniendo por modelo a Schiller, y en colaboración con don Aureliano Fernández Guerra, *La Rica hembra*, inspirada en la tradición referente a doña Juana de Mendoza, quien se allanó a ser esposa del almirante don Alonso Enríquez, porque éste, exasperado por los desprecios de la dama, le dió un bofetón. La rica hembra

consiente en el matrimonio porque no pueda decirse que quien no fué su marido puso en su rostro la mano.

En *Locura de amor* conquistó unánime aplauso. El tema de esta obra fué la pasión de doña Juana la Loca por Felipe el Hermoso.

El teatro de costumbres alcanzó notable incremento en las comedias *La bola de nieve*, *Lo positivo*, *Lances de honor*, *Del dicho al hecho*, *Los hombres de bien* y otras, algunas de las cuales fueron firmadas con seudónimos distintos, entre los que destaca el de *Don Joaquín Estébanez*.

El arte de Tamayo llegó a la cumbre con *Un drama nuevo*, donde se hermana una honda emoción dramática con un profundo análisis de caracteres y pasiones. La frase sentenciosa coadyuva al dramatismo de la acción, aunque tan estudiadamente, que se lamenta la falta de espontaneidad. Al tratar de esta obra, se ha recordado con frecuencia la opinión de don Manuel de la Revilla, el crítico tan representativo de su época, cuyas son estas palabras:

“Tamayo agigantado hasta el punto de producir un asombro como *Un drama nuevo*, producción en que todo es admirable (incluso el lenguaje sentencioso), en la que palpita una inspiración gigante; en las que las pasiones humanas vibran al unísono con las que Shakespeare (1) pinta en sus obras inmortales, y la fuerza dramática, el efecto escénico, el terror trágico y la atrevida originalidad de las situaciones llegan a un punto altísimo de perfección; producción que hace palpitir todas las fibras del corazón humano, y que lo mismo arranca lágrimas de ternura y de piedad que gritos de terror y espanto; producción, en suma, que basta, no ya para glorificar a un hombre, sino para enorgullecer a un pueblo.”

(1) Tamayo escribía Shakspeare.

UN DRAMA NUEVO

ACTO PRIMERO

YORICK y SHAKESPEARE *hablan del reparto que ha de hacerse de los personajes de la comedia que van a estrenar. El primero está encantado del papel que le corresponde, por su intensidad dramática. Ensaya solo su parte, y cuando va quedando complacido de su interpretación se presenta*
EDMUNDO,

ESCENA III

YORICK y EDMUNDO.

EDMUNDO

(Como asustado.)

¿Qué?

YORICK

Que en esta obra que estás viendo tengo un excelente papel.

¡Tiemble la ingrata!

(*Aparte.*)

EDMUNDO

Con el alma lo celebro, señor.

YORICK

Tiempo ha que, en vez de padre, me llamas señor,
y en vano ha sido reprendértelo.

¡Tiemble la esposa infiel!...

(*Aparte.*)

¿He dado impensadamente motivo para que tan
dulce nombre me niegues?

EDMUNDO

Yo soy el indigno de pronunciarle.

YORICK

¿A qué viene ahora eso? ¡Ay, Edmundo, me vas
perdiendo el cariño!

EDMUNDO

¿Qué os induce a creerlo?

YORICK

Fueras menos reservado conmigo si, cual antes, me
amabas.

UN DRAMA NUEVO

EDMUNDO

¿Y en qué soy yo reservado con vos?

YORICK

En no decirme la causa de tu tristeza.

EDMUNDO

¿Yo triste?

YORICK

Triste y lleno de inquietud. ¿Qué va a que estás enamorado?

EDMUNDO

¿Enamorado? Yo. ¿Suponéis?

YORICK

No parece sino que te he imputado un crimen.

(Sonriendo.)

¡Ah!

(Con repentina seriedad.)

Crimen puede ser el amor. ¿Amas a una mujer casada?

(Asiéndole una mano.)

EDMUNDO

(Inmutándose.)

¡Oh!

YORICK

Te has puesto pálido... Tu mano tiembla...

EDMUNDO

Sí..., con efecto... Y es que me estáis mirando de un modo...

YORICK

Enfermilla debe de andar nuestra conciencia cuando una mirada nos asusta. Piénsalo bien: no causa al hombre tanto daño quien le roba la hacienda como quien le roba el honor; quien le hiere en el cuerpo, como quien le hiere en el alma. Edmundo, no hagas eso... ¡Ay, hijo mío, no lo hagas, por Dios!

EDMUNDO

Vuestro recelo no tiene fundamento ninguno. Os lo afirmo.

YORICK

Te creo; no puedes tú engañarme. En esta comedia, sin ir más lejos, se pintan los grandes infortunios a que da origen la falta de una esposa, y mira: ni aun siendo de mentirijillas me divierte que Alicia

UN DRAMA NUEVO

tenga que hacer de esposa culpada, y tú de aleve seductor.

EDMUNDO

(Procurando disimular.)

¿Sí?

YORICK

(Con énfasis cómico.)

¡Yo seré el esposo ultrajado!

EDMUNDO

(Dejándose llevar de su emoción.)

¡Vos!

YORICK

Yo, sí... ¿Qué te sorprende? ¿Eres tú también de los que me juzgan incapaz de representar papeles serios?

EDMUNDO

No, señor, no; sino que...

YORICK

Cierto que habré de pelear con no pequeñas dificultades. Y ahora que en ello caigo: ningún otro papel

menos que el de marido celoso me cuadraría; porque a estas fechas no sé yo qué especie de animalitos son los celos. Obligado a trabajar continuamente desde la infancia, y enamorado después de la gloria, no más que en ella tuvo señora mi albedrío, hasta que, por caso peregrino y feliz, cuando blanqueaba ya mi cabeza, mostró que aún era joven mi pecho, rindiendo a la mujer culto de abrasadoras llamas. Y Alicia—bien lo sabes tú— ni me ha causado celos hasta ahora, ni me los ha de causar en toda la vida. No es posible desconfiar de tan hidalga criatura. ¿Verdad que no?

EDMUNDO

No, señor; no es posible...

YORICK

Friamente lo has dicho. Oye, Edmundo. Hago mal en callarte lo que ha tiempo he notado.

EDMUNDO

¿Algo habéis notado? ¿Qué ha sido?

YORICK

Que Alicia no te debe el menor afecto: que tal vez la miras con aversión.

EDMUNDO

(Muy turbado.)

¿Eso habéis notado?... ¿Qué idea!

UN DRAMA NUEVO

YORICK

Y el motivo no se oculta a mis ojos. Reinabas solo en mi corazón antes de que Alicia fuera mi esposa, y te enoja hallarte ahora en él acompañado. ¡Egoísta! Prométeme hacer hoy mismo las paces con ella. Y de aquí en adelante, Alicia a secas la has de llamar. Y aun sería mejor que la llamasés madre; y si madre no, porque su edad no lo consiente, llámala hermana, que hermanos debéis ser teniendo los dos un mismo padre.

(Abrazándole.)

EDMUNDO

¡Qué suplicio!

(Aparte.)

YORICK

¿Lloras? Ea, ea, no llores..., no llores si no quieres que también yo...

(Limpiándose las lágrimas con las manos.)

¿Y sabes lo que pienso? Que si los celos de hijo son tan vivos en ti, los de amante deben ser cosa muy terrible. Diz que no hay pasión más poderosa que ésta de los celos; que por entero domina el alma; que hace olvidarlo todo.

EDMUNDO

¡Todo! Sí, señor, ¡todo!

YORICK

¿Conque tú has estado celoso de una mujer? ¡Qué gusto! Así podrás estudiarme el papel de marido celoso; explicándome cómo en el pecho nace y se desarrolla ese afecto desconocido para mí; qué linaje de tormentos ocasiona; por qué signos exteriores se deja ver; todo aquello, en fin, que le corresponde y atañe. Empieza ahora por leerme esta escena.

(Dándole el manuscrito abierto.)

Desde aquí.

(Señalando un lugar en el manuscrito.)

Anda.

EDMUNDO

¿Conque eres tú el villano...

YORICK

Eso te lo digo yo a ti.

(Edmundo se inmota y sigue leyendo torpe y desmayadamente)

EDMUNDO

... tú el pérfido y aleve...

UN DRAMA NUEVO

YORICK

Chico, chico, mira que no se puede hacer peor.
¡Más brío! ¡Más vehemencia!

EDMUNDO

... tú el seductor infame que se atreve...

YORICK

¡Alma, alma!

EDMUNDO

...a desgarrar el pecho de un anciano?

YORICK

No estás hoy para ello. Dame.

(Quitándole el manuscrito.)

Escucha.

¿Conque eres tú el villano,
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame...

E S C E N A I V

DICHOS y WALTON.

WALTON

(Desde la puerta del foro.)

¿Quién rabia por aquí?

YORICK

(Cerrando el manuscrito.)

¡Walton!

WALTON

¿Reñías con Edmundo?

YORICK

No reñía con nadie.

WALTON

Al llegar me pareció oír...

EDMUNDO

De fijo lo sabe ya, y viene buscando quimera.

WALTON

Jurara que no me recibes con mucho agrado.

YORICK

Porque adivino tus intenciones.

WALTON

Adivinar es.

YORICK

Ahorremos palabras; ¿qué te trae por acá?

UN DRAMA NUEVO

WALTON

Si lo sabes, ¿a qué quieres que te lo diga? Pero ¿qué hacéis de pie, señor Walton?

(Dirigiéndose a sí mismo la palabra.)

Aquí tenéis silla.

(Tomando una silla y colocándola en el centro del escenario.)

Gracias.

(Sentándose.)

YORICK

Mira, mira, lo que es a mí no te me vengas con pullitas, porque si me llego a enfadar...

WALTON

¡Oh, entonces!... ¡Vaya! ¡Pues ya la creo! ¡Si tiene un genio como un tigre!... ¿Verdad, Edmundo?

EDMUNDO

¿Eh?

YORICK

¿Te burlas de mí?

EDMUNDO

¿Burlarse él de vos?

WALTON

Justo es que defiendas a tu amigo Yorick, a tu protector, a tu segundo padre... ¡Oh, este muchacho es una alhaja!

(Dirigiéndose a YORICK.)

¡Y cuánto me gustan a mí las personas agradecidas!

EDMUNDO

(Sin poderse contener y con aire amenazador.)

¡Walton!

WALTON

¿Las alabanzas te incomodan?

EDMUNDO

¿Cuál es su intención?

(Aparte.)

WALTON

Vamos, se conoce que hoy todos han pisado aquí mala hierba. Adiós.

(Levantándose.)

Tú te lo pierdes.

UN DRAMA NUEVO

YORICK

Que yo me pierdo... ¿qué?

WALTON

Nada. Venía en busca de un amigo; hallo un tonto, y me voy.

YORICK

¿Tonto me llamas?

WALTON

No se me ha ocurrido cosa mejor.

YORICK

¿Has visto a Shakespeare?

WALTON

No, sino al autor del drama nuevo.

YORICK

¿Y qué?

WALTON

Shakespeare, al salir de aquí, se encontró casualmente con él, y le dijo que en su obra era menester que hicieses tú el papel de marido.

YORICK

Ya vamos entendiéndonos.

WALTON

El autor se quedó como quien ve visiones.

YORICK

No es él mala visión.

WALTON

Y muy amostazado, se vino a mi casa para instarme a que reclamara un papel que en su concepto me correspondía...

YORICK

Y tú..., pues..., tú...

WALTON

Yo...

(Como haciéndose violencia a sí mismo.)

Quiero que sepas la verdad... Yo al pronto me llené de ira; luego vi que no tenía razón, y dije al poeta... Pero ¿a qué me canso en referirte?

(Da algunos pasos hacia el foro.)

YORICK

No... Oye... Ven.

(Le coge una mano y le trae al proscenio.)

¿Qué le dijiste?

UN DRAMA NUEVO

WALTON

Le dije que tú eras mi amigo; que un actor de tu mérito y experiencia podía ejecutar bien cualquiera clase de papeles con sólo que en ello se empeñara; que yo haría el de confidente, que es, como odioso, muy difícil; que te auxiliaría con mis consejos si tú querías aceptarlos... Adiós...

(Como despidiéndose y echando a andar hacia el foro.)

YORICK

Pero ven acá, hombre, ven acá.

(Deteniéndole y trayéndole al proscenio, como antes.)

¿Eso dijiste...?

WALTON

Y cuando vengo, satisfecho de mí mismo, a darte la noticia, se me recibe con gesto de vinagre y palabras de hiel... Por fuerza había de pagarte en la misma moneda. La culpa tiene...

(Dirigiéndose de nuevo hacia el foro.)

YORICK

No, si no te has de ir.

(Deteniéndole y trayéndole al proscenio otra vez.)

Es tan raro eso que me cuentas...

WALTON

¿Y por qué es raro, vamos a ver?

YORICK

Parecía lo más natural que te disgustase perder la ocasión de alcanzar un nuevo triunfo, y que en cambio yo...

WALTON

El templo de la gloria es tan grande, que no se ha llenado todavía ni se llenará jamás.

YORICK

Como tienes ese pícaro genio...

WALTON

Se me cree discolo porque no sé mentir ni disimular.

YORICK

¿Pero ello es que no te enojas porque yo haga de conde Octavio en ese drama?

WALTON

He dicho ya que no.

YORICK

¿Y que tú harás de confidente?

UN DRAMA NUEVO

WALTON

Ya he dicho que sí.

YORICK

¿Y que me estudiarás el papel?

WALTON

Me ofendes con tus dudas.

YORICK

Edmundo, ¿oyes esto?

WALTON

A ver si alguna vez logro ser apreciado justamente.

YORICK

Mira; la verdad es que a mí me has parecido siempre un bellaco.

WALTON

Así se juzga a los hombres en el mundo.

YORICK

Confesar la culpa ya es principio de enmienda; y si tú ahora quisieses darme unos cuantos pescozones...

WALTON

Debiera dártelos a fe.

MANUEL TAMAYO Y BAUS

YORICK

Pues anda, no vaciles. En caridad te ruego que me des uno tan siquiera.

WALTON

¡Eh, quita allá!

YORICK

Dame entonces la mano.

WALTON

Eso sí.

(Estrechándose ambos las manos.)

(Aparte.)

YORICK

Y yo que hubiera jurado... Si el que piensa mal merecía no equivocarse nunca. *(Alto.)* ¿Tienes ahora algo que hacer?

WALTON

Ni algo ni nada.

YORICK

¡Me alegraría tanto de oírte leer el papel antes de empezar a estudiarle.

WALTON

Pues si quieres, por mí...

UN DRAMA NUEVO

YORICK

¿Que si quiero? ¡No he de querer! No quiero otra cosa. ¡Vaya que me dejas atónito con bondad y nobleza tan desmedidas! ¿Quién había de imaginarse que tú...?

WALTON

¿Vuelta a las andadas?

YORICK

No, no... Al contrario... Quería decir... Conque vámonos a mi cuarto... Allí nos encerramos y... Francamente; el papel de marido ultrajado me parece algo dificultoso...

WALTON

Te engañas. El papel de marido ultrajado se hace sin ninguna dificultad. ¿A que Edmundo opina de igual manera?

EDMUNDO

¿Yo...? ¿Qué dice este hombre?

YORICK

Con tus lecciones, todo me será fácil. Y di: ¿me enseñarás alguna de esas inflexiones de voz, de que sacas tanto partido?

WALTON

Seguramente.

YORICK

¿Y alguna de esas transiciones repentinas en que siempre te haces aplaudir?

WALTON

Pregunta excusada.

YORICK

¿Y aquel modo de fingir el llanto con que arrancas lágrimas al público?

WALTON

Sí, hombre, sí; todo lo que quieras.

YORICK

¿Y crees que al fin conseguiré...?

WALTON

Conseguirás un triunfo.

YORICK

¿De veras?

(Restregándose las manos de gusto.)

UN DRAMA NUEVO

WALTON

Ni tú mismo sabes de lo que eres capaz.

YORICK

(Con júbilo, que apenas le consiente hablar.)

Pero hombre...

WALTON

¡Oh, me precio de conocer bien a los actores!

YORICK

Digo si conocerás bien... Me pondría a saltar de mejor gana que lo digo. Vamos adentro, vamos...

(Dirigiéndose con WALTON hacia la derecha. Luego corre al lado de EDMUNDO. WALTON se queda esperándole cerca de la puerta de la derecha.)

Pero, Edmundo, ¿es posible que viéndome tan alegre a mí, no quieras tú alegrarte? Alégrate, por Dios. Quiero que esté alegre todo el mundo.

¿Conque eres tú el villano...

WALTON

Anda, y no perdamos tiempo...

YORICK

Sí, sí, no perdamos...

(Corriendo hacia donde está WALTON.)

Lo que pierdo hoy de seguro es la cabeza... ¡Ah!
Oye.

(Volviendo rápidamente al lado de EDMUNDO y hablándole en voz baja.)

Aunque éste me repase el papel, no renuncio a que tú... ¿Eh?

(Va hasta el comedio del escenario y allí se detiene.)

Con dos maestros así.

(Consigo mismo, señalando a EDMUNDO y WALTON.)

Y con Guillermo, por añadidura... Y que yo no soy ningún necio...

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata...!

¡No hay más, lo haré divinamente!

(Saltando de alegría.)

¿No lo dije? Ya salté de gozo como un chiquillo.

UN DRAMA NUEVO

WALTON

Pero ¿no vienes?

YORICK

Sí, sí, vamos allá.

*(Vanse YORICK y WALTON por la
puerta de la derecha.)*

ESCENA V

EDMUNDO, y a poco ALICIA.

EDMUNDO

¿Qué pensar? ¿Conoce Walton mi secreto? ; Dios no lo quiera! ; Hablaba sin malicia, o con intención depravada? ; Siempre recelar! ; Siempre temer! ; Ay, qué asustadiza es la culpa! ; Ay, qué existencia la del culpado!

(Siéntase cerca de la mesa, en la cual apoya los brazos, dejando caer sobre ellos la cabeza. ALICIA sale por la puerta de la izquierda, y al verlo en aquella actitud se estremece y corre hacia él, sobresaltada.)

ALICIA

¿Qué es eso, Edmundo? ; Qué te pasa? ; Qué hay?

EDMUNDO

¡Tú también, desdichada, temblando siempre como yo!

ALICIA

¿Y qué he de hacer sino temblar? Con la conciencia no se lucha sin miedo.

EDMUNDO

¿Y hemos de vivir siempre así? Dime, por favor, ¿esto es vida?

ALICIA

¿A mí me lo preguntas? Cabe en lo posible contar los momentos de un día; no los dolores y zozobras que yo durante un día padezco. Si alguien mira, digo: ése lo sabe. Si alguien se acerca a mi marido, digo: ése va a contárselo. En todo semblante se me figura descubrir gesto amenazador; amenazadora retumba en mi pecho la palabra más inocente. Me da miedo la luz; temo que haga ver mi conciencia. La oscuridad me espanta; mi conciencia, en medio de las tinieblas, parece más tenebrosa. A veces juraría sentir en el rostro la señal de mi delito; quiero tocarla con la mano, y apenas logro que desaparezca la tenaz ilusión mirándome a un espejo. Agótanse ya todas mis fuerzas; no quiere ya seguir penando mi corazón, y la hora bendecida del que necesita descanso llega para

mí con nuevos horrores. ¡Ay, que si duermo, quizá sueñe con él; quizá se escape de mis labios su nombre, quizá diga a voces que le amo! Y si al fin duermo a pesar mío, entonces soy más desdichada, porque los vagos temores de la vigilia toman durante el sueño cuerpo de realidad espantosa. Y otra vez es de día, y a la amargura de ayer, que parecía insuperable, excede siempre la de hoy; y a la amargura de hoy, que raya en lo infinito, excede siempre la de mañana. ¿Llorar? ¡Ay, cuánto he llorado! ¿Suspirar? ¡Ay, cuánto he suspirado! Ya no tengo lágrimas ni suspiros que me consuelen. ¿Vienes? ¡Qué susto, qué desear que te vayas! ¿Te vas? ¡Qué angustia, qué desear que vuelvas! Y vuelves, y cuando, como ahora, hablo a solas contigo, me parece que mis palabras suenan tanto que pueden oírse en todas partes; el vuelo de un insecto me deja sin gota de sangre en las venas; creo que donde quiera hay oídos que escuchan, ojos que miran, y yo no sé hacia dónde volver los míos...

(Mirando, con terror, hacia una y otra parte.)

Y... ¡Oh!

(Dando un grito.)

EDMUNDO

¿Qué? ¡Habla!

(Con sobresalto y ansiedad, mirando en la misma dirección que ALICIA.)

ALICIA

Nada. Mi sombra, mi sombra que me ha parecido testigo acusador. ¿Y tú me preguntas si esto es vida? ¡Qué ha de ser vida, Edmundo! No es vida, no lo es! Es una muerte que no se acaba.

EDMUNDO

Serénate, Alicia, y considera que, a serlo más, te creerías menos culpada. Parece siempre horrenda la culpa si aun brilla a su lado la virtud.

ALICIA

No me hables de virtud. Sólo con amarte huello todos los deberes; ofendo al cielo y a la tierra. Sálvame; salva, como fuerte, a una débil mujer.

EDMUNDO

¡Oh, sí; preciso es que ambos nos salvemos! Pero ¿cómo salvarnos? ¡Ver a mi Alicia idolatrada y no hablar con ella; hablar con ella y no decirle que la quiero; dejar de quererla habiéndola querido una vez!... ¡Qué desatino! ¡Qué locura! Yo, sin embargo, todos los días me entretengo en formar muy buenos propósitos, con intención de no cumplirlos; así da uno que reír al demonio. Propóngome lo que todo el mundo en ocasiones parecidas: convertir en amistad el amor. El amor trabajando por hacerse más pequeño, se hace más grande. No se convierte el amor en amis-

tad: si acaso, en odio tan vivo y tan profundo como él. La idea de quererte menos me indigna, me enfurece. Amarte con delirio o aborrecerte con frenesí: no hay otro remedio. A ver, dime: ¿cómo lograría yo aborrecerte?

ALICIA

Los días enteros se me pasan a mí también discutiendo medios de vencer al tirano de mi albedrío. Si Edmundo se enamora de otra mujer, me digo a mí misma, todo estaba arreglado; y con sólo figurarme que te veo al lado de otra mujer, tiemblo de cólera, y comparado con este dolor, no hay dolor que a mis ojos no tome aspecto de alegría. Póngome a pedir a Dios que me olvides, y noto de pronto que estoy pidiéndole que me quieras. No más pelear inútilmente. Conozco mi ingratitud para con el mejor de los hombres: te amo. Conozco mi vileza: te amo. Sálvame, te decía. Mi salvación está en no amarte. No me puedes salvar.

EDMUNDO

¡Alicia, Alicia de mi alma!

ALICIA

¡Edmundo!

*(Van a abrazarse y se detienen,
oyendo ruido en el foro.)*

¡Oh, quite!

ESCENA VI

DICHOS y SHAKESPEARE; *después* YORICK y WALTON.

SHAKESPEARE

¡Loado sea Dios, que os encuentro solos! Buscándoos venía.

EDMUNDO

¿A quién... a mí?

SHAKESPEARE

A ti y a ella.

ALICIA

¿A los dos?

SHAKESPEARE

A los dos.

EDMUNDO

(*Aparte.*)

¡Cielos!

UN DRAMA NUEVO

ALICIA

(Aparte.)

Dios mío,

SHAKESPEARE

¿Puedo hablar sin temor de que nadie nos oiga?

EDMUNDO

¿Tan secreto es lo que nos tenéis que revelar?

SHAKESPEARE

Ni yo mismo quisiera oírlo.

ALICIA

(Aparte.)

No sé qué me sucede.

EDMUNDO

Hablad, pero ved lo que decís.

SHAKESPEARE

(Clavando en él una mirada.)

Mira tú lo que dices.

EDMUNDO

Es que no debo tolerar...

SHAKESPEARE

(Imperiosamente.)

Calla y escucha.

EDMUNDO

*(Baja la cabeza, dominado por el
tono y ademán de SHAKESPEARE)*

¡Oh!

SHAKESPEARE

Tiempo ha que debí dar voluntariamente un paso que doy ahora arrastrado por la necesidad. Fuí cobarde. ¡Malditos miramientos humanos, que hacen cobarde al hombre de bien! Ya no vacilo; Edmundo, tú amas a esa mujer,

EDMUNDO

¿Yo?

SHAKESPEARE

Alicia, tú amas a ese hombre.

ALICIA

(Con sobresalto y dolor.)

¡Ah!

EDMUNDO

¿Con qué derecho os atrevéis...?

UN DRAMA NUEVO

SHAKESPEARE

Con el derecho que me da el ser amigo del esposo de Alicia y del padre de Edmundo.

EDMUNDO

Pero si no es cierto lo que decís; si os han engañado.

ALICIA

Os han engañado; no lo dudéis.

SHAKESPEARE

La hipocresía y la culpa son hermanas gemelas. Ven acá.

(Asiendo de una mano a ALICIA y trayéndola cerca de sí.)

Ven acá.

(Asiendo de una mano a EDMUNDO y poniéndole delante de ALICIA.)

Levanta la cabeza, Edmundo. Levántala tú.

(Levantando con una mano la cabeza de EDMUNDO y con la otra la de ALICIA.)

Miraos cara a cara, con el sosiego del inocente. Miraos. ¡Oh! Pálidos estabais; ¿por qué os ponéis

tan encendidos? Antes, el color del remordimiento; ahora, el color de la vergüenza.

ALICIA

Compasión.

EDMUNDO

(Con profundo dolor.)

Basta ya.

ALICIA

Habéis hablado tan de improviso...

EDMUNDO

La acusación ha caído como un rayo sobre nosotros.

ALICIA

Hemos tenido miedo.

EDMUNDO

Os diré la verdad.

ALICIA

Es cierto: me ama, le amo.

EDMUNDO

Sois noble y generoso.

UN DRAMA NUEVO

ALICIA

Tendréis lástima de dos infelices.

EDMUNDO

No querréis aumentar nuestra desventura.

ALICIA

Al contrario: nos protegeréis, nos defenderéis
contra nosotros mismos.

SHAKESPEARE

Vamos, hijos míos, serenidad.

ALICIA

Hijos nos llama. ¿Lo has oído?

EDMUNDO

¡Oh, besaremos vuestras plantas!

ALICIA

(Yendo a arrodillarse.)

Sí.

SHAKESPEARE

(Abriendo los brazos.)

No; en mis brazos estaréis mejor.

MANUEL TAMAYO Y BAUS

EDMUNDO

(Deteniéndose, con rubor.)

¡Guillermo! ...

ALICIA

(Con alegría.)

¿Es posible?

SHAKESPEARE

¡Venid!

EDMUNDO

(Arrojándose en sus brazos.)

Salvadnos.

ALICIA

(Arrojándose también en los brazos de SHAKESPEARE.)

Salvadnos, por piedad.

SHAKESPEARE

Sí; yo os salvaré con la ayuda de Dios.

(Pausa, durante la cual se oyen los sollozos de EDMUNDO y ALICIA.)

UN DRAMA NUEVO

ALICIA

Pero, ¿qué miro? ¿Estáis llorando?

SHAKESPEARE

Viendo lágrimas, ¿qué ha de hacer uno sino llorar?

ALICIA

Edmundo, es un protector que el cielo nos envía. ¡Y le queríamos engañar, queríamos rechazarle! ¡Cuál ciega la desdicha! Tener un amigo que nos consuele, que tome para sí parte de nuestras aflicciones; ser amparados del hombre que mejor puede curar los males del alma, porque es el que los conoce mejor... ¡Oh, gozo inesperado! ¿Quién me hubiera dicho momentos ha que tan cerca de mí estaba la alegría? Ya respiro. ¡Ay, Edmundo, esto es ya vivir!

SHAKESPEARE

No hay tiempo que perder. Hablad. Quiero saberlo todo.

(Pausa.)

EDMUNDO

Vino ha dos años Alicia a la compañía de vuestro teatro. Entonces la conocí. ¡Nunca la hubiera conocido!

ALICIA

¡Nunca jamás le hubiera conocido yo!

EDMUNDO

La vi de lejos; me arrastró hacia ella fuerza misteriosa. Llegué a su lado; miré, no vi; hablé, no se oyó lo que dije. Temblé. ¡La amaba!

ALICIA

¡Yo le amaba también!

EDMUNDO

Quiere el amor, aun siendo legítimo, vivir oculto en el fondo del corazón. Pasaron días... Resolví, al fin, declararme... ¡Imposible!

ALICIA

Yorick me había manifestado ya su cariño.

EDMUNDO

Era mi rival el hombre a quien todo se lo debía.

ALICIA

Cayó mi madre muy enferma; carecíamos de recursos; Yorick apareció a nuestros ojos como enviado de la misericordia infinita.

EDMUNDO

¿Podía yo impedir que mi bienhechor hiciese bien a los demás?

UN DRAMA NUEVO

ALICIA

Alicia —me dijo un día mi madre—: vas a quedarte abandonada. Cásate con Yorick; ¡te quiere tanto y es tan bueno!

EDMUNDO

Yorick me había recogido desnudo y hambriento de en medio de la calle, para darme abrigo y amor, y dicha, y un lugar en el mundo.

ALICIA

Por Yorick gozaba mi madre en los últimos días de su existencia todo linaje de consuelos.

EDMUNDO

Destruir la felicidad de ese hombre hubiera sido, en mí, sin igual villanía.

ALICIA

Mi madre me rogaba moribunda.

EDMUNDO

Lo que se hace rindiendo culto a la gratitud, eso es lo que yo hice.

ALICIA

Lo que se responde a una madre que suplica moribunda, eso es lo que yo respondí.

EDMUNDO

Y juré que había de olvidarla.

ALICIA

Y según iba empeñándome en quererle menos, le iba queriendo más.

EDMUNDO

Era vana la resistencia.

ALICIA

Pero decía yo: Edmundo es hijo de Yorick.

EDMUNDO

Yorick es mi padre, decía yo.

ALICIA

En casándome con Yorick, se acabó el amor que ese hombre me inspira.

EDMUNDO

Se acabó el amor que siento por esa mujer al punto mismo en que Yorick se enlace con ella.

ALICIA

¿Amar al hijo de mi esposo? ¡Qué horror! No cabe en lo posible.

UN DRAMA NUEVO

EDMUNDO

¿Amar a la esposa de mi padre? ¡Qué locura! No puede ser.

ALICIA

¡Y con qué afán aguardaba yo la hora de mi enlace!

EDMUNDO

Siglos se me hacían los minutos que esa hora tardaba en llegar.

ALICIA

¡Y llegó por fin esa hora!

EDMUNDO

¡Por fin se casó!

ALICIA

Y al perder su última esperanza, el amor, en vez de huir de nuestro pecho...

EDMUNDO

...alzóse en él, rugiendo como fiera acosada.

ALICIA

Callamos, callamos, sin embargo.

EDMUNDO

A pesar de los ruegos y lágrimas de Yorick, me negué a seguir viviendo en su casa.

ALICIA

Pero tuvo que venir aquí con frecuencia.

EDMUNDO

El lo exigía.

ALICIA

Nos veíamos diariamente; callamos.

EDMUNDO

Pasábamos solos una hora y otra; callamos.

ALICIA

Un día, al fin, representando "Romeo y Julieta"...

EDMUNDO

Animados por la llama de la hermosa ficción...

ALICIA

Unida a la llama de la ficción, la llama abrasadora de la verdad...

UN DRAMA NUEVO

EDMUNDO

Cuando tantas miradas estaban fijas en nosotros...

ALICIA

Cuando tantos oídos estaban pendientes de nuestra voz...

EDMUNDO

Entonces, mi boca... miento, mi corazón, le preguntó quedo, muy quedo: "¿Me quieres?"

ALICIA

Y mi boca..., miento, mi corazón, quedo, muy quedo, respondió: "Sí."

EDMUNDO

He ahí nuestra culpa.

ALICIA

Nuestro castigo, a toda hora, recelar y temer.

EDMUNDO

¡Implacables remordimientos!

ALICIA

¿Consuelo? Ninguno.

EDMUNDO

¿Remedio? Uno solamente.

ALICIA

Morir.

EDMUNDO

Ya nada falta que decir.

ALICIA

Lo juramos.

EDMUNDO

¡Por la vida de Yorick!

ALICIA

¡Por su vida!

EDMUNDO

Eso es lo que sucede.

ALICIA

Eso es.

SHAKESPEARE

¡Miserable humanidad! Vuélvese en ti manantial de crímenes la noble empresa acometida, sin esfuerzo

UN DRAMA NUEVO

bastante para llevarla a cabo. ¡Miseria humanidad! Retrocedes ante el obstáculo pequeño; saltas por encima del grande. Os amáis; es preciso que no os améis.

EDMUNDO

Quien tal dice no sabe que el alma esclavizada por el amor no se libra de su tirano.

SHAKESPEARE

Quien tal dice sabe que el alma es libre, como hija de Dios.

ALICIA

Explicádmelo, por piedad; ¿qué hará cuando quiera no amar el que ama?

SHAKESPEARE

Querer.

EDMUNDO

Querer no basta.

SHAKESPEARE

Basta si el querer no es fingido.

ALICIA

¿Quién lo asegura?

SHAKESPEARE

Testigo irrecusable.

EDMUNDO

¿Qué testigo?

SHAKESPEARE

Vuestra conciencia. Si de la culpa no fuerais responsables, ¿a qué temores, a qué lágrimas, a qué remordimientos? Huirás de Alicia para siempre.

EDMUNDO

Mil veces se me ha ocurrido ya tal idea. No existáis imposibles.

SHAKESPEARE

En la pendiente del crimen hay que retroceder o avanzar; retrocederás, mal que te pese.

EDMUNDO

¿Haréis que me vaya por fuerza?

SHAKESPEARE

Si no queda otro remedio, por fuerza se ha de hacer el bien.

ALICIA

Edmundo os obedecerá. Teniendo ya quien nos

UN DRAMA NUEVO

proteja, veréis cómo en nosotros renacen el valor y la fe.

EDMUNDO

¡Oh, sí! Con vuestra ayuda no habrá hazaña que nos parezca imposible. Soldados somos del deber.

ALICIA

Vos, nuestro capitán.

EDMUNDO

Conducidnos a la victoria.

SHAKESPEARE

Si esta buena obra pudiera yo hacer, reíríame de Otelo y Macbeth, y de todas esas tonterías.

(Con íntimo júbilo.)

Confío en la promesa de un hombre.

(Estrechando a EDMUNDO la mano.)

Y en la promesa de una mujer.

(Estrechando la mano a ALICIA.)

EDMUNDO y ALICIA

¡Sí!

SHAKESPEARE

Pues mientras llega el día de que Edmundo nos deje, nunca estéis solos; nunca delante de los demás os dirijáis una mirada. Esto pide el deber; esto reclama la necesidad. Me figuraba ser el único poseedor del secreto... ¡Necio de mí! Nunca pudo estar oculto el amor.

ALICIA

¿Qué decís?

EDMUNDO

Explicaos.

SHAKESPEARE

Conoce también este horrible secreto persona de quien fundadamente puede temerse una vileza.

EDMUNDO

¿Qué persona?

SHAKESPEARE

Con motivo del reparto de papeles de un drama nuevo, está Walton enfurecido contra Yorick.

EDMUNDO

(Con terror.)

¡Walton!

UN DRAMA NUEVO

SHAKESPEARE

Lo sé por el autor de la obra, que de casa de Walton fué hace poco a la mía, y me refirió la plática que ambos acababan de tener. Walton ha dicho estas o parecidas frases, que el autor repetía sin entenderlas: “Cuadra a Yorick divinamente el papel de marido ultrajado, y no se le debe disputar.”

ALICIA

¡Dios de mi vida!

SHAKESPEARE

“Si por descuido o ceguedad no advirtiese las excelencias de papel tan gallardo, yo le abriré los ojos.”

ALICIA

¡Oh, no hay duda; ese hombre es un malvado; nos perderá!

EDMUNDO

(Con mucha ansiedad.)

Sí, Alicia, estamos perdidos, perdidos sin remedio.

SHAKESPEARE

Todavía no. Corro al punto en su busca, y en viéndole yo, nada habrá que temer.

(Dirigiéndose hacia el foro.)

EDMUNDO

*(Yendo hacia ella y asiéndole las
manos.)*

¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA

¿Qué tienes? ¿Por qué te acongojas de ese modo?

SHAKESPEARE

(Desde el foro.)

Valor, Edmundo. Volveré en seguida a tranquilizaros.

EDMUNDO

¡No os vayáis, por Dios!

SHAKESPEARE

*(Dando algunos pasos hacia el
proscenio.)*

¿Que no me vaya? ¿Por qué?

EDMUNDO

No está ahora Walton en su casa.

UN DRAMA NUEVO

SHAKESPEARE

(Viniendo al lado de EDMUNDO.)

¿Cómo lo sabes?

EDMUNDO

Yo soy quien os dice: ¡Valor!

(A SHAKESPEARE.)

¡Valor, desdichada!

(A ALICIA.)

ALICIA

Sácame de esta horrible ansiedad.

SHAKESPEARE

¿Dónde está ese hombre?

EDMUNDO

Aquí.

SHAKESPEARE

¡Cielos!

ALICIA

¿Con él?

EDMUNDO

¡Con él!

SHAKESPEARE

¿Tú le has visto, sin duda?

EDMUNDO

Delante de mí empezó ya a descubrir el objeto de su venida.

ALICIA

¡Oh! ¿Qué hago yo ahora, Dios mío, qué hago yo?

EDMUNDO

Tierra enemiga, ¿por qué no te abres a mis plantas?

SHAKESPEARE

¡Qué fatalidad!

ALICIA

¡No me abandonéis; defendedme, amparadme!

EDMUNDO

¡Por piedad, un medio, una esperanza!

UN DRAMA NUEVO

SHAKESPEARE

Si nos aturdimos... Calma..., sosiego...

(Como recapacitando, YORICK aparece en la puerta de la derecha seguido de WALTON, a quien da la comedia que trae en la mano y hace, con semblante alegre, señas para que calle, poniéndose un dedo en la boca. Después se acerca rápidamente, de puntillas, a su mujer.)

EDMUNDO

(Con mucha ansiedad a SHAKESPEARE.)

¿Qué resolvéis?

ALICIA

Decid.

YORICK

(Asiendo por un brazo a su mujer, con actitud afectadamente trágica, y declamando con exagerado énfasis.)

Tiemble la esposa infiel, tiemble...

ALICIA

¡Jesús!

(Estremeciéndose con espanto.)

Perdón.

(Cayendo al suelo sin sentido.)

YORICK

¿Eh?

EDMUNDO

(Queriendo lanzarse contra WALTON.)

¡Infame!

SHAKESPEARE

(En voz baja a EDMUNDO, deteniéndole.)

¡Insensato!

YORICK

(Confuso y aturdido.)

¡Perdón!

WALTON

(Irónicamente.)

¡Casualidad como ella!

UN DRAMA NUEVO

YORICK

¡Perdón!...

(Queriendo explicarse lo que sucede, SHAKESPEARE va a socorrer a ALICIA.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Mientras YORICK, víctima de la duda, se esfuerza en lograr saber lo cierto, WALTON anhela vengarse arrastrado por la envidia al verse postergado en el reparto del drama nuevo. EDMUNDO, juvenil y apasionado, propone a ALICIA la fuga: pero ésta rechaza sus insinuaciones, en un desmayo de la voluntad, derrotada por el remordimiento. YORICK llega a sospechar de SHAKESPEARE, el cual ríe entre amarga e irónicamente en la lucha de ideas que suscita el error del protagonista.

ACTO TERCERO

Se inicia con unas escenas entre el TRASPUNTE y EL AUTOR.

ESCENA III

EL AUTOR y el TRASPUNTE, en seguida WALTON. Este en traje de LANDOLFO.

EL AUTOR

Apenas se digna contestarme. Rómpace uno los

cascos haciendo comedias como éstas, para que luego un comiquito displicente...

WALTON

¿Sale Edmundo de aquí?

(A! TRASPUNTE.)

TRASPUNTE

Sí, señor.

WALTON

¿Qué quería?

TRASPUNTE

Nada. Saber cuándo se retira de la escena la señora Alicia.

EL AUTOR

¿Verdad, señor Walton, que Edmundo está representando bastante mal?

TRASPUNTE

Algo debe sucederle esta noche.

EL AUTOR

Con efecto, dos veces que he ido yo a su cuarto le he encontrado hablando con Dérvil en voz baja, y

UN DRAMA NUEVO

cuando me venía, cambiaban de conversación. Debía prohibirse que los cómicos recibieran visitas en el teatro.

WALTON

Y ese Dérvil, ¿quién es?

EL AUTOR

El capitán de una embarcación que mañana debe hacerse a la vela.

TRASPUNTE

Pues en cuanto se fué el capitán, el señor Edmundo me pidió tintero y se puso a escribir una carta.

EL AUTOR

¡Escribir cartas durante la representación de una comedia!

WALTON

(Aparte.)

¡Una carta!... Una embarcación que se hará mañana a la vela...

TRASPUNTE

Y a propósito de carta; ahí va la que en este acto

habéis de sacar a la escena, para dársela al conde Octavio.

(Dándole un papel doblado en forma de carta.)

WALTON

Trae.

(Toma el papel y se lo guarda en un bolsillo del traje. Oyese un aplauso muy grande y rumores de aprobación. WALTON se inmuta.)

EL AUTOR

¡Es!, ¿qué tal? ¿Para quién habrá sido?

TRASPUNTE

¡Toma! Para el señor Yorick. Apuesto algo a que habrá sido para él.

(Vase corriendo.)

ESCENA IV

WALTON y EL AUTOR.

EL AUTOR

¿Cómo está ese hombre esta noche!... Cuando pien-

UN DRAMA NUEVO

so que no quería que hiciese el papel de Conde, me daría de cabezadas contra la pared. Mas ya se ve; ¿quién había de imaginarse que un comediante acostumbrado sólo a representar papeles de bufón?... De esta hecha se deja atrás a todos los actores del mundo. ¡ Si es mejor que vos!

WALTON

¿De veras?

(Procurando disimular su enojo.)

EL AUTOR

Mucho mejor.

WALTON

Y si tal es vuestra opinión, ¿os parece justo ni prudente decírmela a mí cara a cara?

(Cogiéndole de una mano con ira y trayéndole hacia el proscenio.)

EL AUTOR

Perdonad...

(Asustado.)

Creí... La gloria de un compañero...

WALTON

¡Sois un mentecato!

(*Soltándole con ademán despreciativo.*)

EL AUTOR

¿Cómo es eso?... ¿Mentecato yo?

ESCENA V

Dichos y el TRASPUNTE.

TRASPUNTE

Pues lo que yo decía: para él ha sido este último aplauso.

EL AUTOR

(*Aparte.*)

(*Alto.*)

Se le come la envidia. ¡Bravo, Yorick, bravo!

(*Vase.*)

TRASPUNTE

Y vos, ¿cómo juzgáis al señor Yorick?

WALTON

Eres un buen muchacho; trabajas con celo, y he de procurar que Shakespeare te aumente el salario.

UN DRAMA NUEVO

TRASPUNTE

¡Y qué bien que haríais! Ya sabéis que tengo cuatro chiquillos! ¡Cuatro!

WALTON

¿Conque preguntabas qué tal me ha parecido Yorick?

TRASPUNTE

Sí, señor.

WALTON

Y sepamos: ¿qué te parece a ti?

(Manifestándose muy afable con el TRASPUNTE.)

TRASPUNTE

¿A mí?

WALTON

Sí, habla. Esta mañana decías que iba a hacerlo muy mal.

TRASPUNTE

¡Y tanto como lo dije!

WALTON

¿Luego crees?...

(Con gozo.)

TRASPUNTE

No creo; estoy seguro...

WALTON

¿De qué?

TRASPUNTE

De que dije una tontería.

WALTON

¡Ah!...

TRASPUNTE

Buen chasco nos ha dado. En el primer acto se conocía que estaba... así... algo aturdido; pero luego... ¡Cáspita, y qué bien ha sacado algunas escenas!... Sí, una vez me quedé embobado oyéndole, sin acordarme de dar salida a la dama; y a no ser porque el autor estaba a mi lado entre bastidores, y me sacó de mi embobamiento con un buen grito, allí se acaba la comedia. Mirad, señor Walton, cuando os vi representar el Macbeth, creí que no se podía hacer nada mejor... Pues lo que es ahora...

WALTON

Anda, anda.

(Interrumpiéndole.)

No vayas a caer en falta de nuevo.

UN DRAMA NUEVO

TRASPUNTE

¿Eh?

(Como asustado y hojando la comedia.)

No: esta escena es muy larga. Se puede apostar a que mientras esté en la compañía el señor Yorick, nadie sino él hará los mejores papeles. ¿Quién se los ha de disputar?

WALTON

A fe que charlas por los codos.

TRASPUNTE

Fué siempre muy hablador el entusiasmo. Y la verdad..., yo estoy entusiasmado con el señor Yorick. Todo el mundo lo está. Unicamente las partes principales murmuran por lo bajo, y le dan con disimulo alguna que otra dentellada. Envidia, y nada más que envidia.

WALTON

¿Quieres dejarme en paz?

TRASPUNTE

(*Aparte.*)

¡Qué gesto! ¡Qué mirada! ¡Necio de mí! ¡Si éste

es el que más sale perdiendo!... Pues, amiguito, paciencia y tragar saliva.

WALTON

¿Qué rezas entre dientes?

TRASPUNTE

Si no rezo... Al contrario.

WALTON

Vete ya, o por mi vida...

TRASPUNTE

Ya me voy..., ya me voy...

(WALTON se deja caer en una silla, con despecho y enojo.)

Rabia, rabia, rabia...

(Haciendo muecas a WALTON sin que él lo vea. Vase.)

WALTON, oyendo los aplausos prodigados a YORICK, se afianza en sus descos de venganza. Descubre que EDMUNDO ha escrito una carta a ALICIA, y se propone hacerla llegar a manos del protagonista. No se olvide que el TRASPUNTE le ha dado el papel que ha de figurar la carta que debe entregar en la representación del drama nuevo.

ESCENA X

SHAKESPEARE y WALTON; a poco EL AUTOR y el TRASPUNTE.

SHAKESPEARE

Walton, esa carta no te pertenece.

WALTON

Ni a ti.

SHAKESPEARE

Su dueño me encarga que la recobre de tus manos.

WALTON

Pues mira cómo has de recobrarla.

SHAKESPEARE

¿Cómo?

*(Con ira, que al momento re-
prime.)*

Walton, los corazones fuertes y generosos no tienen sino lástima para la ajena desventura. Apiádate de Yorick; apiádate siquiera de Alicia. Sálvala, si aun está en lo posible. Su falta es menos grave de lo

que imaginas, y fácilmente se remedia. Destruyamos ese papel.

WALTON

Yorick me ha ofendido.

SHAKESPEARE

¿Te ha ofendido Yorick? Pues toma en hora buena satisfacción del agravio; pero tómalala noblemente, que no se restaura el honor cometiendo una villanía. Y si Alicia en nada te ofendió, ¿cómo quieres hacerla víctima de tu enojo? Herir con un mismo golpe al inocente y al culpado, obra es de la demencia o la barbarie. Ni aunque esa desdichada te hubiera causado algún mal podrías tomar de ella venganza, a menos de ser vil y cobarde. Se vengan los hombres de los hombres; de las mujeres, no.

WALTON

Pídemelo que quieras, Guillermo, con tal que no me pidas la carta.

SHAKESPEARE

Y a ti, miserable, ¿yo qué te puedo pedir? No pienses que ignoro la causa del odio que tienes a Yorick. No le odias porque te haya ofendido, le odias porque le envidias.

UN DRAMA NUEVO

WALTON

(Con violenta emoción.)

¡Cómo! ¿Qué osas decir?

SHAKESPEARE

Te he llamado vil y cobarde; eres otra cosa peor todavía: ¡eres envidioso!

WALTON

¿Envidioso yo? Ninguna otra injuria me dolería tanto como ésa.

SHAKESPEARE

Porque es la que mereces más. Sí; la envidia tiene tu alma entre sus garras: la envidia, que llora el bien ajeno y se deleita en el propio mal; la envidia, que fuera la desgracia más digna de lástima si no fuera el más repugnante de los vicios; la envidia, oprobio y rémora de la mente, lepra del corazón.

(Oyese otro aplauso.)

WALTON

El deber me llama.

(Estremeciéndose.)

Como tú has dicho a Yorick, el deber es antes que todo.

SHAKESPEARE

Le aplauden. ¡Oyelo! ¿Tiemblas de oírlo? No hay para un envidioso ruido tan áspero en el mundo como el del aplauso tributado a un rival.

(Sale EL AUTOR lleno de júbilo.)

EL AUTOR

¡Albricias!, ¡albricias! Ya es nuestro el público otra vez. No ha podido menos de aplaudir calurosamente al oír aquellos versos:

Con ansia el bien se espera que de lejos
nos envía sus plácidos reflejos;
mas no con ansia tanta
cual daño que de lejos nos espanta.

¡Cómo los ha dicho Yorick! ¡Qué gesto! ¡Qué entonación!

(Oyese otro aplauso.)

¡Otro aplauso, otro! ¡Admirable! ¡Divino!

(Palmoteando.)

WALTON

(Queriendo irse.)

Haré falta si no me dejas.

UN DRAMA NUEVO

SHAKESPEARE

(Poniéndose delante.)

Dame antes la carta.

EL AUTOR

Pero, señor, ¿qué tienen todos esta noche?

TRASPUNTE

(Al llegar.)

Vamos, que al momento salís.

WALTON

(A SHAKESPEARE.) ¿Lo ves?

(Al TRASPUNTE.) Anda, ya te sigo.

SHAKESPEARE

(Sujetándole con violencia.)

¡Quieto aquí!

AUTOR y TRASPUNTE

(Manifestando asombro.)

¿Eh?

SHAKESPEARE

Te la arrancaré con el alma si es preciso.

EL AUTOR

Shakespeare, ved lo que hacéis.

WALTON

(Tomando una resolución.)

¡Oh!

SHAKESPEARE

¿Qué?

EL AUTOR

(Mirando la comedia.)

No faltan más que cinco versos.

WALTON

El deber es más poderoso que mi voluntad. Tómala.

(Sacando una carta de un bolsillo del traje y dándosela a SHAKESPEARE.)

SHAKESPEARE

¡Al fin!...

(Tomando la carta con anhelo. WALTON se dirige corriendo hacia la derecha.)

UN DRAMA NUEVO

EL AUTOR

¡Corred!

(Siguiéndole.)

TRASPUNTE

Vedme aquí, gran señor.

(Apuntándole lo que ha de decir al salir a escena. Vanse WALTON, EL AUTOR y el TRASPUNTE.)

ESCENA XI

SHAKESPEARE

(Abre la carta con mano trémula.)

¡Una carta en blanco! ¡Ah!

(Dando un grito terrible.)

¡La que había de sacar a la escena!... ¡Y la otra!...
¡La otra!... ¡Fuego de Dios!

(Corre hacia la derecha, ciego de ira, y asómase a la puerta.)

¡Oh! ¡Ya está delante del público!

(Volviendo al proscenio.)

La serpiente ha engañado al león. ¡ Aplaste el león a la serpiente!

(Diríjese hacia la derecha, llevándose la mano a la espada. El blanco entre esta primera parte y la segunda ha de ser brevísimo, casi instantáneo.)

SEGUNDA PARTE

Magnífico salón en el palacio del conde Octavio. Mesa y sillón a la derecha. Una panoplia con armas a cada lado de la escena.

ESCEÑA UNICA

El conde Octavio (YORICK), Manfredo (EDMUNDO), Beatriz (ALICIA), Landolfo (WALTON), el apuntador, en la concha. Al final de la escena, SHAKESPEARE, EL AUTOR, EL TRASPUNTE y actores y empleados del teatro.

EL CONDE y LANDOLFO hablan el uno con el otro sin ser oídos de BEATRIZ y MANFREDO, que están al otro lado de la escena, y demuestran en su actitud y en la expresión de su semblante zozobra y dolor.

EL CONDE (YORICK)

¡ Ay, Landolfo! En tu ausencia
honda ansiedad mi pecho destrozaba;

UN DRAMA NUEVO

mayor afán me causa tu presencia.

Responde: ¿ese billete?...

Si está ya en tu poder, dilo y acaba.

LANDOLFO (WALTON)

Tomad.

(Dándole la carta de EDMUNDO.)

EL CONDE (YORICK)

¡Oh!

(Tomándola con viva emoción.)

LANDOLFO (WALTON)

¡Me vengué!

(Aparte.)

EL CONDE (YORICK)

Landolfo, vete.

(LANDOLFO hace una reverencia y se retira. Al llegar WALTON a la puerta de la izquierda detiense un momento y mira a YORICK con expresión de mala voluntad satisfecha.)

BEATRIZ (ALICIA)

¡Manfredo!

(En voz baja, con angustia.)

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Beatriz!

(Lo mismo.)

BEATRIZ (ALICIA)

¡Llegó el instante!

EL CONDE (YORICK)

Voy a saber al fin quién es tu amante.

(A BEATRIZ.)

¡Tiembale la esposa infiel; tiembale la ingrata
que el honor y la dicha me arrebató!
Fue vana tu cautela,
y aquí la prenda de tu culpa mira.

*(Abre la carta y se acerca a la
mesa, donde hay luces.)*

La sangre se me hiela...

(Sin atreverse a leer la carta.)

UN DRAMA NUEVO

¡Arda de nuevo en ira!
¡Ay del vil por quien ciega me envileces!

(Fija la vista en el papel y se estremece violentamente.)

¿Eh? ¿Cómo?

(Vencido de la sorpresa, olvídate de que estú representando, y dice lo que realmente le dicta su propia emoción, con el tono de la verdad. EDMUNDO y ALICIA le miran con profunda extrañeza.)

EL APUNTADOR

¡Oh! ¿Qué miro?

(Apuntándole en voz alta, creyendo que se ha equivocado, y dando golpes con la comedia en el tablado para llamarle la atención.)

YORICK

¿Qué es esto?

EL APUNTADOR

¡Oh! ¡Qué miro! ¡Jesús!

(Sacando la cabeza fuera de la concha y apuntándole en voz más alta.)

EL CONDE (YORICK)

¡Jesús mil veces!

(Dice estas palabras de la comedia como si fueran hijas de su propio dolor y verdadero asombro. Cae desplomado en el sillón que hay cerca de la mesa, cubriéndose el rostro con las manos. Pausa. Levántase YORICK muy despacio; mira a EDMUNDO y a ALICIA, luego al público, y quédase inmóvil sin saber que hacer, apoyado en la mesa.)

Aquí, no hay duda, la verdad se encierra.

(Declamando como de memoria, sin interesarse en lo que dice.)

Venid.

(A EDMUNDO y ALICIA, que se acercan a él llenos de turbación y miedo.)

Mirad.

(Mostrándoles la carta, y con nueva energía.)

MANFREDO (EDMUNDO) y BEATRIZ (ALICIA)

¡Oh!

(Dando un grito verdadero al ver la carta, y retrocediendo espantados.)

UN DRAMA NUEVO

EL CONDE (YORICK)

¡Tráguenos la tierra!

(Vuelve a caer en el sillón: contempla la carta breves instantes, y después como tomando una resolución desesperada, se levanta y va hacia EDMUNDO con ademán amenazador: antes de llegar a él, se detiene y mira al público, dando a entender la lucha de afectos que le acongoja. Dirige la vista a otra parte, repara en ALICIA, y corre también hacia ella; pero otra vez se detiene y vuelve al comedio del escenario, llevándose las manos alternativamente a la frente y al corazón, ALICIA y EDMUNDO le contemplan aterrados.)

EL APUNTADOR

¿Conque eres tú el villano?...

(En voz alta, y dando otra vez golpes en el tablado con la comedia.)

¿Conque eres tú el villano?...

(YORICK, cediendo a la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su indignación y cólera, hace suya la situación ficticia de la comedia, y dice a EDMUNDO como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento la ficción dramática queda convertida en viva realidad, y, tanto en YORICK como en ALICIA y EDMUNDO, se verán confundidos en una sola entidad el personaje de invención y la persona verdadera.)

EL CONDE (YORICK)

¿Conque eres tú el villano,
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame que se atreve
a desgarrar el pecho de un anciano?
¿Tú, desdichado huérfano, que abrigo
debiste un día a mi piadosa mano,
que al par hallaste en mí padre y amigo,
tú me arrebatas la adorada esposa?
¿Tú mancillas mi frente?
¿Ya con acción tan noble y generosa
logró admirar el hombre a la serpiente!
Y a fe que bien hiciste. ¡ Por Dios vivo!
Que este pago merece quien, iluso,
creyó deber mostrarse compasivo,
y en otro amor y confianza puso.

UN DRAMA NUEVO

No; que aun viéndome herido y humillado,
mi hidalga confianza no deploro.
¡Para el engañador, mengua y desdoro!
¡Respeto al engañado!

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Padre!... ¡Padre!

EL CONDE (YORICK)

¿No sueño? ¿Padre dijo?
¿Tu padre yo? Pues caiga despiadada
la maldición del padre sobre el hijo.

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Cielos! ¡Qué horror!

EL CONDE (YORICK)

Y a ti, desventurada,
¿qué te podré decir? Sin voz ni aliento,
el cuerpo inmóvil, fija la mirada,
parecieras tal vez de mármol frío
si no se oyese el golpear violento
con que tu corazón responde al mío.
¿Dónde la luz de que, en fatal momento,
vi a tus ojos hacer público alarde,
con mengua del lucero de la tarde?
¿Dónde la faz divina,
en que unidos mostraban sus colores

cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
ni sombra leve a distinguir se alcanza
en tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¡Cuánto afea el delito!
Te hallé ¡ay de mí! cuando anheloso y triste
pisaba los abrojos
que de la edad madura
cubren la áspera senda; y a mis ojos
como rayo de sol apareciste
que súbito fulgura,
dando risueña luz a nube oscura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
cual se adora a los ángeles del cielo,
con toda el alma te adoré rendido.
¿Quién dijera que tanta lozanía
era engañoso velo
de un corazón podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
el tenebroso abismo de tu pecho;
ya sé que eres traidora cuanto bella;
ya sé que está mi honor pedazos hecho;
ya sé que debo odiarte; sólo ignoro
si te odio ya, cual debo, o si aun te adoro.
¡Ay de ti, que el amor desesperado
jamás ha perdonado!

(Asiéndola de una mano.)

Y si no quieres que el furor me venza

y que te haga morir hierro inclemente,
mírame frente a frente,
y muere de vergüenza.

(Haciéndola caer al suelo de rodillas.)

BEATRIZ (ALICIA)

¡Piedad!

EL CONDE (YORICK)

En vano gemirás sumisa.
Piedad no aguardes.

MANFREDO (EDMUNDO)

Ella la merece.

EL CONDE (YORICK)

¡Ni ella ni tú!

BEATRIZ (ALICIA)

Mi vida os pertenece:
género es de piedad matar de prisa.

MANFREDO (EDMUNDO)

Yo solo os ofendí: sobre mí solo
descargad vuestra furia.

EL CONDE (YORICK)

De ambos fué la maldad y el torpe dolo;
ambos me daréis cuenta de la injuria.

MANFREDO (EDMUNDO)

¿Ella también? ¿Capaz de asesinarla
vuestra mano será?

EL CONDE (YORICK)

Pues di, insensato,
en pena a la traición porque la mato,
¿qué menos que matarla?

BEATRIZ (ALICIA)

Venga y dé fin la muerte a mi zozobra.
Si falta la virtud, la vida sobra.
Pero mi honor mi sangre os restituya;
mi sangre nada más lave la afrenta.

EL CONDE (YORICK)

¿Con tal que él viva morirás contenta?
Tu sangre correrá; también la suya,
¡Y la suya primero!

(Toma dos espadas de una panoplia.)

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Noche fatal!

UN DRAMA NUEVO

BEATRIZ (ALICIA)

¡Qué horror!

EL CONDE (YORICK)

Elige acero.

(Presentándole espadas.)

MANFREDO (EDMUNDO)

Si, y en mi pecho clávese mi espada.

(Tomando precipitadamente una espada y volviendo la punta contra su pecho.)

EL CONDE (YORICK)

Y la mía en el pecho de tu amada.

(Yendo a su mujer como para hendirle.)

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Oh!

(Corriendo a ponerse delante de BEATRIZ.)

EL CONDE (YORICK)

Defiéndela al menos. Considera que la amenaza mano vengativa.

BEATRIZ (ALICIA)

Deja, por compasión, deja que muera.

MANFREDO (EDMUNDO)

(Con fuego, dejándose llevar de su amor.)

Tú no puedes morir mientras yo viva.

EL CONDE (YORICK)

¿Conque ya a defenderla, decidido, conmigo reñirás?

(Acercándose mucho a él y con hablar precipitado.)

MANFREDO (EDMUNDO)

Sí.

EL CONDE (YORICK)

¿Cómo fuerte?

¿Quién eres y quién soy dando al olvido?

MANFREDO (EDMUNDO)

Sí.

EL CONDE (YORICK)

¿Y que en la lid procurarás mi muerte?

UN DRAMA NUEVO

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Sí, por Dios!

EL CONDE (YORICK)

¡Ay, que el cielo me debía
tras de tanto dolor, tanta alegría!

BEATRIZ (ALICIA)

Repara.

MANFREDO (EDMUNDO)

(Rechasándola.)

¡En nada!

BEATRIZ (ALICIA)

Advierte...

MANFREDO (EDMUNDO)

(Fuera de sí.)

¡Ese hombre es tu enemigo!

BEATRIZ (ALICIA)

¡Dios eterno!

EL CONDE (YORICK)

¡Soltemos, pues, la rienda a nuestra saña!

MANFREDO (EDMUNDO)

El crimen pide crímenes. ¡Infierno,
digna es de ti la hazaña!

(YORICK y EDMUNDO riñen encar-
nicadamente.)

BEATRIZ (ALICIA)

(Sujetando a EDMUNDO.)

¡Tened!

MANFREDO (EDMUNDO)

Déjame.

BEATRIZ (ALICIA)

Tente.

EL CONDE (YORICK)

Por culpa tuya perderá su brío.

BEATRIZ (ALICIA)

(Pasando al lado de YORICK y su-
jetándole.)

Oídme vos entonces: sed clemente.

UN DRAMA NUEVO

EL CONDE (YORICK)

¿Le ayudas contra mí?

BEATRIZ (ALICIA)

(Separándose horrorizada del Conde.)

¡Destino impío!

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Cielos!

(Sintiéndose herido. Suelta la espada y cae al suelo desplomado.)

EL CONDE (YORICK)

(A ALICIA, señalando a EDMUNDO con la espada.)

Mira.

BEATRIZ (ALICIA)

¡Jesús!

MANFREDO (EDMUNDO)

¡Perdón, Dios mío!

(Expira. ALICIA corre adonde está EDMUNDO; inclínase hacia él, y, después de tocarle, da un grito y se levanta despavorida.)

ALICIA

¡Sangre!... ¡Edmundo!... ¡Sangre!... ¡Le ha matado!... ¡Favor!...

YORICK

¡Calla!

ALICIA

Shakespeare... Shakespeare.

(A voz en grito, corriendo por la escena.)

¡Le ha matado!... ¡Favor!... ¡Socorro!...

YORICK

(Siguiéndola.)

¡Calla!

SHAKESPEARE

(Saliendo por la izquierda. Acércase a EDMUNDO, y le mira y le toca. EL ACTOR, el TRASPUNTE y todos los actores y empleados del teatro salen también por diversos lados, con expresión de asombro van hacia donde está EDMUNDO; al verle dan un grito de horror, y todos se apiñan en torno suyo, cuáles inclinándose, cuáles permaneciendo de pie.)

UN DRAMA NUEVO

ALICIA

Matadme a mí ahora.

YORICK

*(Sujetándola y poniéndole una
mano en la boca.)*

¡Calla!

ALICIA

¡Le amaba!

*(SHAKESPEARE sale de entre los
que rodean a EDMUNDO y se
adelanta hacia el proscenio.)*

YORICK

¡Silencio!

ALICIA

¡Edmundo! ¡Edmundo!

(Con brusca sacudida logra desasirse de YORICK; corre luego hacia EDMUNDO y cae junto a él, YORICK la sigue, y estos tres personajes quedan ocultos a la vista del público por los que rodean el cadáver.)

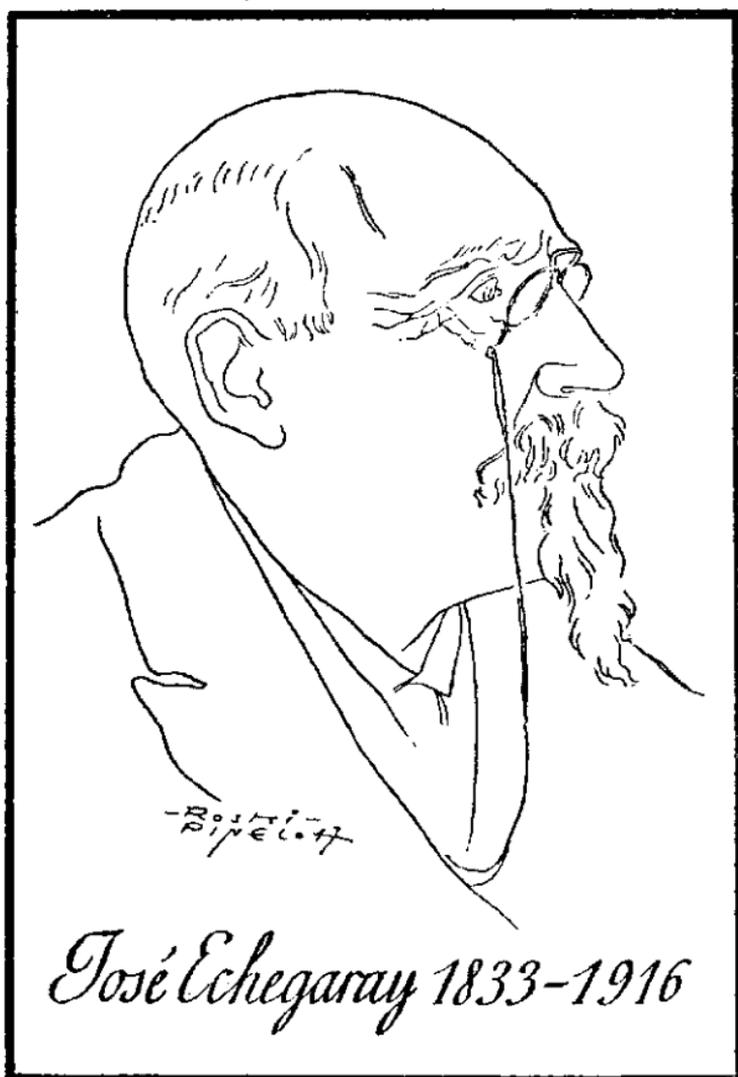
SHAKESPEARE

(Dirigiéndose al público y hablando como falto de aliento y muy conmovido.)

Señores, ya lo veis. No puede terminarse el drama que se estaba representando. Yorick, ofuscada su razón por el entusiasmo, ha herido realmente al actor que hacía el papel de Manfredo. Ni es ésta la única desgracia que el cielo nos envía. También ha dejado de existir el famoso cómico Walton. Acaban de encontrarle en la calle con el pecho atravesado de una estocada. Tenía en la diestra un acero. Su enemigo ha debido matarle riñendo cara a cara con él. Rogad por los muertos. ¡Ay, rogad también por los matadores!

FIN DEL DRAMA

EL GRAN GALEOTO



JOSÉ ECHEGARAY E IZAGUIRRE

El teatro de este escritor suscitó críticas acerbas y al mismo tiempo aplausos extraordinarios. Discutido desde el primer momento, se acentuaron las discusiones en los últimos años de su larga vida. Por habersele concedido el premio Nóbel, se organizó un homenaje, al que se sumaron multitud de escritores y, desde luego, la gran masa popular. En aquella ocasión escribió Ferrari:

Hay quien hereda, él conquista;
hay quien reina, él avasalla.
La crítica, absorta, calla,
aherrojada por su mano;
discutir sería en vano
su independencia salvaje;
¿quién discute... el oleaje
que levanta el océano?

Toda la discusión se comprende si se recuerda que comenzó a escribir para el teatro cuando ya había conseguido una formación científica y un prestigio social por sus cargos políticos. Echegaray asimiló sus abundantes lecturas y produjo un arte calculado. El mismo decía lo que en 1905 recordó don Segismundo Moret con ocasión del ya citado homenaje: "El público es la

pedra de toque. El es quien ha de decidir del efecto de su concepción dramática. El conflicto debe crear la vibración estética; si no la produce, la obra ha sido deficiente. Si responde a ella, y más aún si excede la medida prevista por el autor, éste ha logrado su efecto."

No se olvide que, en los años juveniles, habían excitado la sensibilidad de Echegaray los resortes dramáticos de Tamayo y Baus, cuya obra *Lances de honor* fué comentada en los *Recuerdos* por el nuevo dramaturgo. Y debe pensarse que el realismo de López de Ayala y Tamayo constituían una reacción contra el romanticismo.

El P. Blanco García señala como decisiva la influencia de Víctor Hugo; pero está probado que las lecturas de Echegaray recorrieron la variada gama que forman autores como Espronceda, Hartzenbusch, Zorrilla, Balzac, Sué, Dumas; y en los últimos años, Ibsen, Bjoer-son, Strimberg, Sudermann, Hartmann y otros dramaturgos del norte de Europa. Y esta múltiple orientación produjo en él un neo-romanticismo que en ocasiones prefirió ser realismo con tendencia a la sátira.

Y siempre empleó el mismo procedimiento, expresado en el conocido soneto:

Escojo una *pasión*, tomo una *idea*,
un *problema*, un *carácter*... y lo infundo
cual densa dinamita, en lo profundo
de un *personaje* que mi mente crea.

La *trama* al *personaje* le rodea
de unos cuantos *muñecos*, que en el mundo,
o se revuelcan en el cieno inmundo,
o se calientan a la luz febea.

La mecha enciendo: el fuego se propaga;
el cartucho revienta sin remedio,
y el *actor principal* es quien lo paga.

Aunque a veces también en este asedio
que al Arte pongo y que al instinto halaga,
me coge la explosión de medio a medio.

La doble personalidad de Echegaray como literato y como científico se armonizan para resolver en un *arte calculado* y en una ciencia vulgarizadora. Lo cual no impide que produzca también ciencia pura y fundamental y arte en el que se sobrepone la sensibilidad al cálculo.

Con ocasión del centenario del nacimiento de Echegaray, decían los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero: "Fué perseguido por muchos críticos, es cierto; por los que le pedían lo que no podía darles: realismo, ponderación, equilibrio, armonía; lo que más pugnaba con su temperamento libre y romántico, que creaba en la abundancia y el desorden." Y después de mencionar ejemplos de flexible y adecuado bien decir, añadían: "No es esto desconocer ni negar —fuera pueril e injusto— que haya en sus obras descuidos o defecto formales, sobre todo en las escritas en verso. Prosaísmos, frases torpes o de dudoso gusto, ripios... Pero en cuanto a estos últimos, que tan reiterada y ahincadamente se le echan en cara, conviene advertir que todas las épocas disfrutan de sus *ripios característicos*, y los de Echegaray fueron ripios de la suya."

* * *

Nacido en Madrid el 19 de abril de 1832, pasó a Murcia, en cuyo Instituto cursó los estudios del Bachillerato. Estudió en Madrid la carrera de ingeniero, siendo número uno de su promoción. Pasó a Almería, donde, con gran desconsuelo, se vió encargado de la conservación de una carretera de cinco kilómetros y de vigilar la monótona prolongación de un muelle de escollera. ¡Todas sus ilusiones de estudio quedaron reducidas a tan pequeña actividad!

Trasladado a Valladolid, no pudo desplegar más positivamente sus conocimientos que en Almería; pero

pronto se vió en mejores coyunturas, pues fué reclamado a la Escuela de Ingenieros como profesor de Matemáticas.

Entonces escribió los *Problemas de Geometría, Determinantes, Teorías modernas de la Geometría, Cálculo de variaciones, Termodinámica, Teoría matemática de la luz* y otros trabajos publicados por la *Revista de Obras Públicas* o por la Academia de Ciencias, en la que ingresó el día 11 de marzo de 1866, motivando su discurso de recepción algunas discusiones.

Nombrado director de Obras Públicas en 1868 y ministro poco después, a él se debe la creación del Banco de España, constituyendo verdadera paradoja que tal hiciera quien propugnaba vehementemente la política librecambista. En 1905 volvió a ser ministro de Hacienda, pero fué episodio de su vida ahogado por la actividad que en aquel entonces le absorbía por completo. Además, hubo de encargarse de la cátedra de Física matemática que se le confió en la Universidad Central.

En 1916 falleció, constituyendo su entierro una magna manifestación de duelo en la que se aunaron los elementos oficiales y la multitud.

* * *

En 1874, y con el seudónimo de Jorge Hayaseca, estrenó su primera obra dramática, titulada *El libro talonario*. Entre la abundante producción se cuentan dramas como *O locura o santidad, Conflicto entre dos deberes, En el seno de la muerte, Vida alegre y muerte triste, En el puño de la espada, Mariana*, que alcanzó el premio Cortina; *La duda, El estigma, Mancha que limpia, A fuerza de arrastrarse, El hijo de don Juan, El loco Dios*, etc., etc.

Descuella entre todas *El Gran Galcoto*, que en nuestros días ha sido representado en el teatro Fontalba,

uniéndose para este fin los actores Enrique Borrás y Rafael Rivelles. Con ocasión del homenaje nacional hubo una extraordinaria representación de esta obra en el teatro Español, con la intervención de María Guerrero, Borrás, Fernando y Mariano Díaz de Mendoza, Thuiller y Carsí.

La popularidad y éxito que encarnó esta obra queda demostrada por las circunstancias que revistió su estreno en Valencia en 1881. "Llegaron dos compañías; una al teatro Principal, en la que figuraba Antonio Vico, Emilio Mario y Elisa Mendoza Tenorio, y la otra al teatro de la Princesa, con Rafael Calvo, su hermano Ricardo, Donato Jiménez y Luisa G. Calderón.

"Planteóse inmediatamente el conflicto de cuál de las dos compañías había de estrenar *El Gran Galcoto*. Una y otra hicieron gestiones para obtener la preferencia, y como la cosa no se resolvía, tuvo que intervenir el gobernador civil, quien, a la vista de los antecedentes, concedió la supremacía a la compañía del Principal, la cual pudo anticiparse un día a la representación de la misma obra en la Princesa. Calvo, entonces, recabó la asistencia a las funciones de su teatro de don José Echegaray, quien fué muy ovacionado al salir al palco escénico, recibiendo, además del aplauso, dos coronas de flores, una del Círculo Recreativo y la otra de un Casino republicano, a cuyo partido pertenecía el dramaturgo, pues fué ministro de la primera República. Terminada la representación obsequiáronle con una serenata por la banda de música de Bomberos a la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, como entonces se llamaba la que hoy se denomina Hotel Imperio, de la plaza de Canalejas, y en la cual se hospedaba."

La obra de Echegaray tuvo en Valencia un éxito completo, como ha recordado don Teodoro Llorente Falcó, cuyas son las palabras que hemos citado.

EL GRAN GALEOTO

Drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo
en prosa, por José Echegaray.

D I A L O G O

JULIÁN

¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la
inspiración y el drama a mi buen Ernesto?

ERNESTO

Consiste en que, al imaginarlo, yo creí que la idea
del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestir-
la con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa
extraña, difícil, antidramática, imposible.

JULIÁN

Pero ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, dime algo, que ya voy entrando en curiosidad.

(Sentándose en el sofá.)

ERNESTO

Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe, el que la devora y la goza, no puede salir a escena.

JULIÁN

¿Tan feo es? ¿Tan repugnante o tan malo?

ERNESTO

No es eso. Feo, como cualquiera: como usted o como yo. Malo, tampoco: ni malo ni bueno. Repugnante, no en verdad: no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida estoy, que tal cosa afirme o que tamaña injusticia cometa.

JULIÁN

Pues entonces, ¿cuál es la causa?

ERNESTO

Don Julián: la causa es que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.

JULIÁN

¡Virgen Santísima, y qué cosas dices! ¿Es drama mitológico por ventura, y aparecen los titanes?

ERNESTO

Titanes son, pero a la moderna.

JULIÁN

¿En suma?

ERNESTO

En suma: ese personaje es... ¡"todo el mundo", que es una buena suma!

JULIÁN

"¡Todo el mundo!" Pues tienes razón: todo el mundo no cabe en el teatro; he ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.

ERNESTO

Pues ya ve usted cómo yo estaba en lo cierto.

JULIÁN

No completamente. "Todo el mundo" puede condensarse en unos cuantos tipos o caracteres. Yo no entiendo de estas materias; pero tengo oído que esto han hecho los maestros más de una vez.

ERNESTO

Sí: pero en mi caso, es decir, en mi drama, no puede hacerse.

JULIÁN

¿Por qué?

ERNESTO

Por muchas razones que fuera largo el explicar, y, sobre todo, a estas horas.

JULIÁN

No importa: vengan algunas de ellas.

ERNESTO

Mire usted: cada individuo de esa masa total, cada cabeza de ese monstruo de cien mil cabezas, de ese titán del siglo que yo llamo "todo el mundo", toma parte en mi drama un instante brevisimo, pronuncia una palabra no más, dirige una sola mirada, quizá toda su acción en la fábula es una sonrisa; aparece un punto y luego se aleja; obra sin pasión, sin saña, sin maldad, indiferente y distraído; por distracción muchas veces.

JULIÁN

¿Y qué?

ERNESTO

Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de todas esas pequeñas murmuraciones y de todas esas pequeñísimas maldades: de todos esos que pudiéramos llamar rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosión, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos o personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento: unos cuantos tipos en escena, repulsivos y malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta, además, el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad iníame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar que ni aun las acciones más insignificantes son insignificantes ni perdidas para el bien o para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna pueden llegar a producir inmensos efectos.

JULIÁN

Mira: no sigas, no sigas; todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos, otra cosa sería.

ERNESTO

¡Oh, no: usted tiene buen sentido, que es lo principal!

JULIÁN

Gracias, Ernesto, eres muy amable.

ERNESTO

Pero ¿está usted convencido?

JULIÁN

No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.

ERNESTO

¡Si fuera eso sólo!

JULIÁN

¿Hay más?

ERNESTO

Ya lo creo. Dígame usted, ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?

JULIÁN

Hombre, yo no sé a punto fijo qué es eso que tú llamas "resorte dramático"; pero yo lo que te digo

EL GRAN GALEOTO

es que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo amores desgraciados, que para amores felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.

ERNESTO

Bueno, magnífico; pues en mi drama casi, casi no puede haber amores.

JULIÁN

Malo, pésimo digo yo. Oye: no sé lo que es tu drama, pero sospecho que no va a interesar a nadie.

ERNESTO

Ya se lo dije yo a usted. Sin embargo, amores pueden ponerse, y hasta celos.

JULIÁN

Pues por eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situación de efecto...

ERNESTO

No, señor; eso sí que no; todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... Como que el drama no puede brotar a lo exterior. El drama va por dentro de los personajes; avanza lentamente; se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazón, mina la voluntad poco a poco.

JULIÁN

Pero todo eso, ¿en qué se conoce? Esos estragos interiores, ¿qué manifestación tienen? ¿Quién se los cuenta al espectador? ¿Dónde los ve? ¿Hemos de estar toda la noche a caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta? Pero, hijo, ¿eso no es divertirse! ; Para meterse en tales profundidades se estudia filosofía!

ERNESTO

Nada; repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.

JULIÁN

No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y... ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luego venga la catástrofe con bríos... y que la explosión... ¿eh?

ERNESTO

¡Catástrofe... explosión!... Casi, casi, cuando cae el telón.

JULIÁN

Es decir, ¿que el drama empieza cuando el drama acaba?

ERNESTO

Estoy por decir que sí, aunque ya procuraré ponerle un poquito de calor.

JULIÁN

Mira: lo que has de hacer es escribir "ese segundo drama", ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, según tus noticias, no vale la pena y ha de darte muchas.

ERNESTO

De eso estaba yo convencido.

JULIÁN

Y ahora lo estamos los dos; tal maña te has dado y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?

ERNESTO

¡Título!... ¿Pues esa es otra!... Que no puedo tener título.

JULIÁN

¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...

ERNESTO

No, señor; a no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.

JULIÁN

Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué; soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.

ERNESTO

¿Soñando?... Sí. ¿Desatinos?... Tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.

JULIÁN

Es que para acertar en este caso no se necesita de gran penetración. Un drama en que el principal personaje no sale, en que no sucede nada que no suceda todos los días, que empieza al caer el telón en el último acto y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo diga, ni cómo es drama.

ERNESTO

¡Ah!... Pues drama es. Todo consiste en darle forma y en que no sé dársela.

JULIÁN

¿Quieres seguir mi consejo?

ERNESTO

¿Su consejo de usted?... ¿De usted, mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julián!

JULIÁN

Vamos, vamos, Ernesto; no hagamos aquí un drama sentimental a falta del tuyo que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.

ERNESTO

Y yo decía que sí.

JULIÁN

Pues déjate de dramas; acuéstate, descansa, vente a cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices, con lo cual te excusas de matar un par de personajes de tu obra, y quizá que el público haga contigo otro tanto, y a fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERNESTO

Eso sí que no. El drama lo escribiré.

JULIÁN

Pero desdichado, tú lo concebiste en pecado mortal.

ERNESTO

No sé cómo, pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

JULIÁN

Pero ¿no puedes buscar otro argumento?

ERNESTO

Pero ¿y esta idea?

JULIÁN

Mándala al diablo.

ERNESTO

¡Ah, don Julián! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama; pero éste, este maldito de la cuestión no lo dejará sitio hasta que no brote al mundo.

JULIÁN

Pues nada... que Dios te dé feliz ahumbramiento

ERNESTO

Allí está el problema, como dice Hamlet.

JULIÁN

*(En voz baja y con misterio có-
mico.)*

¿Y no podrías echarlo a la inclusa literaria de las obras anónimas?

EL GRAN GALEOTO

ERNESTO

¡Ah, don Julián! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos o malos, son legítimos: llevarán mi nombre.

JULIÁN

(Preparándose a salir.)

No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERNESTO

Eso quisiera yo. No está escrito por desgracia; pero no importa: si yo no lo escribo, otro lo escribirá.

JULIÁN

Pues a la obra; y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

ESCENA III

ERNESTO, DON JULIÁN, TEODORA.

TEODORA

(Desde fuera.)

¡Julián!... ¡Julián!

JULIÁN

Es Teodora.

TEODORA

¿Estás aquí, Julián?

JULIÁN

(Asomándose a la puerta.)

Sí; aquí estoy; entra.

TEODORA

(Entrando.)

Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO

Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEODORA

Como siempre. Y usted, ¿ha trabajado mucho?

ERNESTO

Como siempre: nada.

TEODORA

Pues para eso, mejor le hubiera sido acompañarnos.
Todas mis amigas me han preguntado por usted.

EL GRAN GALEOTO

ERNESTO

Está visto que "todo el mundo" se interesa por mí.

JULIÁN

¡Ya lo creo!... Como que de "todo el mundo" vas a hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEODORA

(Con curiosidad.)

¿Un drama?

JULIÁN

¡Silencio!... Es un misterio... No preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni acción, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERNESTO

¡Adiós, don Julián!

TEODORA

Hasta mañana.

ERNESTO

Buenas noches.

TEODORA

(A DON JULIÁN.)

¡Qué preocupada está Mercedes!

JULIÁN

Y Severo hecho una furia.

TEODORA

¿Por qué sería?

JULIÁN

¡Qué sé yo! En cambio, Pepito, alegre por ambos.

TEODORA

Ese siempre. Y hablando mal de todos.

JULIÁN

Personaje para el drama de Ernesto.

(Salen TEODORA y DON JULIÁN por
la derecha.)

ESCENA IV

ERNESTO

ERNESTO

Diga lo que diga don Julián, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo...; adelante.

(Se levanta y se pasca agitadamente. Después se acerca al balcón.)

Noche, protégeme, que en tu negrura, mejor que en el manto azul del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración. Alzad vuestros techos, casas mil de la heroica villa, que, por un poeta de necesidad suma, no habéis de hacer menos que por aquel diablillo cojuelo que traviesamente os descape. ruzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen a mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que a Julián y a Teodora preguntaron por mí. Y como de rayos dispersos de luz por diáfano cristal recogidos se hacen grandes focos, y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra

los montes, y de gotas de agua los mares, así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejáis dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje también en mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia lente que traiga al foco luces y sombras para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y díome en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala osadía escribir en un libro y pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, ¡válganme vuestros amores!

(Sentándose a la mesa y preparándose a escribir.)

¡Al drama!... ¡El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título.

(Escribiendo.)

EL GRAN GALEOTO.

(Escribiendo febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO

ACTO PRIMERO

ESCENA V

TEODORA, MERCEDES y ERNESTO.

Las dos mujeres se sientan en el sofá, ERNESTO en pie.

(A ERNESTO.)

MERCEDES. Hoy no nos ha visto usted.

ERNESTO. No.

MERCEDES. Ni tampoco a Pepito.

ERNESTO. No, señora.

MERCEDES. Está solito
allá arriba.

ERNESTO. (*Aparte.*) (Que lo esté.)

MERCEDES. (*A TEODORA, con seriedad y misterio.*)
Yo quisiera que se fuese,
porque he de hablarte...

TEODORA. ¿Tú?

(Lo mismo que antes.)

MERCEDES. Sí.

De asuntos graves.

TEODORA. Pues di.

MERCEDES. Como no se marche ése...

TEODORA. No te comprendo.

(Todo en voz baja.)

MERCEDES. ¡Valor!

(Le coge de la mano y se la estrecha afectuosamente. TEODORA la mira con asombro sin comprender nada.)

Haz porque nos deje presto.

TEODORA. Si tú te empeñas...

(En voz alta.) Ernesto...

Si me hiciera usted un favor...

ERNESTO. Con mil amores.

MERCEDES. *(Aparte.)* *(Con uno,*
y sobra.)

TEODORA. Pues... suba usted...

y a Pepito... vamos... que...

Pero acaso le importuno
con este encargo.

ERNESTO. *(Aparte.)* No tal.

MERCEDES. ¡Con qué dulzura y qué tono!

- TEODORA. Que... si renovó el abono
de nuestro palco del Real,
como le dije; ya sabe.
- ERNESTO. Con mucho gusto; al momento.
- TEODORA. Gracias, Ernesto; yo siento...
- ERNESTO. ¡Por Dios! (*Dirigiéndose al fondo.*)
- TEODORA. ¡Adiós!

(Sale ERNESTO por el foro.)

ESCENA VI

TEODORA y MERCEDES.

- TEODORA. ¡Cosa grave!
¡Alarmada estoy, Mercedes!
Ese tono... ese misterio...
¿Se trata?...
- MERCEDES. De algo muy serio.
- TEODORA. ¿Pero de quién?
- MERCEDES. Pues de ustedes.
- TEODORA. ¿De nosotros?
- MERCEDES. De Julián,
de Ernesto y de ti. Ya ves.
- TEODORA. ¿De los tres?
- MERCEDES. Sí; de los tres.

(TEODORA contempla con asom-
bro a MERCEDES. Pequeña
pausa.)

TEODORA. Pues di pronto.

MERCEDES. (*Aparte.*) (¡ Ganas dan!...

Pero no; cierro la mano,
que es el asunto escabroso.)

(*En voz alta.*)

Mira, Teodora: mi esposo
al fin del tuyo es hermano,
y de una familia todos
venimos a ser; de suerte,
que en la vida y en la muerte,
por estos o aquellos modos,
nos debemos protección,
y ayuda, y consejo... Es claro:
hoy, yo te brindo mi amparo,
y mañana, en la ocasión,
sin sonrojos en la tez,
acudimos al de ustedes.

TEODORA. Y cuenta con él, Mercedes.

Pero acaba de una vez.

MERCEDES. Hasta hoy no he querido dar,
Teodora, este paso; pero

hoy ya me dijo Severo:

"De aquí no puede pasar;

"que de mi hermano el honor,

"cual mi propio honor estimo,

"y al ver ciertas cosas, gimo

"de vergüenza y de dolor.

"Siempre indirectas oyendo,

"siempre sonrisas mirando,

EL GRAN GALEOTO

"siempre los ojos bajando
"y de las gentes huyendo.
"En ésta, de infamias lid,
"es necesario acabar,
"que no puedo tolerar
"lo que se dice en Madrid."

TEODORA. ¡Sigue, sigue!

MERCEDES. Pues escucha.

(Pausa. MERCEDES mira fijamente a TEODORA.)

TEODORA. Vamos, ¿qué dicen, Dios mío?

MERCEDES. Mira: cuando suena el río,
agua lleva, poca o mucha.

TEODORA. ¡No sé si suena o no suena!
¡Si agua lleva, mucha o poca!
¡Sólo sé que ya estoy loca!

(Aparte.)

MERCEDES. ¡Pobre niña! ¡Me da pena!

[Alto.]

Pero, en fin, ¿no has comprendido?

TEODORA. ¿Yo? No.

MERCEDES. (Torpeza es también.)

(En voz alta y con energía.)

¡Está en ridículo!

¿Por qué he de entenderte yo,
si esa historia no es la mía?

MERCEDES. Es la historia de un infame,
y es la historia de una dama...

TEODORA. ¿Y ella se llama?...

(Con ansia.)

MERCEDES. Se llama...

TEODORA. ¿Qué importa cómo se llame?...

(Conteniéndola.)

(TEODORA se separa de MERCEDES sin levantarse del sofá. MERCEDES se le acerca a medida que habla. Este doble movimiento de repugnancia y alejamiento de TEODORA, de protección e insistencia en MERCEDES, muy marcado.)

MERCEDES. El hombre es ruin y traidor,
y exige de la mujer,
por una hora de placer,
una vida de dolor.
La deshonra del esposo,
de la familia la ruina,
y la frente que se inclina
bajo sello vergonzoso;
como social penitencia
el desprecio en los demás,

¡y Dios que castiga aún más
con la voz de la conciencia!

(Ya están al otro extremo del sofá, TEODORA huye del contacto de MERCEDES, inclina hacia atrás el cuerpo y se cubre el rostro con las manos: al fin ha comprendido.)

Ven a mis brazos, Teodora...

(Aparte.)

(¡Pobrecilla, me enternece!)
Ese hombre no te merece.

TEODORA. Pero ¿adónde va, señora,
con ese arrebato ciego?
¡Si no es miedo, ni es espanto;
si no hay en mis ojos llanto;
si en mis ojos sólo hay fuego!
¿A quién oyó lo que oí?
¿Quién es ese hombre? ¡Será!...
¿El acaso?

MERCEDES. Ernesto.

TEODORA. ¡Ah!...

(Pausa.)

La mujer, yo; ¿no es así?

*(Señal afirmativa de MERCEDES,
TEODORA se levanta.)*

Pues escucha, aunque te irrites ;
cuál es más vil no sé yo,
si el mundo que lo inventó
o tú que me lo repites.
; Maldito el labio mundano
que dió forma a tal idea,
y maldito quien lo crea
por imbécil o villano !
; Tan maldita y tan fatal,
que sólo por no arrancarla
de mi memoria y llevarla
en ella, soy criminal !
; Jesús, nunca lo pensé ;
Jesús, nunca lo creí ;
tan desgraciado le vi
que como a hermano le amé !
Julián fué su providencia...
y él es noble y caballero...

(Deteniéndose, observando a MERCEDES y volviendo el rostro.)

(; Cómo me mira !... No quiero
alabarle en su presencia.
; De modo que ya, Dios mío,
he de fingir !)

(Acongojándose visiblemente.)

MERCEDES.

Vamos, calma.

TEODORA. ¡Qué angustia siento en el alma...

(En voz alta.)

qué desconsuelo... y qué frío!
¡Por la pública opinión
de esta manera manchada!...
¡Ay mi madre!... ¡Madre amada!...
¡Ay, Julián del corazón!

(Cae sollozando en el sillón de la izquierda. MERCEDES procura consolarla.)

MERCEDES. Yo no presumí... perdona...
No llores... Si no creía
nada serio... ¡Si sabía
que tu pasado te abona!
Pero siendo el caso así,
has de confesar también
que de cada ciento, cien,
de tu Julián y de ti,
dirán con justo rigor,
que fuisteis harto imprudentes
dando ocasión a las gentes
a pensar en lo peor.
Tú, joven de veinte abriles,
Julián, en su cuarentena,
y Ernesto la mente llena
de fantásticos perfiles...
En sus asuntos tu esposo;

el otro en sus fantasías,
más ocasiones que días,
y tu pensamiento ocioso...
La gente que os ve en paseo,
la gente que os ve en el Real...
mal hizo en pensar tan mal;
pero, Teodora, yo creo
que en justicia y en razón,
en todo lo que ha pasado,
el mundo puso el pecado
y vosotros la ocasión.
La moderna sociedad,
permíteme que te diga
que la culpa que castiga
con más saña y más crueldad,
y en forma más rica y varia,
en la mujer y en el hombre,
es, Teodora, y no te asombre,
“la imprudencia temeraria”.

TEODORA. (*Volviéndose a MERCEDES. pero sin atender a su parlamento.*)

¿Y dices que Julián?...

MERCEDES. ¡Sí!

Es la mofa de la corte.
Y tú...

TEODORA. De mí... no te importe.
¡Pero Julián!... ¡ay de mí!
¡tan bueno! ¡tan caballero!
cuando sepa...

MERCEDES. Lo sabrá,
porque ahora mismo estará
hablando con él Severo.

TEODORA. ¡Qué dices!

(Desde dentro.)

JULIÁN. ¡Basta!

TEODORA. ¡Dios mío!

JULIÁN. ¡Que me dejes!

TEODORA. ¡Ay de mí!

Vámonos pronto de aquí...

MERCEDES. ¡Sí, pronto, que es desvarío!...

(Después de asomarse a la primera puerta de la derecha.)

(TEODORA y MERCEDES se dirigen hacia la izquierda.)

(Deteniéndose.)

TEODORA. Pero ¿por qué?... ¡No parece
sino que yo soy culpable!
¡La calumnia miserable
no mancha sólo, envilece!
¡Es engendro tan maldito
que, contra toda evidencia,
se nos mete en la conciencia
con el sabor del delito!

¿Por qué de un necio terror
me oprimen los ruines lazos?

*(En este momento aparecen a la
puerta de la derecha, primer
término, DON JULIÁN y detrás
DON SEVERO.)*

¡Julián!

JULIÁN,

¡Teodora!

*(Corre a él, que la oprime apasio-
nadamente contra su pecho.)*

¡En mis brazos!

Este es tu puesto de honor.

ESCENA VII

TEODORA, MERCEDES, JULIÁN y SEVERO.

*El orden de los personajes, de izquierda a derecha, es el si-
guiente: MERCEDES, TEODORA, JULIÁN, SEVERO, TEODORA y
JULIÁN formando un grupo: ella en los brazos de él.*

JULIÁN. Pase por primera vez,
y ¡vive Dios! que es pasar,
pero quien vuelva a manchar
con lágrimas esta tez,

(Señalando a TEODORA.)

yo juro, y no juro en vano,

que no pasa, si tal pasa,
los umbrales de esta casa,
ni aun siendo mi propio hermano.

(Pausa. JULIÁN acaricia y consue-
la a TEODORA.)

SEVERO. Repetí lo que la gente
murmura de ti, Julián.
JULIÁN. Infamias.
SEVERO. Pues lo serán.
JULIÁN. Lo son.
SEVERO. Pues deja que cuente
lo que todo el mundo sabe.
JULIÁN. ¡Vilezas, mentira, lodo!
SEVERO. Pues repetirlo...
JULIÁN. No es modo
ni manera de que acabe.

(Pausa pequeña.)

SEVERO. No tienes razón.
JULIÁN. Razón
y de sobra. Fuera bueno
que me trajeses el cieno
de la calle a mi salón.
SEVERO. ¡Pues será!
JULIÁN. ¡Pues no ha de ser!
SEVERO. ¡Mío es tu nombre!
JULIÁN. ¡No más!
SEVERO. ¡Y tu honor!

JULIÁN. Piensa que estás
delante de mi mujer.

(Pausa.)

SEVERO. (A JULIÁN, en voz baja.)

(¡ Si nuestro padre te viera !)

JULIÁN. ;Cómo!... Severo, ¿qué es esto?

MERCEDES. Silencio, que viene Ernesto.

TEODORA. (Aparte.)

(¡ Qué vergüenza !... ¡ Si él supiera !)

(TEODORA vuelve el rostro y le
inclina, DON JULIÁN la mira fi-
jamente.)

ESCENA VIII

TEODORA y MERCEDES, JULIÁN, SEVERO, ERNESTO y PEPITO.

Los dos últimos por el foro. El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda a derecha: MERCEDES, PEPITO, TEODORA, DON JULIÁN, ERNESTO, SEVERO. Es decir, que al entrar ERNESTO y PEPITO se separan: aquél viene al lado de DON JULIÁN; éste, al de TEODORA.

ERNESTO. (Observando un instante desde el fondo el grupo de TEODORA y de DON JULIÁN.)

(Ella y él... no es ilusión.)

¿ Si será lo que temí?...

Lo que a ese imbécil oí...

(Refiriéndose a PEPITO, que en este momento entra.)

(No fué suya la invención.)

PEPITO. *(Que ha mirado con extrañeza a uno y otro lado.)*

Salud y buen apetito,
porque se acerca la hora ;
aquí está el palco, Teodora.
Don Julián...

TEODORA. Gracias, Pepito.

(Tomando el palco maquinalmente.)

ERNESTO. ¿Qué tiene Teodora?

(A DON JULIÁN, en voz baja.)

JULIÁN. Nada.

ERNESTO. *(Como antes.)*
Está pálida y llorosa.

JULIÁN. *(Sin poder contenerse.)*
No te ocupes de mi esposa.

(Pausa. DON JULIÁN y ERNESTO cruzan una mirada.)

ERNESTO. *(Aparte.)*
(; Miserable! Fué jornada completa.)

EL GRAN GALEOTO

PEPITO.

Loco de atar.

(A su madre, en voz baja, señalando a ERNESTO.)

Porque le di cierta broma
con Teodora... toma, toma...
¡que me quería matar!

ERNESTO. *(En voz alta; triste, pero resuelto y con ademán noble.)*

Don Julián, pensé despacio
en su generosa oferta...
y aunque mi labio no acierta...
y anda torpe y va reacio...
y aunque conozco que yo
ya de su bondad abuso...
En fin, señor, que rehusó
el puesto que me ofreció.

JULIÁN. ¿Por qué?

ERNESTO. Porque soy así:
un poeta, un soñador.
Nunca mi padre, señor,
hizo carrera de mí.
Yo necesito viajar;
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto,
como otros, a vegetar.
Espíritu aventurero,
me voy cual nuevo Colón...

- En fin, si tengo razón,
que lo diga don Severo.
- SEVERO. Habla usted como un abismo
de ciencia y como hombre ducho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que pensaba yo lo mismo.
- JULIÁN. ¿Conque sientes comezón
de mundos y de viajar?
¿Conque nos quieres dejar?
Y los medios... ¿cuáles son?
- SEVERO. El... se marcha... adonde sienta
que ha de estar más a su gusto;
lo demás, para ser justo,
ha de correr de tu cuenta.

(A JULIÁN.)

- Cuanto quiera... no concibo
que economice ni un cuarto.
- ERNESTO. (A SEVERO.)
Ni yo deshonras reparto,
ni yo limosnas recibo.

(Pausa.)

Pero, en fin, ello ha de ser;
y como despedida
fuera triste, que en la vida...
quizá no les vuelva a ver,
es lo mejor que ahora mismo

EL GRAN GALEOTO

nos demos un buen abrazo...

(A JULIÁN.)

y rompamos este lazo...
y perdone mi egoísmo.

(Profundamente conmovido.)

SEVERO. (Aparte.)

(¡Cómo se miran los dos!)

TEODORA. (Aparte.)

(¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERNESTO. Don Julián, ¿qué le detiene?

Este es el último adiós.

(Dirigiéndose a DON JULIÁN con los brazos abiertos, DON JULIÁN le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

JULIÁN. No; las cosas bien miradas,
ni el último, ni el primero;
es el abrazo sincero
de dos personas honradas.
De ese proyecto insensato
no quiero que me hables más.

SEVERO. Pero ¿no se va?

JULIÁN. Jamás.

Yo no mudo a cada rato
el punto en que me coloco,

o aquel plan a que me ciño,
por los caprichos de un niño
o los delirios de un loco,
y aun fuera mayor mancilla
el sujetar mis acciones
a necias murmuraciones
de la muy heroica villa.

SEVERO. Julián...

JULIÁN. Basta, que la mesa
nos aguarda.

ERNESTO. ¡Padre mío!...
no puedo.

JULIÁN. Pues yo confío
en que podrás. ¿O te pesa
mi autoridad?

ERNESTO. ¡Por favor!

JULIÁN. Vamos allá, que ya es hora.
Dale tú el brazo a Teodora

(A ERNESTO.)

y llévala al comedor.

ERNESTO. ¡A Teodora!...

(*Mirándola y retrocediendo.*)

TEODORA. (*Lo mismo.*)

¡Ernesto!...

JULIÁN.

Sí;

como siempre.

(Movimiento de duda y vacilación en ambos. Al fin se acerca ERNESTO, y TEODORA se apoya en su brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo ello queda encomendado a los actores.)

(A PEPITO.)

Y vamos, tú...
el tuyo... ¡por Belcebú!
a tu madre. Y junto a mí

(PEPITO da el brazo a MERCEDES.)

Severo, mi buen hermano;

(Apoyándose en él un momento.)

y así, en familia comer,
¡y que rebose el placer
con las copas en la mano!
¿Hay quien murmura? Corriente;
pues que murmure o que grite,
a mí se me da un ardite
de lo que dice la gente.
Palacio quisiera ahora
con paredes de cristal,
y que a través del fanal

viesen a Ernesto y Teodora
los que nos traen entre manos,
porque entendiesen así
lo que se me importa a mí
de calumnias y villanos.
Cada cual siga su suerte.
La comida,

*(En este momento aparece un
CRIADO con traje de etiqueta,
de negro y corbata blanca.)*

CRIADO.

Está servida.

*(Abre la puerta del comedor: se
ve la mesa, los sillones, lám-
para colgada del techo, etcéte-
ra; en suma, una mesa y un co-
medor de lujo.)*

JULIÁN. Pues hagamos por la vida
que ya harán por nuestra muerte.
Vamos...

(Invitando a que pasen.)

TEODORA.

Mercedes...

MERCEDES

Teodora...

TEODORA. Ustedes...

MERCEDES.

Pasen ustedes...

TEODORA. No; ve delante, Mercedes.

(MERCEDES y PEPITO pasan delante y se dirigen al comedor lentamente. TEODORA y ERNESTO quedan todavía inmóviles y como absortos en sus pensamientos. ERNESTO fija en ella la vista.)

JULIÁN. (*Aparte.*)

(El la mira y ella llora.)

(*Siguen muy despacio a MERCEDES. TEODORA vacilante, deteniéndose y enjugando el llanto.*)

¿Se hablan bajo?

(*A SEVERO, aparte.*)

SEVERO. No lo sé,
pero presumo que sí.

JULIÁN. ¿Por qué vuelven hacia aquí
la vista los dos?... ¿Por qué?

(ERNESTO y TEODORA se han detenido y han vuelto la cabeza furtivamente. Después siguen andando.)

SEVERO. Ya vas entrando en razón.

JULIÁN. ¡Voy entrando en tu locura!
 ¡Ah! ¡La calumnia es segura:
 va derecha al corazón!

(El y SEVERO se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

no lo sé... porque yo ignoro...
honra tal a qué debí...
Pero ¿qué digo? ¡Ay de mí!
¡Si en mi casa su decoro
ha de hallar respeto tal...
que ya más no pueda ser!

(Con exaltación.)

TEODORA. ¿Por qué, señora, temer,
que en ello pueda haber mal?
Por nada... y un tiempo ha sido,
¡que para siempre ha pasado!,
en que, ni hubiera dudado,
ni hubiera, Ernesto, temido;
en que cruzara un salón
cualquiera, de usted cogida,
sin la frente enrojecida,
sin miedo en el corazón;
en que al partirse de aquí...
como dicen que mañana,
a la tierra americana,
parte usted... yo misma... sí...
como aquellos que se van...
acaso no han de volver...
como es tan triste perder...
un amigo... ante Julián...
ante el mundo... conmovida...
pero sin otro cuidado...
yo misma... le hubiera dado...
¡los brazos por despedida!

ERNESTO. *(Hace un movimiento, luego se detiene.)*

¡Ah, Teodora!...

TEODORA. Pero ahora...

presumo que no es lo mismo.

Hay entre ambos un abismo.

ERNESTO. Tiene usted razón, señora.

Ya no podemos querernos

ni siquiera como hermanos:

ya se manchan nuestras manos,

si se aproximan al vernos.

Lo que ha sido ya se fué;

es necesario vencerse...

es preciso aborrecerse...

TEODORA. *(Con ingenuidad y angustia.)*

¡Aborrecernos! ¿Por qué?

ERNESTO. ¡Yo aborrecerla! ¿Tal dije?

¿A usted, pobre niña?

TEODORA. Sí.

ERNESTO. No haga usted caso de mí:

y si la ocasión lo exige,

y mi vida ha menester,

mi vida, Teodora, pida,

que dar por usted la vida

será... *(Con pasión.)*

(Transición: conteniéndose y cambiando de tono.)

cumplir un deber.

(Pequeña pausa.)

¡Aborrecer! Si mis labios
dijeron palabra tal,
fué que pensaban en el mal,
que pensaba en los agravios
que sin querer hice yo
a quien tanto bien me hacía.
Usted, Teodora, debía
aborrecerme; yo... no.

TEODORA. (Con tristeza.)

Mucho me han hecho llorar;
razón tiene usted en esto;

(Con mucha dulzura.)

pero a usted... a usted, Ernesto,
yo no le puedo acusar.
Ni pensando sin pasión
hay nadie que le condene,
porque usted, ¿qué culpa tiene
de tanta murmuración,
ni del ponzoñoso afán
que muestra ese mundo impío,
ni del carácter sombrío
de nuestro pobre Julián?
De su enojo, que es dolor,
de su acento, que me hiere;
de la pena con que muere,
¿por qué duda de mi amor!

ERNESTO. Eso es lo que no concibo,
y en él, aun menos que en otro.

Lo que me pone en un potro,
lo que juro por Dios vivo
que no es digno de merced
ni hay pretexto que lo escude,
que exista un hombre que dude
de una mujer como usted.

(Con profunda ira.)

TEODORA. ¡ Bien paga su duda fiera
mi Julián!

ERNESTO. *(Espantado de haber acusado a DON JULIÁN de-
lante de TEODORA.)*

¡ Qué dije yo!
¿ Yo acusarle?... ¡ No! Dudó,

*(Apresurándose para disculpar a
DON JULIÁN y para borrar el
efecto de lo que dijo.)*

como dudara cualquiera,
como duda quien adora,
si no hay cariño sin celos.
¡ Hasta del Dios de los cielos
hay quienes dudan, Teodora!
Es terrenal egoísmo;
es que el dueño de un tesoro
guarda su oro porque es oro
y teme por él. Yo mismo,
si por arte sobrehumano

consiguiera hacerla mía,
¡dudaría!... ¡dudaría!...
¡hasta de mi propio hermano!

(Con creciente exaltación. De repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va a caer en el mismo abismo de que antes huyó. TEODORA en este mismo instante oye voces hacia la puerta del fondo y se dirige hacia ella.)

(Aparte.)

¿Adónde vas, corazón?
¿Qué hay en tu seno profundo?
¡Dices que calumnia el mundo
y tú le das la razón!

TEODORA. Escuche usted... gente viene...

ERNESTO. Las dos apenas...

(Acercándose al fondo.)

¿Serán?...

TEODORA. *(Con cierto terror.)*

¡Esa es la voz de Julián!

¡Entrará!

ERNESTO. No... se detiene...

TEODORA. *(Lo mismo, como preguntando a ERNESTO.)*

Si es Julián...

(Hace un movimiento para dirigirse a la puerta de la derecha. ERNESTO la detiene respetuosa, pero enérgicamente.)

ERNESTO. Si es él, aquí :
nuestra lealtad nos escuda,
si es... esa gente que duda,
entonces, Teodora, allí.

(Señalando la puerta de la derecha.)

Nada... nada...

(Escuchando.)

TEODORA. ¡El corazón
me salta!

ERNESTO. No hay que dudar ;
marchóse quien quiso entrar,
o todo fué una ilusión.

(Viniendo al primer término.)

¡Por Dios, Teodora !...

TEODORA. (Lo mismo.)

Tenía
que hablar con usted, Ernesto,
y el tiempo pasa tan presto...

ERNESTO. ¡Vuela el tiempo!

TEODORA. Y bien ; decía...

ERNESTO. Teodora... perdón le pido ;
pero... acaso no es prudente...
si llegase gente... y gente
debe llegar...

TEODORA. He venido

- TEODORA. ¿Y por mí?
- ERNESTO. ¿Por usted?
- TEODORA. Sí;
;Será el escándalo horrible!
- ERNESTO. Es posible.
- TEODORA. ¿Que es posible?
;Y lo dice usted así,
sin procurar evitarlo,
cuando yo misma intercedo!
- ERNESTO. Evitarlo yo no puedo,
pero puedo castigarlo.
Esto pienso y esto digo,
y esto corre de mi cuenta;
otros buscaron la afrenta,
pues yo buscaré el castigo.
- TEODORA. *(Acercándose a él y en voz baja, como temiendo
oírse a sí misma.)*
¿Y Julián?
- ERNESTO. ¿Julián? ¿Y bien?...
- TEODORA. ¡Si lo sabe!...
- ERNESTO. Lo sabrá.
- TEODORA. ¿Y qué dirá?
- ERNESTO. ¿Qué dirá?
- TEODORA. ¿Que en mi defensa... que quién...
pudo mostrar su valor...
sino mi esposo, que me ama?
- ERNESTO. ¿En defensa de una dama?
Cualquiera que tenga honor.
Sin conocerla, sin ser

pariente, amigo ni amante,
con escuchar es bastante
que insultan a una mujer.
¿Que por qué a ese duelo voy?
¿Que por qué la defendí?
Porque la calumnia oí
¡y porque yo soy quien soy!
¿Quién hay que defensas tase
ni tal derecho repese?
¿No estaba yo? ¡Pues quien fuese,
el primero que llegase!

TEODORA. *(Que lo ha oído atentamente y como dominada por el acento enérgico de ERNESTO, se acerca a él y le estrecha la mano con efusión.)*

¡Eso es noble, y es honrado,
y es digno de usted, Ernesto!

(Se detiene, se alça de ERNESTO y dice, tristemente, lo que sigue.)

Pero mi Julián con esto,
Ernesto, queda humillado.

(Con profunda convicción.)

ERNESTO. ¿El humillado?

TEODORA. Sí, a fe.

ERNESTO. ¿Por qué razón?

TEODORA. Sin razón.

ERNESTO. ¿Quién lo dirá?

EL GRAN GALEOTO

TEODORA. La opinión
de todos.

ERNESTO. Pero ¿por qué?

TEODORA. Cuando llegue hasta la gente
que un insulto he recibido,
y que mi esposo no ha sido
quien ha dado al insolente...
su castigo... y además

*(Bajando la voz y la cabeza y
huyendo la mirada de ERNESTO.)*

que usted su puesto ha tomado,
sobre el escándalo dado,
habrá otro escándalo más.

ERNESTO. *(Convencido, pero protestando.)*
Si en lo que hayan de decir
hay que pensar para todo,
¡vive Dios que ya no hay modo
ni manera de vivir!

TEODORA. Pero es como digo yo.

ERNESTO. Es así, pero es horrible.

TEODORA. ¡Pues ceda usted!

ERNESTO. Imposible.

TEODORA. ¡Yo se lo suplico!

ERNESTO. No.
Y bien mirado, Teodora,
más vale que ante Nebreda,
suceda lo que suceda,
que lo que ha de ser se ignora,

- ERNESTO. ¿Por qué? Si es ésa mi suerte...
Nadie pierde con mi muerte,
y yo mismo pierdo poco.
- TEODORA. *(Casi sin poder contener el llanto.)*
¡No diga usted eso, por Dios!...
- ERNESTO. Pues ¿qué dejo yo en el mundo?
¿Qué amistad, qué amor profundo?
¿Qué mujer seguirá en pos
de mi cadáver llorando
con llanto de enamorada?
- TEODORA. *(Sin poder contener las lágrimas.)*
Toda la noche pasada...
por usted estuve rezando...
y dice usted que ninguno...
¡Yo no quiero que usted muera!

(Con explosión.)

- ERNESTO. ¡Ah!... ¡Se reza por cualquiera!
¡Sólo se llora por uno!

(Con pasión.)

- TEODORA. ¡Ernesto!...

(Con extrañeza.)

- ERNESTO. *(Asustado de sus propias frases)*
¿Qué?

- TEODORA. *(Separándose de él.)*

Nada.

ERNESTO. *(Con timidez, bajando la cabeza y huyendo también de TEODORA.)*

Sí...

si ya lo dije hace un rato,
que yo soy un insensato...
no haga usted caso de mí.

(Pausa. Quedan silenciosos, pensativos, lejos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEODORA. ¡Otra vez!

(Señalando hacia el fondo.)

ERNESTO. *(Siguiendo el movimiento de TEODORA.)*
¡Gente ha venido!...

TEODORA. *(Acercándose al fondo y prestando oído.)*
Y quieren entrar...

ERNESTO. *(Lo mismo.)*

No hay duda.

¡Allí Teodora!...

(Señalándole el cuarto.)

TEODORA. ¡Me escuda
mi honor!

ERNESTO. Si no es su marido.

TEODORA. ¡No es Julián!

ERNESTO. No.

(Llevándola a la derecha.)

EL GRAN GALEOTO

- TEODORA. Yo esperaba...
- (Deteniéndose junto a la puerta y suplicante.)
- RENUNCIE usted a ese duelo.
- ERNESTO. Si he llegado, ¡vive el ciclo!
a su rostro...
- TEODORA. ¡Lo ignoraba!
- (Con desesperación, pero comprendiendo que todo arreglo es imposible.)
- ¡Pues huya usted!
- ERNESTO. ¡Que huya yo!
- TEODORA. ¡Por mí!, ¡por él!, ¡por Dios vivo!
- ERNESTO. Odiarme... si... ¡lo concibo!
¡Pero despreciarme!... ¡no!
- (Con desesperación.)
- TEODORA. Una palabra no más.
¿Vienen por usted?
- ERNESTO. No es hora.
- TEODORA. ¿Lo jura usted?
- ERNESTO. Sí, Teodora.
¿Me aborrece usted?
- TEODORA. ¡Jamás!
- PEPITO. (Desde fuera.)
Nada... ¡verle necesito!...
- ERNESTO. ¡Pronto!

TEODORA. Sí.

(Entra por la derecha.)

PEPITO. ¿Quién se me opone?

ERNESTO. ¡Ah! La calumnia se impone
y hace verdad el delito.

ESCENA VIII

ERNESTO y PEPITO.

Este por el fondo, sin sombrero y profundamente agitado.

PEPITO. ¡Vete al infierno!... ¡Entraré!
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERNESTO. ¿Qué pasa?

PEPITO. Yo no sé cómo decirlo...
y es necesario...

ERNESTO. Pues habla.

PEPITO. ¡La cabeza me da vueltas!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Quién pensara!

ERNESTO. Pronto y claro, ¿qué sucede?

PEPITO. ¿Qué sucede? ¡Una desgracia!
¡Supo don Julián el duelo!

(Muy rápido.)

vino a buscarte, no estabas;
se fué a ver a tus padrinos,

con una señora estabas
y que no entra nadie, nadie.

ERNESTO. ¿Y entonces?

PEPITO. Don Julián baja
diciendo: "Mejor, a mí
por entero la jornada."
Y él, Nebreda, los padrinos,
mi padre y yo que llegaba,
arriba todos... ya sabes...

ERNESTO. ¿Y se han batido?

PEPITO. ¡Con rabia,
con furor, como dos hombres
que van buscando con ansia
un corazón que aborrecen
tras la punta de una espada!

ERNESTO. ¿Y don Julián?... ¡No!... ¡Mentira!

PEPITO. Ya están aquí.

ERNESTO. ¡Calla, calla!
¡Di quién es!... ¡Y dilo bajo!

PEPITO. Por acá.

(Se presentan en el fondo DON JULIÁN, DON SEVERO y RUEDA. Traen a DON JULIÁN mal herido entre los otros dos. El orden, de izquierda a derecha, es: SEVERO, JULIÁN y RUEDA.)

ERNESTO. ¡Jesús me valga!

ESCENA IX

ERNESTO, DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO, RUEDA,

ERNESTO. ; Don Julián!... ; Mi bienhechor!
 ; Mi amigo!... ; Mi padre!

(Precipitándose a su encuentro llorando.)

JULIÁN. *(Con voz débil.)*

Ernesto...

ERNESTO. ; Maldito yo!

SEVERO. Vamos presto.

ERNESTO. ; Padre!

SEVERO. ; Le vence el dolor!

ERNESTO. ; Por mí!

JULIÁN. No es cierto...

ERNESTO. ; Por mí!...

; Perdón!

(Cogiéndole la mano a DON JULIÁN por el lado de la derecha, y arrodillándose e inclinándose.)

JULIÁN. No lo has menester.

Cumpliste con tu deber;
yo con mi deber cumplí.

SEVERO. ¡ Un lecho !

*(Suelta a JULIÁN; le sustituye
PEPITO.)*

*(Señalando a la puerta de la de-
recha.)*

PEPITO. ¡ Vamos a entrar !

ERNESTO. ¡ Nebreda !

(Con acento terrible.)

SEVERO. No más locura.

¿ O es que quieres por ventura
acabarlo de matar ?

ERNESTO. ¡ Locura !... ¡ Veremos !... ¡ Oh !

(Frenético.)

¡ Vengan dos... es mi derecho !

(Precipitándose al fondo.)

SEVERO. *(Dirigiéndose a la derecha.)*

A tu alcoba y en tu lecho...

*(ERNESTO, que ya estaba en el
fondo, se detiene espantado.)*

ERNESTO. ¿ Adónde ?

SEVERO. Adentro.

PEPITO. ¡ Sí !

ERNESTO. ¡ No !

*(Se precipita y cubre la puerta
con su cuerpo. El grupo que
conduce a DON JULIÁN, casi
desfallecido, se detiene, mos-
trando asombro.)*

EL GRAN GALEOTO

- SEVERO. ¿Tú le niegas...?
- PEPITO. ¡Estás loco!
- SEVERO. ¡Aparta!... ¿No ves?... ¡Se muere!
- JULIÁN. ¡Pero qué dice!... ¡No quiere!...
- RUEDA. ¡No comprendo!
- PEPITO. ¡Yo tampoco!
- ERNESTO. ¡Está muriendo!... ¡Y me implora!...
- ¡Y duda!... ¡¡Padre!!
- SEVERO. ¡Ha de ser!

(Por encima del hombro de ERNESTO empuja la puerta: TEODORA se presenta.)

- ERNESTO. ¡Jesús!
- SEVERO. {
- PEPITO. { ¡Ella!
- RUEDA. ¡Una mujer!
- TEODORA. (Precipitándose sobre él y abrazándole.)
- ¡Mi Julián!
- JULIÁN. (Separándola para mirarla y por un violento esfuerzo poniéndose en pie y desprendiéndose de todos.)

¿Quién es? ¡¡Teodora!!

(Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA IX

TEODORA, ERNESTO, SEVERO; después JULIÁN y MERCEDES

JULIÁN. ; Déjame!...

(Desde dentro.)

MERCEDES. ; No, por Dios!...

(Lo mismo.)

JULIÁN. ; Son ellos... vamos!...

TEODORA. ; Salga usted!...

(A ERNESTO, llevándose.)

SEVERO. ; La revancha!

(A ERNESTO.)

TEODORA. ¡Tuya!... ¡Tuya!...

JULIÁN. ¡No finjas!... ¡No me mientas!...

MERCEDES. ¡Por Dios santo!...

(Procurando calmarle.)

SEVERO. ¡Julián!

(Lo mismo.)

JULIÁN. ¡Callad!... ¡Silencio!...

(A los dos.)

(A TEODORA.)

¡Si yo te adiviné!... ¡Si sé que le amas!...

(TEODORA y ERNESTO quieren protestar, pero no les deja.)

¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!...

ERNESTO. ¡No, padre!

TEODORA. ¡No!

JULIÁN. ¡Lo niegan!... ¡Y lo niegan!...

¡Si es la evidencia! ¡Si en mi ser la
[siento!

¡Porque esta calentura que me abrasa
con su llama ilumina mi cerebro!

ERNESTO. ¡Del hervor de la sangre, del delirio,
todas esas traiciones son engendros!

¡Escuche usted, señor!

JULIÁN. ¡Vas a mentirme!

ERNESTO. ¡Es inocente!

(Señalando a TEODORA.)

JULIÁN. ¡No!... ¡Si no te creo!...

ERNESTO. ¡De mi padre, señor, por la memoria!

JULIÁN. ¡No profanes su nombre y su recuerdo!

ERNESTO. ¡Por el último beso de mi madre!...

JULIÁN. ¡No está en tu frente ya su último beso!

ERNESTO. Por cuanto quiera usted, ¡oh, padre mío!,
juraré, juraré.

JULIÁN. No juramentos,
ni engañosas palabras, ni protestas...

ERNESTO. Pues bien, ¿qué quiere usted?

TEODORA. ¿Qué quieres?

JULIÁN. ¡Hechos!

ERNESTO. ¿Qué desea, Teodora? ¿Qué nos pide?

TEODORA. ¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿Qué ha-
[cer, Ernesto?

JULIÁN. (Que les ha seguido con mirada febril y con
desconfianza.)

¡Ah! ¿Delante de mí buscáis engaños?...

¡Os concertáis, infames!... ¡Lo estoy
[viendo!...

ERNESTO. ¡Por la fiebre ve usted, no por los ojos!

JULIÁN. ¡La fiebre, sí! ¡Como la fiebre es fuego,
la venda consumió que ante la vista
me pusisteis los dos, y al fin ya veo!
Y ahora, ¿por qué os miráis?... ¿Por
[qué, traidores?

¿Por qué brillan tus ojos? ¡Habla, Er-
[nesto!
No es el brillo del llanto... Ven... Más
[cerca...
Aún más...

(Le obliga a acercarse; le hace bajar la cabeza y al fin viene a caer de rodillas ante él. De este modo queda DON JULIÁN entre TEODORA, que está a su lado y ERNESTO que está a sus pies. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)

¿Lo ves?... ¡No es llanto... si es.
[tán secos!

ERNESTO. ¡Perdón!... ¡Perdón!...

JULIÁN. ¡Pues si perdón me pides
confiesas tu maldad!

ERNESTO. ¡No!

JULIÁN. ¡Sí!

ERNESTO. ¡No es eso!

JULIÁN. Pues cruzad ante mí vuestras miradas...

SEVERO. ¡Julián!

MERCEDES ¡Señor!

(A TEODORA y ERNESTO.)

JULIÁN. ¿Acaso tenéis miedo?

¿No os amáis como hermanos? ¡Pues
[probadlo!

¡De las anchas pupilas a los cercos

salgan las almas, y sus castas luces
en mi presencia mezclen sus reflejos,
que yo veré, porque veré de cerca,
si esos rayos de luz son "luz" o "fuego"!
Tú, Teodora, también... si ha de ser...
[vamos...

¡Venid!... ¡Los dos!... ¡Aún más!...

TEODORA. (*Separándose por un violento esfuerzo.*)

¡Ah! ¡No!

ERNESTO. (*Procura desasirse, pero DON JULIÁN le sujeta.*)

¡No puedo!

JULIÁN. ¡Os amáis!... ¡Os amáis!... ¡Claro lo he
[visto!...

¡Tu vida!

(*A ERNESTO.*)

ERNESTO. ¡Sí!

JULIÁN. ¡Tu sangre!

ERNESTO. ¡Toda!

(*Sujetándole de rodillas.*)

JULIÁN. ¡Quieto!

TEODORA. ¡Julián!

(*Conteniéndole.*)

JULIÁN. ¿Tú le defiendes?... ¡Le defiendes!...

TEODORA. ¡Pero si no es por él!

SEVERO. ¡Por Dios!...

JULIÁN. ¡Silencio!

JOSÉ ECHEGARAY E IZAGUIRRE

(A SEVERO.)

¡Mal amigo!... ¡Mal hijo!...

ERNESTO. ¡Padre mio!

JULIÁN. ¡Desleal!... ¡Traidor!...

(Lo mismo.)

ERNESTO. ¡No, padre!

JULIÁN. Voy el sello
a ponerte de vil en la mejilla...
¡Y no con mi mano!... ¡Pronto con mi
[acero!...

(Con un resto de suprema energía
se incorpora y le golpea en el
rostro.)

ERNESTO. (Da un grito terrible, se levanta y se separa
hacia la izquierda, cubriéndose la cara.)

¡Ah!

SEVERO. ¡Justicia!

(Extendiendo el brazo hacia ER-
NESTO.)

TEODORA. ¡Jesús!

(Se oculta el rostro entre las ma-
nos y va a caer en una silla de
la derecha.)

X

EL GRAN GALEOTO

- MERCEDES. ¡Delirio ha sido!
- (A ERNESTO, como disculpando a JULIÁN.)
- (Estos cuatro gritos rapidísimos. Momentos de estupor. JULIÁN siempre en pie y mirando a ERNESTO, MERCEDES y SEVERO conteniéndole.)
- JULIÁN. Delirio, no; castigo, ¡vive el cielo!
¿Qué pensabas, ingrato?
- MERCEDES. Vamos... vamos.
- SEVERO. Ven, Julián...
- JULIÁN. ¡Sí, ya voy!
- (Se encamina penosamente hacia su cuarto, sostenido por SEVERO y MERCEDES; pero deteniéndose algunas veces para mirar a ERNESTO y TEODORA.)
- MERCEDES. ¡Pronto, Severo!
- JULIÁN. ¡Míralos!... ¡Los infames! ¡Fué justicia!
¿No es verdad?... ¿No es verdad?... Yo
[así lo creo.
- SEVERO. ¡Por Dios, Julián!... ¡Por mí!
- JULIÁN. ¡Tú solo! ¡Solo
me has querido en el mundo!...
- (Abrazándole.)
- SEVERO. ¡Yo, sí! ¡Cierto!
- JULIÁN. (Sigue caminando; cerca de la puerta se detiene y otra vez los mira.)
¡Y ella llora por él!... ¡Y no me sigue!...

¡Ni me mira, ni ve... que yo me muero!...

¡Me muero... sí!

SEVERO.

¡Julián!...

JULIÁN.

¡Espera... espera!

(Deteniéndose en la misma puerta.)

¡Deshonra por deshonra!... ¡Adiós, Er-
[nesto!

(Salen JULIÁN, SEVERO y MERCEDES por la derecha, segundo término.)

ESCENA ULTIMA

TEODORA, ERNESTO, SEVERO y PEPITO.

ERNESTO. Nadie se acerque a esta mujer, es mía.
Lo quiso el mundo; yo su fallo acepto.
El la trajo a mis brazos; ¡ven, Teodora!

(Levantándola y sosteniéndola en sus brazos, en este momento o en el que el actor crea conveniente.)

¡Tú la arrojas de aquí!... Te obedecemos.

SEVERO.

¡Al fin!... ¡Infame!

PEPITO.

¡Miserable!

ERNESTO

Todo.

¡Y ahora tenéis razón!... ¡Ahora con-
[fieso!

EL GRAN GALEOTO

¿Queréis pasión?... Pues bien: ¡pasión,
[delirio!
¿Queréis amor?... Pues bien: ¡amor in-
[menso!
¿Queréis aún más?... Pues más; ¡si no
[me espanto!
¡Vosotros, a inventar!... ¡Yo, a reco-
[gerlo!
¡Y contadlo!... ¡Contadlo!... ¡La noticia
de la heroica ciudad llene los ecos!
Mas si alguien os pregunta quién ha sido
de esta infamia el infame medianero,
respondedle: "¡Tú mismo y lo ignorabas,
y contigo las lenguas de los necios!"
¡Ven, Teodora! La sombra de mi madre
posa en tu frente inmaculada un beso.
¡Adiós!... ¡Me pertenece! ¡Que en su
[día
a vosotros y a mí nos juzgue el Cielo!

*(Se lleva (a) a TEODORA en brazos
desafiando a todos con la mira-
da y el ademán. SEVERO y PE-
PITO, en primer término, en la
actitud que se crea conve-
niente.)*

FIN DEL DRAMA

(a) En ediciones posteriores se corrigió: "Hace el movimien-
to de llevarse".

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

1. Fábulas y cuentos en verso.
2. Cuentos tradicionales.
3. Cancionero popular.
4. Prosistas modernos.
5. Galdós.
6. Piezas teatrales cortas.
7. Teatro moderno.
8. Poetas modernos.
9. Teatro romántico.
10. Escritores del siglo XVIII.
11. Calderón.
12. Alarcón y otros poetas dramáticos.
13. Tirso de Molina.
14. Lope de Vega.
15. Teatro anterior a Lope de Vega.
16. Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos.
17. Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos.
18. Escritores místicos.
19. Poetas de los siglos XVI y XVII.
20. Novela picaresca.
21. Cervantes. Novelas y teatro.
22. Cervantes. Quijote.
23. Cuentos de los siglos XVI y XVII.
24. Libros de caballerías.
25. Romancero.
26. Poesía medieval.
27. Don Juan Manuel.
28. Cuentos medievales.
29. Alfonso el Sabio.
30. Cantares de gesta y leyendas heroicas.